
HARLEQUIN
Deseo
Pasión a flor de piel
Robyn Grady



Pasión a flor de piel

Robyn Grady



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Pasión a flor de piel, n.º 2086 —marzo 2016
Título original: One Night, Second Chance
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-687-7674-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Prólogo

De espaldas al espejo de cuerpo entero, Grace Munroe se bajó la cremallera del vestido y se lo quitó. A continuación se deshizo de las sandalias, de las braguitas y el sujetador a juego y se envolvió en una toalla suave y perfumada. Pero cuando llegó a la puerta del baño, un estremecimiento le recorrió la espalda.

Respiró hondo.

«Soy una mujer adulta, y esto es lo que quiero. Tranquilízate».

Abrió la puerta y salió a una habitación iluminada por la suave luz de una lámpara de pie. Se acercó a la cama, la abrió y se quitó la toalla. Estaba metiéndose bajo las sábanas cuando una silueta llenó el hueco de la puerta. Era la primera vez que se encontraba en una situación así, nunca volvería a estarlo, pero en aquel momento, estaba haciendo lo que quería hacer.

Cómo lo deseaba…

Él se quitó la camisa, se desabrochó el cinturón y se acercó a ella para lamerle un pezón.

—Me gustaría saber cómo te llamas —musitó, y su barba incipiente le rozó la cara.

Ella solo sonrió.

—Y a mí que te metieras bajo las sábanas.

Aquella noche había comenzado con un largo paseo para despejarse la cabeza. Desde que había vuelto a Nueva York, los recuerdos y los remordimientos no le habían dado tregua.

Durante la caminata pasó por un piano bar y se sintió atraída por la música. Entró y buscó acomodo. Un hombre se detuvo junto a ella: atractivo, bien vestido, con un cuerpo que

llenaba la chaqueta del traje de un modo que hacía volverse a las mujeres. Pero Grace estaba dispuesta a espantarlo. No quería compañía aquella noche.

Se llevó una sorpresa al ver que apenas hizo un comentario sobre la pieza que estaban tocando y siguió su camino, aunque el brillo peculiar de su sonrisa le llamó la atención e hizo que cambiase de opinión inesperadamente.

Decidió llamarlo y preguntarle si quería sentarse con ella. Diez minutos, nada más, porque no iba a quedarse mucho. Él ladeó la cabeza e iba a presentarse, pero ella levantó una mano para impedírselo. Si le daba lo mismo, prefería no conocer su historia. No saber nada de su vida, ni contarle la suya. Él frunció el ceño y alzó su copa a modo de saludo.

Durante veinte minutos, se perdieron juntos en la música del piano. Al final del intermedio, cuando ella se levantó y se iba a despedir de él, el desconocido dijo que él también tenía que marcharse, de modo que resultó de lo más natural que salieran y caminaran juntos. Charlaron sobre música y deportes, comida y teatro. Era fácil hablar y reír con él. Había algo casi familiar en su sonrisa y en su voz. No tardaron en llegar a la casa de él y, como si fueran amigos de toda la vida, la invitó a subir. Grace no se sintió forzada, ni insegura tampoco.

Y en aquel momento, en su cama, bajo la caricia de sus labios, tampoco pesarosa, a pesar de que aquella experiencia quedaba muy alejada de sus costumbres.

Un año antes, había tenido una relación. Sam era un bombero condecorado que respetaba a sus padres y muy valorado por la comunidad. Nada era demasiado para su familia o sus amigos. La había querido muchísimo, y una noche, le pidió que se casaran. Doce meses habían pasado ya, pero Grace se sentía atascada en aquella noche.

Pero no en aquel preciso instante. Ni una pizca.

Cuando la lengua de aquel desconocido se abrió paso entre sus labios, el ritmo lento de su asalto alimentó una necesidad

que se desperezó en su interior, y cuando lo interrumpió, el pulso que estaba sintiendo en el interior creció. Se sentía atraída por aquel hombre de un modo inexplicable. Era una atracción física, intelectual… quería volver a verlo, pero desgraciadamente, no era posible. Aquel encuentro era únicamente sexual e impulsivo, una fusión de fuerzas explosivas.

Un encuentro de una sola noche.

Y así es como debería seguir siendo.

Capítulo Uno

—Guapa, ¿verdad?

Wynn Hunter sonrió.

—Siento tener que decirte esto, pero esa dama de honor es un poco joven para ti.

—Natural —respondió Brock Munroe sacando pecho—. Es mi hija.

Wynn se quedó helado, rojo como un tomate, y puso el pensamiento a mil por hora para encajar todas las piezas. Brock tenía tres hijas.

—¿Esa es Grace?

—Exacto. Ya crecidita.

Si Wynn hubiera hecho la conexión tres noches antes, nunca se la habría llevado a su apartamento del Upper East Side, no tanto por respeto hacia Brock, que era amigo de su padre, tiburón de los medios de Australia y cabeza de Hunter Enterprises Guthrie Hunter, sino porque cuando eran críos, Grace Munroe le caía fatal. Le ponía enfermo. Le chirriaban los dientes en su presencia.

¿Cómo era posible que hubiera sido precisamente con ella la mejor noche de sexo de toda su vida?

—Grace se parece a su madre, igual que mis otras dos hijas —continuó Brock, mientras las luces giraban lentamente en el salón de baile al compás de la música—. ¿Te acuerdas de las vacaciones que pasamos todos juntos? Aquellas Navidades en Colorado fueron muy especiales.

Brock había conocido a Guthrie en unas vacaciones en el recién abierto Vail Resort tras graduarse en la universidad de Sídney. A lo largo de los años se habían mantenido en contacto, y cuando los Munroe y los Hunter volvieron a

reunirse dos décadas después, Wynn tenía ya ocho años. Mientras él y sus hermanos mayores hacían un muñeco de nieve en el jardín de la casa que habían alquilado las dos familias, Grace y su hermana menor, Teagan, conspiraban para destrozarlo. En aquel momento, su adorada madre aún vivía, y le había explicado que las niñas, con seis años por entonces, solo querían participar. Que las tuvieran en cuenta.

En el presente Wynn dirigía Hunter Publishing, una sucursal con base en Nueva York de Hunter Enterprises, y siempre se había tenido por un tipo afable, pero aquel día de Navidad, cuando la risa hacía que Grace se doblara por la cintura tras verle empotrado contra la nieve del muñeco, y la piedra que había dentro, saltó, y mientras ella corría para esconderse en la casa, su hermano Cole había tenido que sujetarlo para que no fuera tras ella.

Habían pasado ya muchos años, y sin embargo Wynn dudaba de que hubiera pasado alguna otra persona por su vida que le hubiera cabreado tanto como aquella mocosa de nariz respingona y coletas.

Pero sus coletas se habían transformado en una hermosa melena color trigo, y sus extremidades flacas como estacas habían madurado convirtiéndose en espléndidas piernas. Recordaba perfectamente a aquella criatura, una especie de moscardón que no paraba de dar por saco. Era incapaz de encajarla con el recuerdo de su propia boca recorriéndole el cuerpo. Cuando empezaron a charlar en aquel piano bar, Grace no podía tener ni idea de quién era él… ¿no?

—¿Cómo le va a tu padre? —preguntó Brock mientras su hija seguía bailando—. Hablé con él hace un par de meses. ¿Y qué hay de eso que me contó de que alguien quería matarlo? ¡Increíble! ¿Os ha dicho la policía si tienen más pistas?

Mirando a medias el trasero de Grace, hipnótico con aquel vestido rojo que llevaba, le relató algunos detalles.

—Un par de semanas después de que lo echaran de la carretera, alguien le disparó. Menos mal que no acertaron.

Cuando el guardaespaldas de mi padre lo perseguía, se puso delante de un coche y lo arrollaron. No sobrevivió.

—Pero hubo otro incidente poco después, ¿no?

—Sí. La policía sigue con ello, pero mi hermano ha contratado a un investigador privado.

Brandon Powell y Cole se conocían desde que eran cadetes en la Armada. Era un tipo con buen olfato y concienzudo, el mejor para aquel trabajo.

Las canciones se iban enlazando las unas con las otras y aquel cuerpazo embutido en un vestido de cóctel rojo no había dejado de bailar ni un momento. Era imposible no mirarla. Y no solo él. El primero con el que había bailado había sido reemplazado por otro que a duras penas estaba siendo capaz de contenerse.

Apuró el resto de la copa que tenía en la mano. Seguro que aún no le había visto entre los trescientos invitados a la boda, y ahora que sabía quién era, no tenía sentido quedarse hasta que lo reconociese. Resultaría muy incómodo.

—En fin, hay que ir desfilando —le dijo a Brock, señalando la puerta—. Mañana tengo una reunión muy temprano.

—¿En domingo? Pues sí que estás bueno. En fin… Son tiempos difíciles . Adaptarse o morir. La publicidad también está por los suelos.

Brock era el presidente fundador de Munroe Select Advertising, una empresa con oficinas en Florida, California y Nueva York.

—¿Grace trabaja en la empresa?

—Ella te lo contará. Viene hacia aquí.

Wynn se volvió a mirar a la pista. Cuando Grace lo reconoció, su sonrisa desapareció, pero por lo menos no dio media vuelta y salió corriendo.

Brock sonrió.

—Ya os conocéis.

Grace miró a Wynn sin dejar translucir una sola emoción.

—¿Ah, sí?

—Es Wynn, el hijo de Guthrie Hunter.

Sus hermosos ojos parpadearon confusos.

—¿Wynn? —repitió—. ¿Wynn Hunter?

—Estábamos recordando —continuó su padre, dejando su copa de champán vacía en la bandeja de un camarero que pasaba— aquella Navidad en la que alquilamos la casa en Colorado.

—Ya ha pasado tiempo desde aquello, sí —respondió ella, arqueando las cejas—. Supongo que ya no haces muñecos de nieve, ¿no?

—Es demasiado peligroso —replicó él.

—¿Peligroso? —repitió, sorprendida, hasta que de pronto cayó en la cuenta—. ¡Ah, sí! Estabas en el jardín con tu hermano la mañana del día de Navidad, y te diste un golpe en la cabeza.

Wynn se rozó la marca con los dedos.

—Nunca llegué a darte las gracias por la cicatriz. Fuiste tú quien me empujó.

—Si no recuerdo mal, te pisaste los cordones. Lo hacías siempre.

Wynn iba a contradecirla, ya que recordaba perfectamente que Grace había puesto el pie para que tropezara, pero Brock intervino.

—Grace es amiga de la novia desde primaria.

—Jason y yo estudiamos juntos en la universidad de Sídney. Fuimos perdiendo el contacto, y la verdad es que no esperaba que me invitasen a su boda.

—El mundo, que está lleno de sorpresas.

Mientras ambos se miraban, Brock eligió un tema menos complicado.

—Wynn dirige la línea editorial de Hunter Enterprises aquí en Nueva York. Por cierto —le preguntó—, ¿sigue llevando Cole la división de comunicación en Australia?

Wynn asintió.

—Aunque ha dado un paso atrás. Se va a casar.

—Cole siempre ha estado muy comprometido con la empresa. Un adicto al trabajo, como su padre —se sonrió—. Me alegro de que vaya a casarse, eso demuestra que siempre hay un roto para un descosido.

Y miró a su hija sin poder evitarlo. Grace bajó de inmediato la mirada.

—Ahí están los Dilshan —dijo, tras pasear la mirada por la habitación—. Voy a saludarlos. Os dejo para que os pongáis al día.

Wynn decidió que la marcha de Brock marcaba el momento de soltar el anzuelo.

—No te preocupes —dijo, inclinándose hacia ella—. No voy a hacerle saber que tú y yo ya nos hemos puesto al día.

Ella lo miró divertida.

—Ya me imaginaba que no ibas a ir contando por ahí que ligamos en un bar.

—¿Sigues sin querer que nos conozcamos?

—Es que resulta que ya nos conocemos.

—No me refería a quienes éramos hace veinte años, sino ahora.

La sonrisa se le heló en los labios.

—Mejor que no.

Grace Munroe tenía sus secretos.

Y no eran asunto suyo. Ya tenía suficiente con los propios, pero estaba decidido a aclarar un punto antes de irse:

—Dime una cosa: ¿tenías idea de quién era yo la otra noche?

Ella se rio.

—¡Vaya! ¡Pues sí que tienes sentido del humor!

Ella iba a marcharse ya cuando Wynn le sujetó la muñeca, y el modo en que lo miró le dejó aturdido. Casi parecía asustada.

—Baila conmigo.

Sus hermosos ojos color miel se abrieron un poco más antes de que ladeara la cabeza para decir:

—Creo que no.

—¿No quieres correr el riesgo de volver a tirarme?

—Admitirás que eras un crío un poco torpe.

—Y tú, un bicho.

—Ten cuidado —le advirtió, mirando la mano que aún le sostenía la muñeca—. Te vas a contagiar de los gérmenes que solo tenemos las chicas.

—Soy inmune.

—No estés tan seguro.

—Lo estoy.

Y la condujo a la pista de baile. Un segundo después, cuando la rodeaba con los brazos, Wynn tuvo que admitir que, aunque la pequeña Gracie Munroe nunca le había gustado, aquella versión más madura encajaba con él a la perfección.

—¿Qué tal? —preguntó.

—No tengo náuseas… aún.

—¿No tienes ganas de poner el pie delante del mío y empujar?

—Te lo haré saber si se me pasa por la cabeza —sonrió.

—¿Dónde está tu madre, que no la he visto?

Su sonrisa palideció.

—Ha tenido que quedarse con mi abuela. No se encuentra bien.

—Espero que no sea serio.

—Melancolía. Mi abuelo ha fallecido hace poco, y era el bastión de mi abuela —su mirada se dulcificó—. Mis padres fueron al funeral de tu madre hace unos años.

El estómago se le encogió. Aun después del tiempo transcurrido, su inconmensurable pérdida le dejó un peso en el estómago y un intenso dolor en la garganta.

—Mi padre volvió a casarse.

Ella asintió. Sus padres habían asistido a la boda.

—¿Es feliz?

—Supongo.

—No pareces convencido.

—Su mujer es hija de una de las mejores amigas de mi madre.

—Vaya. Un poco complicado, ¿no?

Bueno… eso era solo una manera de decirlo.

Cole y Dex, sus hermanos, decían que era una cazafortunas y cosas peores, pero es que no todo era blanco o negro con Eloise Hunter. Además, era la madre de su hermano más pequeño, Tate.

De todos sus hermanos, era a Tate al que más quería. Hubo un tiempo incluso en el que deseó tener un hijo que fuera como él.

Ya no.

Wynn sintió que le tocaban el hombro. Un hombre de menos estatura que él estaba a su espalda, enderezándose la pajarita y con una sonrisa estúpida.

—¿Cambio de parejas?

—No —espetó con una sonrisa.

Grace lo miró frunciendo el ceño.

—Eso ha sido una grosería.

Wynn se limitó a sonreír.

—Es un amigo —explicó.

—Estoy un poco confusa —continuó—. Según tengo entendido, Cole es el adicto al trabajo y Dex, el ligón. ¿No eras tú el que tenía conciencia?

—He madurado.

—Te has endurecido.

—Y sin embargo, mi encanto te ha cautivado.

Sonrió.

—Yo no diría tanto.

—Entonces, ¿he soñado yo que te estabas en mi casa hace tres noches?

Grace no se sonrojó. Ni el más mínimo rubor.

—Estaba de humor. Supongo que conectamos.

—Por si no lo has notado, seguimos conectando —respondió, acercándose a su oído.

—Nunca he estado en una situación parecida.

—Yo tampoco —admitió.

—No puedo lamentar lo de la otra noche —respiró hondo—, pero no me interesa seguir con ello, ni avivar la llama… no es un buen momento.

La sonrisa le flaqueó un instante antes de volver a la carga.

—No es lo que pretendo.

—Entonces, esa mano que está bajando más allá de la cintura y que me empuja suavemente hacia tus pantalones… me había parecido una indirecta. Y yo no quiero tener una relación con nadie, Wynn. De ninguna clase.

La había sacado a bailar para demostrar… bueno, algo, pero ya no sabía bien qué. La condujo al borde de la pista y la soltó.

—Te dejo que vuelvas a tu fiesta.

Una mirada de respeto apareció en sus ojos.

—Saluda a Teagan y a tus hermanos de mi parte.

—Lo haré.

Cole estaba a punto de sentar la cabeza con la productora australiana de televisión Taryn Quinn, lo cual acarrearía la reunión completa de la familia y las inevitables preguntas sobre su vida personal.

Hasta hacía bien poco, y a diferencia de sus hermanos, era él el destinado al matrimonio antes de que, quien había sido el amor de su vida, Heather Matthews, tuviera a bien anunciarle al mundo que sus planes eran otros. Cuando cayó la bomba, tuvo que ponerlo todo de sí para superarlo. Ya no sentía la más leve inclinación de volver a abrirle el corazón a ninguna chica, y eso incluía a la sexy Grace Munroe.

Fue en busca de los novios para desearles todo lo mejor, y de camino hacia la salida, volvió a tropezarse con Brock. Tuvo la impresión de que no había sido por casualidad.

—Te he visto bailando con mi hija. No sé si te habrá contado… Grace se marchó de Nueva York hace doce meses. Se va a quedar en Manhattan unos días, para verse con los

antiguos amigos —añadió el nombre de un hotel de prestigio —. Si te apetece pasarte y ver qué tal está… bueno, yo te lo agradecería. A lo mejor le ayuda a mantener a raya los malos recuerdos —bajó la voz—. Ha perdido a alguien muy cercano hace poco.

—Me ha hablado de lo del abuelo…

—No. Era un bombero, un buen hombre. Iban a comprometerse cuando ocurrió el accidente.

El suelo le tembló bajo los pies.

—¿Grace estaba comprometida?

—Casi. El accidente ocurrió aquí en Nueva York. La semana pasada hizo un año.

Las piezas encajaban. En el triste aniversario, Grace había ahogado los recuerdos perdiéndose en su compañía, y él lo entendía. ¿Acaso no había encontrado también él la paz, el olvido, en los brazos de otra persona?

—Sabe mantener el tipo —continuó Brock, mirando a su alrededor—, pero esta aquí, en la boda de una de sus mejores amigas, delante de tantos que lo saben… —respiró hondo—. A nadie le gusta que le compadezcan, y nadie quiere estar solo.

Tras despedirse de Brock, estaba ya casi en la puerta cuando oyó que la música se detenía y que el pinchadiscos anunciaba:

—Llamada para todas las solteras. ¡A reunirse, que la novia va a lanzar el ramo!

Wynn echó un último vistazo, y reparó en que Grace no se había colocado para el lanzamiento, sino que se había quedado apartada.

Un redoble de tambor sonó por los altavoces mientras la novia se daba la vuelta y lanzó el ramo por encima de su cabeza. Las flores dejaron atrás los brazos más cercanos. Y los más alejados. Siguió volando y volando directo a Grace.

Cuando empezó la trayectoria descendente, Grace se dio cuenta, aunque en el último momento, de que estaba en la línea de fuego, y se apartó. Las flores se estrellaron en el

suelo, cerca de ella y, a continuación, como si las estuviesen manejando con hilos invisibles, resbalaron hasta detenerse a apenas un par de centímetros de los zapatos de Wynn. Todo el mundo se quedó mudo y miró las flores y a Grace.

Wynn se agachó a recoger el ramo, y entre los murmullos de la audiencia, se acercó a Grace, pero en lugar de entregárselo, le rodeó la cintura y, delante de todo el mundo, lenta y deliberadamente, bajó la cabeza.

Capítulo Dos

¿Qué demonios estaba haciendo Wynn Hunter?

El calor conocido de su boca cubrió la de ella. En aquel mismo segundo, las piernas se le volvieron de goma y se aferró a las solapas de su chaqueta.

El beso de aquel hombre estaba hecho de la misma materia que los sueños. Las sensaciones que le provocaba, su sabor, su olor…

Cuando se marchó de su apartamento y llegó a su casa, no podía discernir si lo que había ocurrido era sueño o realidad, pero aquel momento era indiscutiblemente real, y le hacía desear que todo volviera a comenzar: la caricia de sus labios en sus senos, las palmas de sus manos resbalándole por el cuerpo, el movimiento de sus caderas…

Cuando por fin sus labios la abandonaron, ella permaneció con los ojos cerrados, arrasada por la necesidad de que volviera a besarla. Desde el fondo de aquella niebla a la que la había llevado su beso, oyó una exclamación colectiva del salón y abrió los ojos. Wynn la miraba y sonreía dulcemente.

En cuestión de segundos, había logrado que se olvidara de todo, pero aquella escena estaba teniendo lugar delante de una nutrida audiencia, personas que sabían perfectamente lo que había ocurrido el año anterior.

O que creían saberlo.

—¿Qué haces? —le preguntó en voz baja.

—Despedirme de ti como Dios manda —respondió, sin soltarle la cintura—. ¿Puedes mantenerte de pie?

—¡Pues claro que puedo!

Con una sonrisa divertida, le entregó el ramo.

—¿Qué os parece? —tronó la voz del pinchadiscos por la

megafonía—. ¿Será nuestra siguiente novia?

El aplauso fue tibio al principio, pero enseguida inundó la habitación.

La miró a la cara, deteniéndose en la boca, aún húmeda de su beso, se dio media vuelta y desapareció.

Amy Calhoun la agarró por la muñeca para llevársela a un rincón tranquilo, lejos de miradas curiosas.

—¿Pero quién era ese? ¿Lo conocías? Bueno, no tienes por qué contarme nada. Es solo la curiosidad de las amigas —y apretándole la mano, añadió—: Es maravilloso volver a verte feliz.

—¿Te parezco feliz?

Lo que se sentía era agitada. Descolocada. Necesitada de una ducha fría.

—La verdad es que pareces estar en trance —sonrió.

Amy y ella habían estado siempre muy unidas.

—Wynn y yo nos conocimos hace dos noches. Hubo algo —dejó las flores en una mesa—, pero solo una noche.

—Ya —tragó saliva—. Y cuando dices que «hubo algo», te refieres a…

—Sí. A una noche de sexo maravilloso e inolvidable.

—¡Vaya! —exclamó, echándose mano a la frente como si la cabeza le estuviera dando vueltas—. Genial. Fantástico. Me dejas un poco…

—¿Sorprendida?

—En el buen sentido. Es que todos hemos estado muy preocupados por ti.

Una sensación de náusea ya conocida le subió desde el estómago.

—No era necesario.

—Estoy segura de que, ahora, ya lo sabe todo el mundo —sonrió—. Sam era un tío genial, bombero condecorado, y de una gran familia. Todos lo queríamos, y él te adoraba. Pero necesitabas que algo te empujara a pasar página.

Aquellas últimas palabras le hicieron pensar.

Pero también que el ramo había ido a parar a sus pies por pura casualidad, y de no haber sido así, nunca habría tenido la oportunidad de… ¿Cómo lo había expresado él? «De despedirse como Dios manda».

Tres días después, cuando estaba ya a punto de finalizar su jornada de trabajo, Wynn recibió una llamada a tres de sus hermanos por Skype.

La voz de su hermano y su expresión relajada eran la imagen perfecta de un productor de Hollywood. Cole se había hecho cargo de la empresa cinematográfica que la familia tenía en Los Ángeles. Había estado de viaje con su novia, Taryn Quinn, por el Pacífico.

—¿Cómo está papá?

Se había puesto de pie para ponerse la americana. La entrevista que le esperaba con Christopher Riggs no le tomaría demasiado tiempo y quería estar preparado para salir por la puerta en cuanto acabase de hablar con sus hermanos.

—Nadie ha vuelto a intentar nada desde la última vez que hablamos, gracias a Dios —respondió Cole.

—Le gustaría que Tate volviera con ellos —dijo Dex.

—Pero Brandon cree que es mejor que siga lejos —intervino Cole—, al menos hasta que pueda seguirle la pista a esa furgoneta.

Meses antes, en el último ataque del acosador, Tate había estado a punto de que le raptaran junto a su padre, y hasta que la situación se aclarara y se detuviera a los culpables, la familia había decidido poner al más joven de los Hunter a buen recaudo. En un principio se había ido a vivir con Teagan a Seattle, pero ahora estaba con Dex en Los Ángeles. El crío estaba disfrutando de lo lindo con su hermano cineasta, casi tanto como lo estaba Dex con su niñera, Shelby Scout, que había acabado siendo su novia.

Pero ahora que había nuevas pistas sobre la furgoneta del ataque, a lo mejor Tate podía volver a casa.

—Brandon ha localizado unas fotos que sacó una cámara de tráfico el día del ataque.

—No irás a decirme que, después de todo el tiempo que ha pasado, han descubierto que la matrícula de la furgoneta era legal y que han encontrado al dueño.

—Ese cerdo no es tan tonto.

—Pero en las fotos se ve que se detiene delante de un piso —añadió Cole.

—¿Tienes una descripción? —preguntó Wynn.

—Gafas oscuras y barba postiza. Altura media. Pero Brandon ha hecho un buen trabajo en la zona, y resulta que una mujer que paseaba al perro recordaba a la furgoneta y al hombre. Al parecer se le cayeron unas llaves.

—Las recogió, y antes de devolvérselas, tomó nota de la compañía de alquiler de la furgoneta.

Wynn apoyó las manos en la mesa.

—¿No se había contactado ya con todas las empresas de alquiler?

—Era de otro estado —explicó Dex.

—Brandon ha localizado al dueño —añadió Cole—. Al parecer no está involucrado. Se limitó a alquilar la furgoneta, pero conseguir su libro de registro fue más difícil que arrancarle una muela.

—Hasta que Brandon le amenazó con llamar a las autoridades.

—Buen trabajo. Entonces, ¿se va a quedar Tate contigo, Dex?

—Shelby y él son uña y carne. Le encanta su cocina. Y a mí, también. Estamos pensando pasar por el altar a finales de año. Será en Mountain Ridge, Oklahoma. Es donde ella nació.

—Ya lo estoy viendo: los dos montando corceles del mismo color de camino a la iglesia, como en una de esas pelis del oeste de los años cuarenta.

Wynn sonrió.

—Ríete. He comprado una propiedad que perteneció al

padre de Shelby —la mirada castaña de Dex se volvió reflexiva—. Algún día nos instalaremos allí.

—¿Lejos de brillo de Hollywood?

A Wynn le costaba imaginárselo.

—Si es con Shelby, viviría en una choza de pescadores.

A Wynn le alegraba que sus dos hermanos fueran tan felices, aunque a él no le quedase un ápice de romanticismo en el cuerpo.

Excepto la otra noche, claro.

La situación de Grace era dura. Todas aquellas miradas a hurtadillas, compasión bienintencionada por una relación que había terminado mal… era duro de soportar. Mejor darle a la gente algo en condiciones de lo que hablar. Por eso la había besado mientras los miraba todo el mundo.

—Chicos, tengo que irme —dijo, recordando la entrevista—. Papá me llamó hace un par de semanas para que le diera trabajo a un conocido. Parece ser que tiene experiencia en publicidad y, según él, instinto para encontrar soluciones en una era digital como esta, y cito textualmente.

—Suena bien —dijo Dex—. A lo mejor te quita un poco de presión.

—Ojalá —replicó.

Estaría más tranquilo cuando la fusión en la que había estado trabajando fuera cosa hecha. Pero por el momento, tenía que mantenerlo todo en secreto, ya que ni siquiera su padre conocía sus planes.

—Bueno, en cualquier caso, tendrás ocasión de desestresarte cuando vengáis a la boda. Dex y tú vais a ser mis padrinos.

—Vaya. Será un honor. ¿Se pueden tener dos padrinos?

—¡Estamos en el siglo veintiuno! —respondió, riendo—. Se puede hacer lo que se quiera. Entonces, Wynn, ¿vas a venir?

—Os alegrará saber que he pasado página.

—¿En serio? —dijo Cole, al tiempo que Dex preguntaba—: ¿La conocemos?

—Pues… ¿os acordáis de Grace Munroe?

Cole tardó un instante en reaccionar.

—No te referirás a la chica de Brock Munroe.

—¡Ostras! Pues claro que me acuerdo —respondió Dex—. Ese monstruo que se enamoró de ti cuando fuimos de vacaciones a Colorado.

—¿Que se enamoró, dices? Más bien que me lanzó a la nieve.

—¿Y ahora? —preguntó Dex.

—Digamos que hemos hecho las paces.

—Entonces, ¿podemos emparejarte con ella en la boda?

—He dicho que he pasado página —insistió—. No que quiera empezar a escribir otra.

Christopher Riggs era casi tan alto como él, y su pecho era ancho y sólido. Wynn llegó hasta él, le estrechó la mano y se dirigieron a la sala de reuniones.

—Mi padre está impresionado con tus credenciales —dijo Wynn, al tiempo que separaba una silla para sentarse.

—Es un hombre fascinante tu padre.

—Ha trabajado muy duro para levantar Hunter Enterprises y llevarlo donde está hoy.

—Tengo entendido que el ámbito de actividad de la empresa se limitaba básicamente a Australia cuando Guthrie se hizo cargo de ella, de manos de tu abuelo.

—Mi padre codirigió la empresa con mi tío un corto periodo de tiempo. Pero eran dos caracteres muy fuertes, y cada uno con una idea distinta de cómo se debía llevar, de modo que no funcionó —se desabrochó el botón de la americana—. Hace tiempo ya de eso.

—Con un poco de suerte, tendré la oportunidad de colaborar para que siga hacia delante.

Acordaron que se incorporaría al departamento de marketing, su salario y sus beneficios sociales.

—Te esperamos mañana —le dijo, poniéndose de pie—.

Daphne te instalará en un despacho.

Wynn recogió el maletín e iba a salir ya cuando Daphne lo detuvo.

—Estas entradas han llegado hace un momento —le dijo, ofreciéndole un sobre—. Son regalo de un productor.

Por un instante fue a decirle que no le apetecía ir a Broadway aquella noche, que se las quedara ella, pero no lo hizo.

Brock había mencionado que Grace se quedaría en la ciudad unos días, y su hotel quedaba muy cerca de la oficina. Tomó el ascensor dándole vueltas. A lo mejor ya se había marchado. Además, le había dejado bien clarito que, aunque no se arrepentía de la noche que había pasado en su cama, no quería repetir. No le interesaba volver a verlo.

Mientras se cerraban las puertas guardó el sobre en el bolsillo interior de la americana, pero recordando su último beso, sonrió.

Qué demonios… no tenía nada que hacer aquella noche. A lo mejor lograba hacerla cambiar de opinión.

Capítulo Tres

Atravesaba el vestíbulo del hotel en dirección a la salida cuando se quedó clavada en el sitio. Con una figura que quitaba el hipo con aquel traje de chaqueta, Wynn Hunter estaba en recepción, esperando.

No tenía por qué dar por sentado que había ido a verla a ella. Un soltero triunfador tan atractivo como él tendría a las mujeres siguiéndolo en rebaño.

Los labios aún sentían cosquilleos cuando pensaba en cómo se habían besado.

Mejor pasar de largo sin tan siquiera saludar.

Ya estaba fuera cuando le vio tamborilear con los nudillos en el mostrador y mirar distraídamente alrededor. Fue entonces cuando la vio. Ya no tenía elección.

Wynn caminó hacia ella.

—¿Salías? —le preguntó con su voz profunda y soñadora.

Ella asintió, deseando que el corazón no se le hubiera desbocado.

—¿Y tú? ¿Qué te trae por aquí? ¿Trabajo?

—Tu padre me dijo que ibas a quedarte unos días más —contestó, mostrándole un sobre—. Tengo entradas para una función. Podríamos comer algo antes.

—Wynn, de verdad que me gustaría, pero…

—¿Tienes otra cita? ¿Ya has cenado?

Ella respondió negando con la cabeza, a pesar de que, inesperadamente, volvió a sentir en la boca el delicioso sabor de él.

—Lo siento, pero no puede ser.

—¿No es buen momento?

Ella asintió.

—No lo es.

Wynn tardó un momento en volver a hablar.

—¿Cuándo te vas de Nueva York?

—Aún no lo sé con seguridad, pero pronto.

—En ese caso, en el peor de los escenarios, podemos salir esta noche y no volverás a verme hasta dentro de otros veinte años.

La verdad es que sonaba completamente inofensivo, y quizás lo fuera.

Brock Munroe era un padre devoto de sus tres hijas, dispuesto siempre a hacer lo que fuera necesario para ayudarlas. ¿Incluiría ese afán proporcionarle compañía masculina para ayudarle a alejar los recuerdos dolorosos mientras estaba en la ciudad?

—Wynn, ¿esto ha sido cosa de mi padre?

—Lo único que nos dijo es que fuéramos amables contigo para que volvieras a sentirte a gusto en la ciudad.

Grace suspiró.

—Me gustaría ver la sonrisa de mi padre si supiera que su plan ha funcionado, pero…

—No estoy aquí porque me lo haya pedido él.

—No pasa nada, de verdad. No te preocupes.

—¡Grace, que he venido porque he querido yo! —se rio—. No tenemos que ir obligatoriamente a la obra de teatro, pero sí que tendrás que cenar. Conozco un sitio estupendo en la Cuarenta y Dos.

—¿Qué sitio?

Le dio el nombre de un restaurante que ella conocía y que le encantaba.

Su sonrisa le aceleró el latido del corazón, y asintió sin darle más vueltas.

—De acuerdo. Pero tengo que subir a cambiarme.

—Te espero allí —dijo él, señalando un bar junto al vestíbulo—. Tómate tu tiempo.

Durante la cena se había puesto al día con la historia de la familia Hunter y, después, la obra le había puesto un nudo en la garganta en más de una ocasión. Y la compañía de Wynn había resultado tan embriagadora como siempre. Al final se alegraba de haberse dejado convencer.

Estaba a punto de preguntarle más cuando una gota de lluvia le aterrizó en la nariz, obligándola a mirar al cielo. Una segunda y una tercera le cayeron en la frente y en la barbilla, y de pronto el cielo pareció abrirse en dos.

Bajo el aguacero, Wynn la tomó de la mano para refugiarse en el escaparate de una tienda.

—Pasará pronto —dijo él con un tono tan autoritario como si pudiera darle órdenes al clima.

Con el pelo mojado y las facciones sombreadas parecía tan seguro, tan atractivo…

—¿Tienes frío? —preguntó él.

Grace no pudo disimular un escalofrío y acabó asintiendo. Wynn la colocó delante de él, abrió los delanteros de la americana y la rodeó con ellos, acurrucándola contra un muro de músculos y calor.

Grace cerró los ojos. No quería iniciar nada con él, pero era humana, y qué gustito daba aquello.

Su barba le rozó la sien.

—¿Más caliente?

—Todavía no —respondió sonriendo.

Cuando sintió sus palmas sobre el vientre, subiendo y bajando lentamente, tuvo que morderse los labios para contener un suspiro. Entonces sintió que la apretaba más entre los brazos, al tiempo que sus dedos se abrían en abanico y sus manos descendían un poco más.

—¿Mejor? —le preguntó al oído.

—Todavía no —mintió.

Se abrió camino al interior de su pañuelo y la besó en el cuello mientras una mano ascendía hasta llegar al inicio de sus senos. Con el pulgar le acarició el pezón hasta que la sintió

temblar.

Grace le sintió respirar hondo y luego la hizo darse la vuelta.

—Grace, ¿hasta dónde quieres calentarte?

El pulso se le aceleró. Era innegable que había química entre ellos, una conexión, como dos imanes destinados a atraerse.

Qué ganas de sentirse devorada por las llamas. Pero si cedía a la tentación y volvían a acostarse, ¿cómo se sentiría por la mañana? A lo mejor, simple y llanamente, satisfecha. ¿O desearía haberse ceñido al plan inicial?

Le gustaba Wynn, y cómo la hacía sentirse. Pero era mejor pisar el freno.

A veces, cuando pensaba en Sam, y en los años que habían pasado juntos, la noche en que murió, parecía que hubieran pasado siglos, y al mismo tiempo, que todo hubiera sucedido el día anterior.

La pérdida.

El sentimiento de culpa.

Bajó la mirada. Se habían refugiado en el escaparate de una librería, el marco perfecto para cambiar de tema.

—¿Hunter Publishing tiene librerías?

Wynn se pasó la mano por el pelo y luego la sacudió.

—Publicamos revistas y periódicos, no novela.

—Se dice que todo el mundo lleva una dentro.

Desde luego, ella la tenía. Nada que quisiera ver publicado, desde luego.

—¿Tienes vuelo de vuelta reservado?

—Estaba pensando tomarme algunos días más.

Wynn se guardó las manos en los bolsillos y se apoyó en la puerta de la tienda.

—¿Cuántos?

—Un par de semanas.

Había un terapeuta experto que acababa de abrir consulta, y su jefe le había dicho que si necesitamos unos días más, no

habría problema.

—Podías venirte conmigo a la boda de Cole.

—¿No hablarás en serio?

—Claro que hablo en serio.

—¿De verdad pretendes que me meta en un avión y recorra medio mundo contigo así, sin más? ¡Estás loco!

—No estoy loco. Conoces a todo el mundo, y les he contado a mis hermanos que nos habíamos encontrado.

¿Hasta dónde les habría contado?

—¿Y qué te han dicho ellos?

—Que estabas enamorada de mí cuando tenías seis años.

La idea de reencontrarse con su familia resultaba tentadora. Pero el viaje a Australia significaría pasar horas y horas con Wynn, lo cual no respondía precisamente a su propósito de enfriar las cosas, ni a darle el tiempo necesario para asimilar y aceptar su pasado con Sam.

—Ya no llueve. Vámonos antes de que empiece otra vez.

¿Por qué no viajar juntos hasta Australia? Él no pretendía reemplazar a su ex. Sabía bien que ciertas heridas no cicatrizaban nunca.

A lo mejor debía hacérselo saber así.

—¿Tomamos la última? —sugirió al entrar en el hotel—. Hay un rincón muy agradable en el bar, pero sin piano.

—Es que mañana tengo que levantarme temprano —respondió ella, dirigiéndose a los ascensores.

También podía decirle lo que quería delante de su puerta. Pero cuando llegaron a los ascensores, también esa idea quedó invalidada.

—Ha sido una noche estupenda —dijo, tras pulsar el botón—, pero creo que es mejor que nos despidamos aquí.

Iba a contestar cuando oyó la risa de una mujer, una risa honda, conocida. El estómago se le encogió antes de darse la vuelta. Conversando animadamente con una especie de roquero , Heather Matthews acababa de poner el pie en el

mármol de la entrada.

Ella miró en su dirección casi al mismo tiempo que se abrieron las puertas del ascensor. Invitó a Grace a precederle y pulsó un botón. Cuando se cerraron las puertas, el hielo que le había congelado la sangre comenzó a derretirse, pero tardó un momento en darse cuenta de que Grace lo estudiaba.

—¿Has decidido invitarte a subir? —bromeó.

—Me despido de ti en la puerta.

—¿Por esa mujer a la que has querido evitar? ¿Quieres contarme quién es?

—Mejor no.

No insistió y Wynn le agradeció el gesto, aunque a lo mejor la ayudaba saber que también él había perdido a alguien hacía poco, aunque de un modo completamente distinto.

Se tiró del nudo de la corbata para aflojarlo.

—Esa mujer y yo estuvimos juntos unos años. Incluso llegué a pensar que acabaríamos casándonos y teniendo hijos. Pero ella no lo veía de ese modo.

Sus ojos se llenaron de comprensión.

—Wynn… lo siento.

—Es pasado —respondió, y respiró hondo—. Me alegro por Cole y por Dex, pero yo pienso mantenerme lejos de esa clase de… compromiso.

Llegaron a la planta. Grace salió y con una mirada le indicó que podía seguirla. Abrió la puerta y se volvió a mirarlo. Los dos estaban mojados.

—Pues he de decirte que tu ex ha perdido en el cambio.

Y poniéndose de puntillas, le besó en la mejilla. Si quería irse, no parecía tener demasiada prisa. Parecía estarle dando la entrada.

La sujetó por los hombros, ella alzó la cara y él la bajó, y cuando su boca llegó a fundirse con la suya, esperó un instante antes de pasarle un brazo por la cintura. Sintió, más que oyó, un gemido al hacerlo. Un segundo después se

relajaba y, a continuación, se derretía, colgándose de su cuello.

—¡Metanse en la habitación, por amor de Dios!

Grace se separó de inmediato. En el corredor, una pareja de mediana edad los miraba moviendo la cabeza y entraban en otra habitación.

—A lo mejor no es mala idea —murmuró Wynn, deslizándole una mano por el costado.

Al ver que no respondía, retrocedió.

—Buenas noches, Wynn.

—¿Qué hay de Sídney?

—Ya te contestaré.

—Hazlo pronto —le advirtió, entregándole una tarjeta con sus números de teléfono.

Antes de que su dulce sonrisa desapareciera tras la puerta, la oyó decir:

—Sí, Wynn. Pronto.

Capítulo Cuatro

A la mañana siguiente, Wynn llegó temprano a la oficina.

A las siete estaba ya en la planta baja hablando con el editor jefe sobre una reclamación por plagio que estaba causando dolores de cabeza al departamento legal. Hora y media después, volvía a subir por las escaleras pensando en Grace. Se habían separado en buena sintonía, por expresarlo de algún modo. Incluso cabía la posibilidad de que aceptase la invitación.

Le daría un día para pensárselo y luego pasaría por su hotel. O podía pedirle su número de móvil a Brock. Aun si decidía no acompañarlo a Sídney, le gustaría volver a salir con ella.

Pasó por delante de la mesa de Daphne, que parecía haberse retrasado un poco, y cuando entraba en el despacho, alguien lo llamó por la espalda. Era Christopher Riggs, tan entusiasmado como el día anterior en la entrevista.

Wynn consultó sucintamente su reloj. Tenía una reunión importante dentro de unos minutos, pero podía dedicarle un instante.

La expresión de Christopher se agudizó al ver algo sobre la mesa de Wynn que le llamó la atención: una L y una T unidas en el logo de una publicación.

—La Trobes —dijo.

Wynn se volvió y se apoyó en el borde de la mesa.

—Impresióname con tus conocimientos.

—Sé que esas publicaciones tienen una respetable cuota de mercado.

—Teniendo en cuenta que, en general, se están reduciendo.

—Pero hay otras oportunidades, puede que aún mayores, fuera de las publicaciones convencionales, si se manejan como es debido.

Y durante unos minutos, se lanzó a un pormenorizado análisis del mercado digital. Estaba claro que sabía de qué hablaba, pero aquel no era el momento de meterse en una conversación a gran escala.

—Tengo una reunión —le interrumpió—. Ya hablaremos.

A Christopher le tembló el mentón, pero supo contenerse.

—Por supuesto. No quiero entretenerte más.

Christopher salía cuando Daphne apareció en la puerta abierta.

—Ay, siento interrumpir. No sabía que…

Al retroceder, se golpeó el codo con la jamba de la puerta y el bolígrafo que llevaba se le cayó de la mano. Christopher se apresuró a recogerlo, y al devolvérselo, Wynn se percató de que le guiñaba un ojo, y de que su joven asistente enrojecía.

Recomponiéndose, estirándose el vestido azul marino, avanzó hasta su mesa y se acomodó en la silla.

—El lunes me voy a Sídney.

Daphne cruzó las piernas y anotó.

—¿La vuelta para cuándo?

—Déjala abierta.

—Le prepararé un coche en el aeropuerto —se subió las gafas hasta el puente de la nariz—. ¿Necesitará alojamiento?

—Nos quedamos todos en casa de mis padres.

Si Grace decidía acompañarle, ya se ocuparía él de ese detalle.

Mientras Daphne tomaba notas, sus ojillos de un azul violáceo brillaban tras los cristales de las gafas. No podía estar seguro, pero intuía que era una romántica. Le gustaba lo de las bodas. De hecho, hacía bien poco, estaba entusiasmada con Heather.

—A media mañana —dijo, repasando la agenda del día—, tiene una reunión con los de estrategia digital. A las dos, con

los de financiero —Daphne miró el reloj de pared—. En unos minutos, con Paul Lumos.

El presidente de Episode. Los dos estaban deseando limar los puntos que aún se interponían en su fusión. Ninguno quería posibles filtraciones, ya fuera a la prensa, a los empleados o, en el caso de Wynn, a su familia.

No había barreras entre su padre y él, pero aquel caso era excepcional. En una conversación que habían mantenido hacía poco tiempo, Wynn le había mencionado la posibilidad de una fusión, pero su padre le había cortado diciendo que no le interesaba.

Incluso en épocas tan difíciles como aquellas, el viejo roble se resistía a doblarse con el viento, pero con la reducción casi a la mitad de lo editado en papel, tanto Lumos como Wynn veían grandes beneficios en compartir costes de fabricación y de logística.

Como el mismo Brock Munroe había dicho: «Adaptarse o morir».

Daphne salía del despacho cuando la línea privada de Wynn anunció la entrada de una llamada. Era su padre. Miró el reloj. Lumos llegaría de un momento a otro. Tendría que ser una conversación breve.

—Solo quería asegurarme de que vas a estar aquí la semana que viene —le dijo nada más descolgar.

Wynn sonrió y apoyó la espalda.

—Ya tengo el vuelo reservado.

—Acabo de hablar con Dex y Tate —suspiró—. Esto está tan vacío sin ese crío…

—Todos estuvimos de acuerdo en que lo mejor para él es no estar contigo ahora mismo. ¿Hay alguna noticia sobre los archivos de esa empresa de alquiler de coches? —quiso saber Wynn.

—La matrícula era falsa —le confirmó su padre—. Si esa mujer con la que habló Brandon no hubiera visto el nombre de la empresa de alquiler, no tendríamos nada. Por lo menos

ahora tenemos esa descripción del conductor. Tengo que saber quién está detrás de todo esto.

La frustración y la rabia debían estar devorándole por dentro.

—Nos estamos acercando, papá —le dijo, e intentó cambiar de tema—. Christopher Riggs ha empezado hoy.

—Ese muchacho tiene buenas credenciales —respondió su padre con aplomo, en un terreno mucho más seguro—. Su padre trabajó para mí hace años, y al tiempo compró una revista de distribución modesta que él consiguió lanzar, pero una fusión desgraciada fue su sentencia de muerte.

El estómago se le encogió. Pero su padre no podía saber nada de sus negociaciones con Lumos.

—El padre de Christopher es un buen amigo —continuó Guthrie—. Le confiaría mi vida. Cuando Tobías y yo discutimos, fue a Vincent Riggs a quien recurrí. Yo estaba dispuesto a darle a mi hermano lo que quisiera si se quedaba en la empresa, que fue el deseo de nuestro padre en su lecho de muerte. Pero Vincent me ayudó a aclararme las ideas. Tobias y yo hacíamos las cosas de modos diferentes. Pensábamos de manera distinta. Y sigue siendo así. De haberse quedado en la empresa, habríamos terminado matándonos, y le estaré eternamente agradecido por hacerme verlo. Darle a su único hijo esta oportunidad es lo menos que puedo hacer.

Wynn se había recostado en el sillón y se tocaba la cicatriz de la frente mientras contemplaba el retrato de su padre que colgaba de la pared. Iba a sentirse hondamente traicionado cuando se enterara que había estado organizando una fusión a sus espaldas.

—¿Sigues ahí, hijo?

—Sí —carraspeó—. Perdona. Tengo una reunión ahora mismo.

—No te entretengo más.

Se despidieron, Wynn se levantó de la silla y al pasar la

mirada por encima de la mesa vio el expediente de La Trobes. El pecho le ardió. Su padre acababa de contarle cómo, en su relación con el tío Tobías, no le había quedado otro remedio que aceptar que, a veces, la respuesta a un problema es que no hay respuesta.

Y en aquel momento, él tampoco tenía otra opción: debía seguir adelante con la fusión, mantener fuerte su rincón del imperio Hunter.

Capítulo Cinco

—¡Vaya! Esto sí que es una sorpresa.

Al oír su saludo y ver cómo la miraba tragó saliva.

—Es que he salido a hacer unos recados —le explicó Grace desde la recepción—, y al pasar por delante de tu edificio, he pensado entrar a verte antes de que te marcharas.

Grace entró en el despacho. Lo que más le llamó la atención fue la vista del centro de la ciudad que se disfrutaba a través de los ventanales. Se acercó y, poniendo una mano en el cristal, musitó:

—He echado de menos todo esto.

La voz de Wynn sonó a su espalda.

—Cuando era pequeño, mi padre viajaba mucho. Tenía gente de su confianza en los puestos clave de Nueva York, pero siempre quería estar él al tanto personalmente. Cuando me dijo que confiaba en mí lo bastante para dejarme de guardameta, casi me caigo de la silla. Tenía veintitrés años cuando comencé aquí.

El tono profundo de su voz, el calor de su cuerpo… cuanto antes le dijera lo que había pensado decirle, mejor.

Se humedeció los labios.

—He decidido no ir a Sídney.

La miró frunciendo el ceño y luego le pasó la mano por la mejilla.

—Es una pena —sonrió, y se acercó un poco más—. ¿Seguro que no puedo convencerte?

—Si nos vamos juntos… bueno, es que no quiero que puedan hacerse una idea equivocada.

—¿Qué idea? ¿Que somos pareja?

—Sí.

—Y te sentirías incómoda, ¿no? Desleal con tu ex. Tu madre me contó lo que pasó el año pasado y ha debido de ser duro.

El estómago comenzó a arderle, como le ocurría siempre que alguien le decía esa frase.

—Lo estoy superando —contestó, acercándose a su mesa para detenerse justo al lado de su sillón de respaldo alto.

—Nadie tiene por qué saber nada.

—Tu familia hará preguntas.

—Estarán encantados de verte, créeme. Especialmente Teagan.

Respiró hondo. Nunca se rendía.

—Wynn, hace cinco minutos que nos conocemos.

—Y me gustaría conocerte mejor —respondió, acariciándole el dorso de la mano.

Grace se desplazó al otro lado del sillón.

—No estoy preparada.

—Te estoy hablando de disfrutar de unos estupendos y terapéuticos baños de sol subtropical. ¿Tienes idea de lo suave que tienen la piel los koalas?

—¡Eso no es justo! —protestó.

Esquivó el sillón para llegar de nuevo junto a ella, y cuando notó otra vez el roce de su mano, quiso volver a apartarse, pero es que le parecía tan fácil rendirse a la necesidad, dejarse ir…

—Anoche no podía dormir —continuó él—, pensando en la noche que pasamos juntos. En si podríamos dejar el pasado en el pasado durante un par de semanas.

Recordaba bien con qué candidez le había oído hablar de su ex, a pesar de que en sus ojos había visto el sufrimiento que le había causado.

En cierto modo la entendía, y ella le entendía a él.

No podría arreglar nada con Sam, pero Wynn estaba allí, en el presente, y había sido muy considerado con ella. Además, no estaba proponiéndole que se fueran a vivir juntos,

sino que disfrutaran al máximo del tiempo que le quedaba antes de volver a Florida.

Y por supuesto, tenía razón en que no tendría por qué contarle a su familia nada que no quisiera. Era su conciencia la que se interponía en aquel camino, como llevaba ya meses sin dejar de hacer.

Cuando el pulgar de Wynn le rozó la palma de la mano, los dedos le temblaron.

—Si no quieres volver a verme, ¿podría pedirte una cosa más?

—¿Qué?

—Que te despidas de mí con un beso.

Grace contuvo el aliento.

—¿Solo uno?

Wynn la rodeó con los brazos.

—Tú decides.

En cuanto sintió el contacto de su boca, el deseo invadió hasta la última de sus células. La noche antes, ella también había estado mucho tiempo despierta, imaginándolo a su lado, acariciándola, jugando, complaciéndola como solo él parecía saber hacer. Había reinventado el momento en que se había despedido de él: en lugar de cerrar la puerta, tiraba de su corbata y lo arrastraba al interior de su habitación.

Pero en aquel instante, con su boca trazando lentos arabescos sobre la suya y con aquel pulso ardiente latiéndole en el centro de su ser, se sentía derrotada, vencida. Un beso. No quería que se detuviera en un solo beso, pero afortunadamente aún no había perdido por completo la cabeza. Aquel no era ni el momento, ni el lugar.

—Wynn… tengo que irme.

—Y yo quiero que te quedes. Tú misma quieres quedarte.

—Podría entrar alguien.

Fue a la puerta, echó la llave y cuando volvió junto a ella, no hubo más palabras, y el tiempo y el lugar dejaron de importar.

La tomó por la cintura y sin apenas separar sus labios de los de Grace, la sentó en la mesa y con las manos muy abiertas le recorrió la espalda hasta llegar a su nalgas mientras ella, ciega, le desabrochaba los botones de la camisa para deslizar la mano sobre la piel de su pecho, cubierta de un vello suave y caliente.

Sintió que Wynn le recorría con una mano la parte exterior del muslo y la sujetaba por la corva, y mientas un beso crecía, tiró del nudo de su corbata. Los botones de la camisa se le estaban resistiendo, y de un tirón, saltaron, al mismo tiempo que él la empujaba para recostarla.

Cuando la tuvo tumbada sobre su mesa, cuando ella soltaba la camisa de sus pantalones, le subió la falda, se colocó entre sus piernas y volvió a su boca.

Grace se aferró a Wynn mientras él introducía la mano entre sus piernas para llegar a las braguitas e introducir dos dedos entre la seda y su piel para explorar la hondura húmeda de su vagina y acariciarle al mismo tiempo el clítoris con el pulgar. Grace se mordió los labios y un instante después, él presionaba ese punto con la fuerza necesaria para que una flecha ardiendo alcanzara el centro de su ser.

Se había agarrado a sus hombros cuando Wynn sacó la mano de sus braguitas, y ella se incorporó con la misma intención que él: desabrocharse la blusa. Cuando le bajó de los hombros la tela, ella arqueó la espalda.

Sus miradas se encontraron y un momento distinto pasó entre ellos. Wynn respiró hondo y dio la impresión de que necesitaba controlarse antes de continuar. Colocó sus piernas casi en ángulo recto con la mesa y, tomándose su tiempo, le quitó los zapatos de tacón antes de dejar resbalar las manos por las piernas y la cara interior de sus muslos, antes de besarle en el puente de ambos pies.

Con los tobillos apoyados sobre sus hombros, disfrutó de la visión de su cuerpo, su falda arrugada, y más arriba, sus pechos aún cubiertos por el encaje del sujetador. Descubrió

uno de ellos e hizo girar el pezón entre sus dedos antes de pellizcarlo suavemente. Cuando la quemazón creada por su caricia fue casi imposible de soportar, lo invitó a inclinarse.

Con la lengua describió un círculo alrededor del pezón antes de probarlo, y al succionarlo, ella suspiró y se agarró a su pelo, diciéndole lo increíble que era cómo la hacía sentir, apenas un instante antes de que el pulso que le latía en el vientre se desatara y el clímax anunciara su inminente cercanía. Su boca era maravillosa, el contacto con sus dientes, pero lo que en aquel momento necesitaba era que la abriera, que la penetrara y la llenase.

Pero Wynn puso su atención en liberar el otro seno del sujetador para obrar su magia en él, colocando al mismo tiempo su mano detrás de los hombros para ayudarla a incorporarse y dejarla de pie delante de él. Soltó su pecho de la boca para desabrocharle el sujetador y la falda, que cayó a sus pies mientras él le sacaba el sujetador por los brazos. A continuación se desabrochó el cinturón, bajó la cremallera del pantalón y se sentó en su sillón de cuero.

Solo le quedaban puestas las medias y las braguitas, y Wynn alargó los brazos para meter los dedos debajo de las tiras del tanga; a continuación se incorporó y depositó un beso encima del triángulo de seda antes de bajarlo. Con la punta de la lengua dibujó la línea de su vello mientras alzaba las manos hasta sus senos y cuando el sendero de su lengua se volvió vertical hacia abajo, el fuego amenazó con consumirla.

Apoyó la espalda en el asiento y la colocó sobre él. Tenía un preservativo en la mano, y para dejarle sitio, se colocó de rodillas, lo que él aprovechó para, mientras se lo colocaba, besar sus ingles. Entonces la guio hasta que el extremo de su pene entró un poco en su vagina.

Las sensación fue tan intensa, tan completamente perfecta, que Grace se estremeció de pies a cabeza. Wynn la retuvo así mientras la besaba el cuello y le decía cuánto la había echado de menos. Cuando ella se agarró la hizo descender un poco

más.

Rotó ligeramente las caderas para presionar un punto que ya estaba a punto de arder en llamas, y cuando volvió a entrar y salir de nuevo, más hondo aquella vez, una cadena de sensaciones efervescentes le circuló a toda velocidad por las venas.

Volvió a alzarla y a bajarla, y las sensaciones explotaron. Quiso retenerlo así, hundido en ella. Necesitaba prolongar aquellas sensaciones que sabía precedían al abismo. Con cada respiración, el mundo se alejaba, dejando solo la consciencia del ritmo que latía en su cerebro, ordenando sus movimientos, avivando las llamas.

El ritmo se aceleró, la respiración se volvió entrecortada. Cuando otro movimiento rozó de nuevo aquel punto, se soltó de la silla y se agarró a su pelo para besarlo en la boca.

De pronto su movimiento se tornó más lento, más controlado e intenso, para volver a acelerar después, hasta que ella ya no pudo aguantar más y la fuerza del orgasmo la echó hacia atrás.

Pero él la retuvo sobre su pene, abrazándola como si fuera una serpiente, con lo que ella se deshizo, cada fibra de su ser, cada pensamiento. Sintió como si estuviera en el lugar más brillante que hubiera existido. Nada podía interrumpir esa energía, ni calmar aquel estallido. Nada… excepto…

Excepto quizás…

Frunció el ceño.

Aquel sonido.

¿Quién estaba llamando a la puerta?

La realidad se abrió paso. Estaba sentada sobre Wynn, desnuda de no ser por las medias, una de las cuales se le había bajado por debajo de la rodilla. Por lo menos él tenía puestos los pantalones, aunque no cubrían lo que deberían cubrir.

Volvieron a llamar y se oyó una voz de hombre. Miró a Wynn, y él le puso un dedo sobre los labios. Alguien intentaba abrir la puerta. Con la mirada le preguntó «¿qué hacemos?», y

él contestó de igual modo «no te preocupes».

El ruido cesó.

—Finjamos que no ha ocurrido —dijo él en un susurro—. La interrupción, quiero decir. No esto —y la besó en la boca después de dedicarle una de sus devastadoras sonrisas.

¿Habría oído algún suspiro o algún gemido la persona que llamaba a la puerta?

—Nos hemos dejado llevar —reconoció.

Él le mordisqueaba el hombro.

—Ajá —respondió, y fue subiendo por el cuello—. Hagámoslo otra vez.

Ella se apartó de golpe.

—¡Estás loco!

—Estoy en mi despacho, y esta es mi empresa. Puedo volverme loco si me da la gana.

La abrazó y Grace sintió que aún tenía su pene erecto dentro de ella. Había estado tan embriagada en sus propias respuestas que no había pensado en él, aunque tenía la impresión de que estaba peligrosamente cerca del clímax.

Señaló con un gesto de la cabeza una puerta.

—Tengo una suite ahí para cuando estoy demasiado cansado para volver a casa.

—A ver si lo adivino: tiene una cama.

Wynn le rodó los labios con los suyos.

—Has acertado.

Más tarde, estaban ya los dos en la cama de la suite. Se sentía tan bien que le costaba trabajo imaginarse a sí misma en otro estado. No iba a preocuparse de si aquello había sido una tontería o, simplemente, algo inevitable. Ahora que Wynn había alcanzado la satisfacción suprema que había empezado en su despacho, ella solo quería disfrutar del momento de después, aunque había algo que la tenía inquieta.

Wynn la abrazaba y ella estaba acurrucada a su costado.

—¿Tienes idea de quién llamaba a la puerta?

—Christopher Riggs. Acaba de empezar a trabajar para nosotros por una recomendación de mi padre, y supongo que tendría algo que contarme.

—¿Algo urgente?

—No más que esto.

Wynn sonrió, y ella se apoyó en un codo para mirarle.

—Pues lo parecía.

—Está lleno de ideas. Buenas ideas. Pero no hay nada que no pueda esperar a mañana.

Y cuando la volvió a besar en la boca, todo pensamiento sobre Christopher Riggs se evaporó.

Un momento después, cuando sus labios se separaron aunque no sus cuerpos, Wynn dijo:

—Reservaré otro pasaje para Sídney.

—Aún no te he dicho que iré —contestó ella, acariciándole los labios.

—Pero lo vas a hacer —replicó, con una confianza que le hizo sentirse segura.

Antes de que hubieran empezado a hacer el amor en su despacho, ya había decidido que lo acompañaría. Naturalmente su familia iba a sentir curiosidad por cómo le habían ido las cosas, pero no tendría por qué contestar preguntas que le resultaran incómodas.

—Y podríamos pasar más tiempo juntos —añadió, acariciándole la cadera.

—Me has convencido —sonrió—. Iré.

—Mañana se lo diré a Cole. Teagan se va a volver loca de alegría, y Tate te va a encantar. Creo que es al que tengo más ganas de ver. Mi padre debe estar contando los días. Es que hemos tenido algunos problemas.

Y le contó lo del acosador.

—Tate estaba con mi padre el día que le asaltaron. Todos pensamos que lo mejor sería apartarlo de la situación hasta que descubrieran al culpable. Primero se quedó con Teagan, y ahora está con Dex.

—Pero va a volver a Australia la semana que viene, ¿no? ¿Han atrapado al asaltante?

—No. Todavía no.

Las piezas del rompecabezas comenzaron a encajar.

—Anoche, cuando di por sentado que la boda de tu hermano sería algo multitudinario…

—Se decidió que una ceremonia más íntima, con menos invitados, sería más fácil de controlar.

—¿Dónde se celebra?

—En la casa de la familia. Evidentemente la seguridad será una de las prioridades. Tenemos trabajando para nosotros a uno de los mejores, Brandon Powell.

—¿Sabe mi padre algo de todo esto?

—Hemos intentado que no se hable de ello en los medios, pero nuestros respectivos padres sí han hablado. Brock y yo hablamos del ello la otra noche.

Obviamente el problema era serio, lo suficiente para que un padre enviase a su hijo al otro lado del globo. ¿Qué habría detrás de todo ello?

Wynn respiró hondo.

—Han pasado meses ya desde el último incidente, y se sigue investigando —le tomó la mano y entrelazaron los dedos —. Estoy deseando ver a toda la familia junta otra vez. Y me apetece que tú también formes parte de todo ello.

Una sensación extraña se le adueñó del estómago. Que un psicópata anduviera tras Guthrie Hunter le había helado la sangre. Pero, por otro lado, Wynn parecía tan seguro de que todo estaba bajo control… ojalá Brandon Powell descubriera algunas respuestas, y a ser posible, pronto.

Capítulo Seis

Brock Munroe recorría a diario la distancia desde Long Island hasta Manhattan, pero Grace, en lugar de pedirle a su padre que la llevara, prefirió alquilar un coche para desplazarse hasta la residencia inspirada en las casas de campo francesas en la que había crecido.

Al llegar la semana anterior, les había dicho a sus padres que, por supuesto, iba a ir a verlos, y al abrir la puerta de su casa se encontró con que al menos cincuenta personas entre familiares y amigos esperaban para darle la bienvenida, de modo que tomó la decisión de no avisarles en las siguientes visitas.

Grace tomó el camino de grava que describía una suave curva para llegar a la puerta principal y mientras avanzaba despacio fue disfrutando de la imagen que componía el tema provenzal en el que se había inspirado el jardín. Un instante después, la puerta principal de la residencia se abría.

—¡Señorita Munroe! Su madre va a estar encantada de verla.

—Gracias, Jenn —contestó, entrando—. ¿Dónde está?

—En la solana. Su hermana también está aquí.

—¿Tilly?

La más joven de las hermanas Munroe estaba en su último curso de instituto.

—Matilda está arriba, creo que con una de sus rutinas de baile —se señaló las zapatillas con suela de goma que llevaba y sonrió—. Hice ballet cuando era joven. Rochelle también está aquí.

Al parecer iba a ver a todo el mundo.

El ruido de unos pasitos rápidos llegó hasta el recibidor

antes de que una niñita de rizos caobas apareciera en la esquina. Cuando April, la sobrinita de cinco años, vio a Grace, lanzó un grito de alegría antes de salir a todo correr hacia su tía, acompañada del ruido de unos cuantos collares de juguete que llevaba colgando del cuello. Riendo, Grace, se agachó para recibirla con los brazos abiertos. April le dio un beso en la mejilla.

—Ha sonado el timbre y la abuela me ha dicho que viniera a abrir —explicaba entusiasmada la niña—, ¡pero no sabíamos que ibas a ser tú!

Antes de que Grace se levantara, frotaron su nariz como hacían siempre que se veían.

—¿Qué tal te van las cosas, princesa? —le preguntó, al darle la mano.

—Papá está trabajando mucho. Tiene que arreglar a mucha gente.

—Tu papá es cirujano, y su trabajo es importante.

—Sí. Está muy ocupado —unos ojos hermosos e inocentes miraron a su tía—. Mamá dice que ahora no va a estar.

April salió corriendo.

—¡La tía ha venido! —gritó.

De aspecto impecable con un vestido de lana color melocotón, Suzanne Munroe se levantó de un sofá de brocado blanco. Grace no podía recordar un momento en el que su madre no hubiera estado exquisita. De niña, quería crecer para parecerse a ella y buscaba su aprobación en todo. Si su madre sugería que le quedarían bien los lazos en el pelo, ella se los ponía. Si hablaba de lecciones de canto, hacía cuando podía por alcanzar todas las notas. Fue al hacerse mayor cuando comprendió que tenía su propia identidad, sus sueños personales, y la dinámica de su relación había tenido que cambiar.

—April y yo nos hemos estado probando nuestras joyas —le explicó su madre cuando por fin la soltó de un largo abrazo. Sobre la mesita baja, iluminados por el sol, estaban los

«diamantes» de todos los colores que brillaban como el tesoro de los cuentos.

Grace se agachó al lado de April, que se estaba probando otro collar.

—Cuando era pequeña, me encantaba disfrazarme —le contó.

—Tenías más disfraces que ropa normal —añadió su madre—. Tan pronto eras una princesa, como una sirena, como una novia…

Aparentemente aquel último comentario era inocente, pero a Grace no le pasó desapercibido el tono de lamento.

Su madre le tomó de las manos.

—Me he traído a la abuela. Me ha preguntado por ti.

Su abuela tenía un aspecto tremendamente frágil tres meses antes, cuando la había visto con una mano puesta sobre el ataúd de su difunto esposo, y la otra sosteniendo un pequeño pañuelo de encaje.

—¿Cómo está?

—Aún se siente perdida —contestó—. Se está echando una siesta.

—Duerme muchas siestas —aportó April, mientras se ponía un enorme rubí en el dedo y salía corriendo escaleras arriba, seguramente para comprobar si seguía dormida.

—Cuando te vea —continuó su madre—, seguro que se animará. Te quedarás a cenar, ¿verdad? No pienso aceptar un no como respuesta.

Iba a decirle que por supuesto que sí, cuando dos objetos que reposaban en la repisa de la chimenea llamaron su atención y la dejaron sin palabras.

Su madre vio la dirección de su mirada y, acercándose, contempló las dos fotos: una era del abuelo, y la otra de Sam.

—La semana pasada, antes de que llegaras —explicó, acercándose con la de Sam en la mano—, la guardé. Tu padre no creía conveniente que te lo recordara. Volví a ponerla cuando te marchaste —suspiró sin dejar de sonreír—. Estaba

tan guapo de uniforme… —dijo, mostrándola.

Grace retrocedió instintivamente. Sí, Sam había sido un hombre bueno, valiente y guapo, encantador con los niños. Pero su padre tenía razón: no necesitaba más recuerdos. Ya vivía con los suyos.

No podía volver atrás y cambiar lo que había ocurrido. Ahora solo podía ir hacia delante, y era quizás el mejor momento de hacérselo saber a su madre.

—Me voy a Australia. La semana que viene.

—¿Por qué? —preguntó, frunciendo el ceño—. ¿Con quién?

—Con Wynn Hunter.

Su madre parpadeó varias veces y luego consiguió sonreír.

—Tu padre mencionó que se había encontrado con él. Y estáis… ¿qué? ¿Saliendo?

—Su hermano Cole se casa en Sídney, y Wynn me ha preguntado si me gustaría ir. Me apetece la idea de ver a Teagan.

—Vi a Wynn en el funeral de su madre, hace unos años, y también en la boda de su padre. Me pareció un joven educado y amable —volvió a mirar la foto—. ¿Vais en serio?

—En absoluto.

—Entonces, ¿no tenéis una… relación?

Grace se quedó pensativa.

—Depende de lo que entiendas por «relación».

—Ya. Me refiero a algo más que una simple aventura —el tono de su madre era seco, y fue a dejar la foto en su lugar—. No es asunto mío —dijo, pero respiró hondo y se volvió—. Lo siento, Grace. No puedo decir que lo apruebe. Esa clase de cosas parecen distracciones inofensivas pero, al final, siempre alguien resulta herido.

Un movimiento cerca de las escaleras llamó la atención de Grace. Era Rochelle. Traía una cara tan pálida como la blusa blanca que llevaba puesta.

—Dios mío, Rochelle —murmuró Grace—, ¿qué te pasa?

—¿Está April con la abuela? —quiso saber su madre.

Rochelle se limitó a asentir y se sentó en el sofá, y Grace tomó su mano antes de examinarla detenidamente.

—¡Pero si has estado llorando!

Rochelle respiró hondo.

—Trey ha tenido un lío y se ha marchado.

Fue como si de pronto la habitación se ladeara. Recordó el comentario de su sobrina de que su padre no estaba con ellas.

Rochelle y Trey tenían el matrimonio perfecto, la clase de unión de la que sus padres presumían y ponían como ejemplo. La clase de relación que su madre quería para todas sus hijas. El lazo que Grace quiso pensar que tenía con Sam.

—¿Conoces a la otra mujer?

—Es una enfermera —contestó, con los ojos arrasados en lágrimas—. Una amiga. No tenía ni idea. El Día de la Independencia estuvo viendo los fuegos dándole la mano a April.

Cuando una lágrima le resbaló por la mejilla, Grace la abrazó. No podía imaginarse cómo debía sentirse. Y si Trey había confesado… ¿significaría que su aventura seguía adelante?

—¿Siguen viéndose?

—Eso no importa —respondió su madre—. El daño ya está hecho.

Oyendo a su madre supo a qué se refería antes con las consecuencias directas de una aventura.

—¡Hurra! —se oyó una voz—. ¡Ha venido Grace!

Tilly entró en la habitación. Rochelle se secó rápidamente las lágrimas y compuso una expresión alegre… típico de una Munroe.

Así que Tilly no sabía nada.

—¿Qué pasa? —preguntó la más joven, mirándolas a todas.

—Nada. No pasa nada —replicó su madre, ocupándose en ordenar las joyas de la niña.

Tilly se cruzó de brazos.

—Pues a mí no me lo parece.

—Grace se va a quedar a cenar —dijo su madre—. Jenn puede prepararnos un asado con patatas. ¿Y qué os parece una tarta de fresa de postre?

Rochelle estaba hundida, Tilly parecía confusa y Grace no pudo evitar recordar que la tata de fresa era el postre favorito de Sam.

Cuando Brock Munroe llegó a casa aquella noche, Suzanne se lo llevó a un aparte, seguramente para contarle lo de la infidelidad de Trey, porque durante la cena permaneció con expresión inalterable. La pobre abuela y Rochelle no dijeron palabra, y Tilly se dedicó a observar la escena en silencio. Su madre compensó el silencio con una charla imparable, excepto cuando Grace habló de su viaje a Sídney.

Mientras su padre le daba unas palmaditas en la mano, alegrándose de que tuviera ocasión de hacer ese viaje, la tensión al otro lado de la mesa crecía.

Una vez se recogió la mesa, la abuela se disculpó para marcharse y a April la llevaron a la cama. Grace decidió que era un buen momento para salir a tomar un poco de aire fresco.

Se había llevado un cuaderno, y con eso y una manta bajo el brazo, se aventuró a salir a la terraza trasera. Apoyó un codo en el brazo del sillón de mimbre, se dio unos golpecitos con el lápiz en la barbilla y dejó vagar el pensamiento. En aquel entorno, con su familia, le pareció que era el momento perfecto para empezar.

Grace estaba a un mundo de distancia, recordando cómo había sucedido todo la noche en que Sam tuvo el accidente, cuando la interrumpieron.

—¿Qué escribes?

Volvió al presente de un salto. Era Rochelle.

—Trabajo en un ejercicio.

—¿Para tu terapia del lenguaje?

—Sobre cómo enviar un mensaje con claridad.

En cuanto había comenzado a escribir, había experimentado una especie de catarsis. ¿Por qué no se le habría ocurrido antes hacerlo?

—¿Cómo estás? —le preguntó a su hermana, cerrando el cuaderno.

—Menos angustiada que antes. ¿Puedo sentarme contigo?

—Claro.

—Vengo de la habitación de Tilly —explicó, sentándose en una silla—. Quería saber qué pasaba.

—¿Y se lo has contado?

—Tiene solo diecisiete años, pero ya no es una niña. Dice que vendrá a pasar las vacaciones con nosotras si April y yo necesitamos su compañía.

—Siempre ha sido una niña de grandes sentimientos.

—Y la única de esta familia a la que mamá no puede manejar. Es más terca que una mula.

—¿Una? ¡Que diez mulas!

Sonrieron las dos, pero Rochelle bajó la cabeza y se miró la mano izquierda. En el dedo anular brillaba un enorme diamante.

—Es duro descubrir que todo era mentira —murmuró—. Que en realidad nunca me ha querido.

—¿Te lo ha dicho así?

—Una persona no va comiendo de otros platos si el que tiene en casa le gusta. Yo quería que tuviéramos otro hijo, y Trey me dijo que esperásemos un poco —se mordió los labios—. ¿Cómo puedo ser tan idiota?

—No es culpa tuya. Nadie se merece esa clase de traición.

—Mamá no quería que nos casáramos. Decía que era un mujeriego. Las mujeres responden en cuanto entra en una habitación —los ojos se le llenaron de lágrimas y parpadeó rápidamente—. Yo me creía afortunada.

Permanecieron en silencio un rato, estudiando las sombras

que se extendían más allá de la terraza.

—Siento no haberte sido de mucha ayuda cuando Sam murió —dijo de pronto su hermana—. Me caía muy bien.

—A todo el mundo le gustaba.

—Pero tú no le querías, ¿verdad? No con todo el corazón.

Grace se quedó inmóvil y miró a su hermana.

—¿Lo sabías?

—Él te miraba como yo miro a Trey: con adoración y esperanza.

Vio que su hermana se rodeaba con los brazos y le pasó parte de la manta para que se tapara.

—Si no hubiera fallecido —continuó—, ¿crees que os habríais casado?

—No. No lo creo.

—Siempre me he preguntado por qué me lo pidió Trey.

—A lo mejor porque eres una mujer inteligente y hermosa.

—Y llena de inseguridades. No te imaginas lo agotador que es fingir que todo es absolutamente maravilloso cuando te preguntas si no le parecerán monstruosas a tu marido tus caderas, o si no eres lo bastante ocurrente, y que es cuestión de tiempo que encuentre a alguien mejor que tú.

—Todos tenemos inseguridades —admitió—. Y todos fingimos en un momento u otro.

—Tantos días volviendo tarde a casa… seguramente ha tenido más aventuras.

Otra vez aquella palabra. Aquel latigazo. Pero su situación con Wynn era completamente distinta. Nadie engañaba a nadie, aunque en cierto modo los dos siguieran estando unidos a otra persona: ella, al recuerdo de Sam; y Wynn, al de su guapísima ex.

Wynn le había dicho que esa mujer estaba en el pasado, pero había visto brillar cierta emoción en su mirada. Su ex había roto con él. ¿Le habría engañado igual que Trey a su hermana? Sam nunca le habría hecho algo así. Wynn, tampoco lo haría. Seguro.

—¿Cuándo sales para Australia? —quiso saber Rochelle.

—El lunes. A mamá no le ha hecho ninguna gracia.

—Pues a papá le parece buena idea. Y a mí, también. Hace años que no nos vemos, pero siempre me ha gustado Wynn Hunter, aunque a veces me pareciera demasiado intenso.

—Sigue siéndolo, pero de un modo distinto, más tranquilo quizás. Tiene algo, Shell. Algo… hipnótico —su sonrisa flaqueó—. Casi peligroso.

—Distinto de Sam, entonces —sonrió.

—Completamente.

Grace cambió de postura y el cuaderno se le cayó. Rochelle lo recogió y se lo dio. ¿Qué pensaría su familia si supiera toda la vedad? Y teniendo en cuenta el pasado de Wynn, ¿qué diría él?

—Aún no estoy del todo convencida de lo de Sídney —admitió—. Cole se va a casar, Dex está prometido… en fin, que Cupido anda lanzando flechas en esa familia.

Pensó en su amiga Amy y en el entusiasmo que había despertado en ella saber que se había besado con Wynn.

—Conozco la clase de atmósfera que crean las bodas —continuó—. Todo el mundo se enamora de la idea de enamorarse, y estoy hasta el gorro de tener que cumplir con las expectativas de otras personas.

—No soy yo la más adecuada para aconsejar a nadie, Grace, pero no te preocupes por lo que puedan pensar los demás. Tú ya no eres la misma chica que empezó a salir con Sam. Incluso yo no soy la misma que se enamoró de Trey hace siete años. Entonces me sentía tan feliz, tan emocionada… y ahora tengo la sensación de haberme caído por un pozo oscuro.

Grace sintió que se le encogía el corazón. Había sido duro perder a Sam, pero no habían tenido hijos juntos. A pesar de lo que decía en aquel momento, Rochelle había querido a su marido.

—Todo va a salir bien. Lo sabes, ¿verdad? April y tú

podéis contar con nosotros.

—Sí, lo sé —respondió, e intentó sonreír antes de apoyar la cabeza en el hombro de su hermana pequeña—. Las dos lo sabemos.

Capítulo Siete

La semana siguiente, el avión que Grace y Wynn habían tomado en Nueva York aterrizó sin problemas en el aeropuerto de Sídney. Recogieron el equipaje, tomaron un lujoso coche de alquiler descapotable y se dirigieron a la mansión de los Hunter disfrutando del paisaje, con lo que la mezcla de aire fresco y sol del hemisferio sur dejó a Grace limpia y fresca, incluso después de un vuelo de veintitantas horas.

No había podido evitar sentir cierta ansiedad, en primer lugar por si la familia de Wynn arrojaría pétalos de rosa a su paso, y en segundo, por si la amenaza del acosador resultaba mucho menos controlable de lo que él creía. Si un loco quería atacar a su padre, ¿qué mejor momento que cuando la familia entera estaba reunida y despreocupada?

Pero con aquella cálida brisa alborotándole el pelo y la promesa de relajación, turismo y algo de aventura, sentía que había tomado la decisión correcta. No obstante, cuando el BMW tomó la entrada circular de la mansión, sintió la necesidad de respirar hondo.

Un miembro del servicio les abrió la puerta y los condujo a un salón lleno de gente. Un hombre de cabello plateado, al que Grace reconoció como Guthrie Hunter, se acercó a abrazar a Wynn brevemente antes de separarse para mirarlo a la cara.

—Tienes buen aspecto, hijo.

—Tú también.

Todas las miradas se volvieron hacia ella. Grace preparó su sonrisa y Wynn la presentó.

—Os presento a Grace Munroe —dijo, sonriendo—. O a lo

mejor debería decir que os la vuelvo a presentar.

Una mujer más o menos de su misma edad corrió a darle un largo y apretado abrazo. Llevaba una hermosa melena rubia sujeta en una coleta que olía a champú, y lucía unos brazos largos, bronceados y bien tonificados y un cuerpo tremendamente en forma.

Grace se separó de ella riendo.

—¡Teagan, tendrías que ser tú quien apareciera en la portada de tu revista!

—Es que trabajo demasiado —respondió, fingiendo sacar bíceps—. ¡Qué ganas tengo de que me lo cuentes todo de ti! —y miró a su hermano con picardía—. Es decir, si mi querido hermano está dispuesto a perderte de vista aunque sean cinco minutos.

Grace esperó que Wynn dijera algo que aclarase el malentendido, pero lo que hizo fue rodearle la cintura con un brazo y sonreír. No es que le hiciera sentirse mal, pero tampoco bien. No quería darles la sensación de que estaban saliendo en serio, pero el mensaje que Wynn le envió al mirarla fue relájate. Estaba demasiado nerviosa.

Un hombre se le acercó con una sonrisa. Tenía el pelo oscuro y brillante como Wynn, unas facciones de belleza clásica y unos ojos del verde del mar.

—¡Te reconozco! —exclamó—. Eres Cole, ¿verdad?

—Las coletas han desaparecido, pero la sonrisa descarada es la misma —respondió, y se volvió para invitar a acercarse a una mujer espectacular con una auténtica cascada de pelo oscuro y ojos solo para él, que le tendió una mano.

—Soy Taryn, la futura mujer de Cole —su acento australiano era muy cálido—. Nos alegramos mucho de que hayáis podido venir.

—Wynn estaba entusiasmado con la idea de venir y poder ver a todo el mundo —contestó Grace—. Y yo, también.

Otro hombre se levantó. Tenía el cabello dorado por el sol y su expresión era abierta y sincera, con unos ojos, iguales que

los de un león, inconfundibles.

—Soy Dex —la saludó—. Te voy a presentar al amor de mi vida.

Riéndose, una pelirroja hermosa como la estatua de una diosa, vestida con unos sencillos vaqueros cortados, le estrechó la mano a Grace con energía.

—Shelby Scout. Encantada de conocerte.

Grace detectó un acento conocido.

—¿Texas?

—Nací en un sitio precioso de Oklahoma —respondió con orgullo.

—Mountain Ridge —explicó Dex—. En un rancho. Tendrías que verla con unas espuelas.

Shelby le miró como queriendo reñirle, pero Dex se limitó a besarla hasta que un niño con los ojos del mismo color que Dex se coló entre el muro de adultos.

—¿Te vas a casar con Wynn? —preguntó, alzando los hombros—. Es que todos mis hermanos se están casando.

Dex le acarició la cabeza.

—Eh, colega, pisa el freno, que no queremos asustar a Grace.

—¿Sí o no? —insistió el niño.

Wynn se agachó delante de él.

—Tate, cuando Grace y yo nos conocimos, teníamos más o menos tu edad. ¿Qué te parece?

El niño miró a Grace con las manos en los bolsillos de atrás de los pantalones.

—Me gustan los dinosaurios. ¿Y a ti?

Grace se agachó también.

—No lo sé. Nunca he tenido.

—No pasa nada —sonrió. Le faltaba un diente—. Yo tengo muchos. Te los enseño.

La tomó de la mano e iba a tirar de ella cuando su padre lo detuvo.

—Hijo, que nuestra invitada aún no conoce a toda la

familia.

Otra mujer, tremendamente embarazada, entró en la habitación. Tenía unos pómulos muy marcados y unos grandes ojos de densas pestañas, con lo que habría resultado toda una belleza de no ser por una mueca de dolor que le desfiguró la expresión. Se había echado mano a los riñones. Debía ser Eloise, la mujer de Guthrie, aunque podría pasar por hermana de Wynn por lo joven que era.

—Como este niño no salga pronto —dijo Eloise—, voy a desfallecer. No puedo seguir llevando a cuestas este balón de veinte kilos.

Cuando Eloise se acercó, Cole se irguió un poco y Taryn tomó de la mano a su novia, como recordándose que tenía su apoyo allí, en ella. Aquello la sorprendió.

La futura madre se detuvo ante ellos con una sonrisa un poco artificial, y Wynn la besó brevemente en la mejilla. Miró a Grace como esperando la misma clase de saludo, pero ella se limitó a inclinar la cabeza y decir:

—Gracias por recibirme en vuestra casa. ¿Puedo preguntar si ya sabes qué va a ser?

—He rezado por que sea una niña. Todas las mujeres quieren tener una hija —Teagan se había agachado a atarle los cordones a Tate, y Eloise se corrigió de inmediato—. Bueno, otra hija. Después de un viaje tan largo, los dos debéis necesitar echaros un rato. Tu habitación de siempre está preparada, cariño —le dijo a Wynn.

—A las cinco, barbacoa —añadió Cole.

—Te llevaré un dinosaurio —ofreció Tate.

Un momento después, Wynn acompañaba a Grace por una magnífica escalera, de la que partía un corredor que la comunicaba con un ala independiente de la casa. Su habitación parecía más un apartamento.

—¿Tenías todo esto para ti solo cuando eras pequeño? —preguntó Grace, mirando a su alrededor.

—No te creas que me pasaba la vida aquí sentado

bañándome en leche de burra y tirando del cordón para que viniera el mayordomo. Trabajaba duro con mis estudios y el deporte.

—¿Quieres enseñarme tus trofeos?

—Quiero enseñarte otra cosa.

Le rodeó la cintura con los brazos y la besó. Fue un beso cálido, intenso, pero de algún modo, distinto. Debía ser por el entorno. Cuando se separaron, los recuerdos de la Navidad que habían pasado juntos en Colorado le volvieron a la cabeza, uno de ellos en particular.

—Aún te veo protestando porque el sombrero que le habíamos puesto al muñeco de nieve no estaba recto —rememoró, intentando no reírse.

Wynn fingió enfadarse.

—Porque Teagan y tú no dejabais de toquetearlo cuando yo no miraba.

Aquella vez no ocultó la risa.

—¡Es que era tan fácil picarte!

Iba a pellizcarle la nariz, y él amenazó con morderle la mano.

—Tuvisteis suerte de que ya entonces fuera un caballero.

—Pues no es eso lo que yo recuerdo. Me dijiste que necesitaba unos buenos azotes.

—Exactamente lo mismo que estaba pensando en este momento —respondió, besándola en el cuello.

Mientras se entretenía mordiéndole el lóbulo de la oreja, le bajó la cremallera del vestido. El aire fresco fue lo primero en colarse, seguido de la palma de su mano, que enseguida emprendió el camino de sus nalgas.

Grace cerró los ojos y dejó caer la cabeza atrás.

—Creía que íbamos a descansar antes de cenar, no a jugar.

—De todos modos, hay que quitarse esta ropa.

Él bajó un hombro, ella el otro, y el vestido cayó al suelo.

Desde aquella noche en su despacho, se habían estado viendo con regularidad, y cada vez que estaban juntos,

inevitablemente, terminaban en la cama, explorando sus cuerpos, descubriendo lo que más le gustaba al otro, como por ejemplo lo que le estaba haciendo con la boca en la base del cuello.

Pero llevaban todo el día de viaje, y el cuerpo le pedía a gritos una ducha caliente y un poco de descanso.

Salió del vestido y fue a la cómoda, quitándose el collar y los zapatos. Entonces vio a Wynn en el reflejo del espejo, que la contemplaba intensamente. No parecía estar cansado.

Se acercó por la espalda, y Grace sintió que el cuerpo se le despertaba. Sus manos le acariciaron los hombros, los brazos, dibujaron abanicos en sus costados y llegaron a la línea de sus braguitas. Tiró del elástico y murmuró:

—Hay que quitar esto.

Cuando ocultó la mano debajo para acariciar los rizos de su vello púbico, las entrañas se le llenaron de fuego.

Para ir más cómoda, no se había puesto sujetador durante el vuelo, y en el espejo, a través de los párpados medio entornados, le vio poner la mano bajo uno de sus senos mientras la otra trabajaba debajo de las bragas. Con dos dedos le pellizcó un pezón y lo hizo girar. Grace suspiró y dejó caer la cabeza a un lado. La mano que le cubría el pubis la empujó hacia atrás para que sus nalgas se apretasen contra él.

Wynn flexionó las piernas y comenzó a descender. Grace saboreó la sensación de su abdomen plano, su pecho y su barbilla. Un dedo tiró de la parte de atrás de sus braguitas y se las bajó hasta las rodillas para poder depositar un beso en su cadera y en una nalga. Al mismo tiempo, las caricias entre sus piernas se hicieron más insistentes, más hondas. Ya no podía verse en el espejo. Solo podía sentir su boca explorando.

Cuando llegó a la parte interior de sus nalgas, tuvo que agarrarse a la cómoda. Entre sus muslos, buscó el punto más sensible y cuando aplicó la presión correcta, millones de estrellas estallaron ante sus ojos. Levantó una pierna y las braguitas cayeron al suelo. Wynn se incorporó y la hizo

volverse.

—¿Soy yo la única que se va a desnudar?

—Bueno… eso podría estar bien.

Retrocedió unos pasos mientras se la bebía con la mirada. Grace se apoyó en la cómoda sintiéndose deseable.

—Eres perfecta —suspiró—. Podría pasarme el día aquí mirándote.

Las mejillas le ardieron, y no porque sintiera vergüenza, sino porque sus palabras, la sinceridad de su voz, la habían conmovido.

Sin dejar de mirarla, retrocedió hasta sentarse en la cama y desde allí la llamó con un solo dedo. Quería que se acercara, y viendo cómo le brillaban los ojos, adivinó que quería que lo hiciera despacio.

Respiró hondo y avanzó paso a paso. Cuando estuvo lo bastante cerca, él le puso una mano alrededor del cuello y la hizo bajar.

El pelo le cayó hacia delante cuando sus bocas se encontraron. El contacto fue suave, deliberadamente liviano. Con la lengua dibujó sus labios antes de succionar el inferior. Fue entonces cuando él se apoderó de su boca, pero ella escapó para arrodillarse entre sus piernas abiertas y comenzar a desabrocharle la camisa. Luego lo obligó a recostarse sobre los codos para soltar el botón y bajarle la cremallera de los vaqueros.

Con la lengua describió un círculo en su ombligo y fue dejando besos húmedos sobre la línea de vello que se ocultaba bajo sus calzoncillos. Cuando atrapó con los dientes el abultamiento que la esperaba allí, le oyó gemir y sintió que se tensaba.

Sacó su pene erecto y pasó la yema del dedo por su extremo antes de llevárselo a la boca e introducirlo centímetro a centímetro, agarrándolo por la base, apretándolo a medida que la boca bajaba. Repitió el movimiento, saboreándolo, oliéndolo, una y otra vez, tomándose su tiempo, haciéndolo

crecer. Él iba alzando la pelvis cada vez un poco más, a medida que ella iba apretando más, hundiéndose más en él.

No tardó en incorporarse y tumbarla boca arriba sobre la cama. Buscó en el bolsillo de la camisa un preservativo y se lo colocó antes de que ella pudiera decir que aún no había terminado con él.

Apenas se había bajado los vaqueros cuando ya volvía a besarla, enredados el uno en el otro, respirando agitadamente, desbordados, cuando la hizo colocarse de lado y de espaldas a él, y mientras le besaba el cuello, colocó la pierna de Grace sobre la suya y la penetró.

Su muslo le parecía una torre de alta tensión; su pecho, lava ardiente, y su ritmo era el del pulso que le batía en la garganta y en el vientre.

Con la palma de la mano en su vientre primero, y en su clítoris después, imitaba cada movimiento de la pelvis en un contacto enloquecedor, y cuando se sintió al borde del precipicio, dispuesta a lanzarse ladera abajo, él utilizó su peso para empujarla.

Acomodándose a ella, Wynn se movía cada vez más deprisa, ella con la mejilla en la almohada y la rodilla clavada en el colchón. Aquel ángulo diferente cambió el modo en que la llenaba, ejerciendo una presión distinta en un punto determinado de su vientre, provocándole un placer tan frágil y tan intenso al mismo tiempo…

Cuando sus acometidas se hicieron más hondas, le puso la mano en el vientre para levantarla y empujar aún más. Un calor abrasador la quemaba por dentro. Unas cuantas embestidas más, y gritó aferrándose a las sábanas.

Un segundo después, él se agarraba a sus caderas y se oía un gemido ahogado de placer.

Capítulo Ocho

—No tenemos por qué bajar —le dijo al oído, acurrucándola en los brazos—. Vuélvete a dormir.

Después de hacer el amor en su alcoba, Grace y él se habían quedad dormidos y la alarma del despertador lo arrancó de un sueño muy intenso. Él nunca soñaba, pero en aquella ocasión, volvían a ser niños y estaban en Colorado, en aquella Navidad. Había un muñeco de nieve con un viejo sombrero de fieltro, y su cicatriz de la ceja era una herida fresca. En lugar de culpar a aquella mocosa insoportable, se preguntaba si no se habría pisado sus propios cordones, y a continuación invitaba a Grace, una criatura deliciosa y vivaracha, a pasar con él una temporada en Australia.

—Es como si tuviera la cabeza llena de algodón —contestó, pegada a su pecho y poniendo la pierna por encima de las de él—, pero todo el mundo nos espera.

Él la besó en la cabeza.

—Lo comprenderán.

Ella lo miró frunciendo el ceño.

—No vamos a pasar todo el tiempo aquí metidos, ¿no?

—Tengo un par de sorpresas planeadas.

—Entonces, prefiero pasar todo el tiempo posible con Teagan mientras estemos aquí —se incorporó para apoyar la espalda contra el cabecero de la cama—. ¿Sabes si sale con alguien?

—Dex me dijo que creía que sí, pero el hombre que le eche el lazo a la señorita independencia, tendrá que ser muy decidido.

—Ya, pero eso no funciona hasta que una chica quiere que se lo echen.

—¿Así?

E incorporándose, la besó en la boca de tal modo que Grace hubiera querido que no terminase nunca.

Cuando por fin se separaron, la sábana se le había escurrido, dejando al aire sus pechos, y él se inclinó para llevarse un cálido pezón a la boca. Su mano ya bajaba hacia su vientre cuando Grace recuperó el juicio y le empujó por los hombros.

—Tengo que darme una ducha

—No la necesitas —respondió él, sin abandonar su pecho.

Grace se levantó de un salto y se plantó delante de él con los brazos en jarras, desafiante. Le habría bastado con agarrarla por la cintura y devolverla a la cama… pero se le ocurría una idea mejor.

—El baño está por ahí.

Grace entornó los ojos como si sospechara algo, pero él se limitó a sonreír.

Dos minutos después, tenía ya el agua de la ducha cayéndole cuando Wynn abrió la puerta de cristal para unirse a ella.

—Eres muy predecible —bromeó.

Él sonrió y echó mano al jabón.

—No te creas.

* * *

—¡Ya era hora!

Wynn y Grace acababan de entrar en el jardín. Dos empleados de la casa estaban a cargo de la barbacoa. Un tercero, llevando en las manos una bandeja con bebidas, se encaminaba al bar. Se oía música, un éxito del momento en el Reino Unido, mientras media docena de personas se bañaban en la enorme piscina.

Volvió a oírse la voz masculina desde la piscina.

—¡Que son las seis! Estábamos dispuestos a subir y sacaros de la cama a empujones —dijo Dex, echando agua hacia ellos.

Grace se sonrojó, pero había sido un comentario sin malicia. Además, todos los presentes eran adultos, menos uno.

Tate estaba también en la piscina, subido a los hombros de Cole.

—¡Wynn! —gritó entusiasmado—. Tengo un balón y vamos a formar equipos. ¡Tú vas conmigo!

—¿Nosotros dos contra esos dos inútiles? —preguntó, señalando a Cole y a Dex—. No me parece justo.

—¿Juegas? —le preguntó Wynn, apretándole de la cintura.

—¿Meterse en el agua a competir con cuatro chicos?

Taryn estaba ya fuera del agua, escurriéndose la melena oscura, y Shelby salía detrás. Teagan debía andar por allí.

—Tengo la sensación de que no haría más que tragar agua. Mejor me voy un rato con las chicas.

Shelby le estaba haciendo un gesto con la mano para que se acercara. Mientras Wynn echaba a correr y se zambullía, Grace aceptó un vaso de zumo que le ofrecieron y se unió a Shelby y Taryn.

—Wynn me ha contado que Cole y tú habéis estado navegando —le dijo a Taryn al ver su bronceado.

—Nos hemos dado una vuelta por algunas islas del Pacífico —contestó, colocándose una toalla alrededor de las caderas y acomodándose en una silla—. Es como estar en el paraíso.

—¿Cuándo volvéis a marcharos? —preguntó Shelby.

—Si todo va como está previsto, después de la boda —respondió, mirando con adoración a su novio—. Cole quiere que tengamos hijos pronto, y yo, también.

Shelby le pasó un brazo por los hombros a su futura cuñada.

—Eso es genial, cariño.

Grace no la conocía lo suficiente como para abrazarla, así que alzó su copa.

—¿Es cosa mía, o Dex también ha entrado en modo padre? —pinchó Taryn.

—Desde que ha tenido a Tate, no deja de hablar de tener hijos. Vamos a echarlo mucho de menos si Guthrie decide que se quede —miró Grace—. Ay, perdona. Te estamos dejando fuera con esta conversación.

—No te preocupes. Me alegro de verdad por vosotras.

—Cole dice que os conocisteis todos siendo niños —dijo Taryn mientras se enderezaba la parte de arriba del biquini. Desde luego podía haber sido modelo de pasarela en lugar de niñera, que es como Cole la conoció al contratarla para que cuidase de Tate.

Grace miró hacia la piscina. Los tres hermanos mayores jugaban a las luchas, mientras Tate, sentado en el borde de la piscina, reía y palmoteaba entusiasmado.

—Hemos cambiado mucho desde entonces. No había reconocido a Wynn.

—Pues ahora están bien creciditos —bromeó Shelby—. ¿Cómo era Wynn hace veinte años?

—Serio. Intenso. Las chicas le caían mal. O yo por lo menos.

—¿Y tú? —preguntó Taryn—. ¿No te parecía mono entonces?

—Andaba medio enamorada de él —admitió—. Incluso llegué a darle un par de pellizcos en el brazo para luego salir corriendo, pero él me recuerda como un monstruo que quería destrozarle la vida.

Taryn se rio.

—Amor verdadero.

—Estabais destinados a encontraros, igual que Dex y yo —confió Shelby—. Cuando nos conocimos, yo no quería saber nada de hombres. Tuvimos que recorrer un largo camino, pero ahora no me imagino la vida sin él.

—¿Cómo os encontrasteis Wynn y tú? —quiso saber Taryn.

—En una boda. Hablamos, bailamos, y él ya se iba cuando la novia lanzó el ramo. Las flores aterrizaron delante de mí y resbalaron luego hasta sus pies. Wynn las recogió y me besó

allí, delante de todos.

Las palabras se le escaparon antes de que se diera cuenta de lo que hacía.

—¡Vaya! Parece que los Hunter son todos unos románticos —exclamó Taryn—, por mucho que intenten ocultarlo.

Grace volvió a mirar a Wynn. Con los brazos en alto, animaba a Tate a meterse otra vez en el agua. Sí. Si conseguía dejar atrás lo de su ex, Wynn podría ser un gran hombre de familia.

Mientras las tres hablaban de los planes para la vida y del vestido de Taryn, que iba a ser increíble, Grace vio que Teagan salía de la casa. Tenía un cuerpazo impresionante con aquel biquini naranja neón y negro. Grace se disculpó y se levantó para ir con ella.

—¿Y si llenamos unos globos de agua? —le propuso al verla llegar—. Podemos organizar un ataque a escala total.

Grace se echó a reír.

—¿Contra los de la piscina?

—¿Contra quién si no? —Teagan tomó una brocheta de fruta de una bandeja—. No me puedo creer que estés aquí y que Cole vaya a casarse —los ojos le brillaban—. No me atrevo a preguntarte si Wynn y tú estáis también pensando en lo mismo. Es que me cuesta trabajo imaginaros juntos.

Grace sintió que el estómago se le encogía.

—No estamos juntos, Tea. No en ese sentido, quiero decir. Como Shelby está con Dex.

—Ah, entiendo. No tiene nada de malo esa clase de relación más libre. Yo lo comprendo perfectamente.

Pero Grace no estaba segura de que fuese así.

Teagan y ella no se habían comunicado desde aquellas cartas que se escribieron siendo unas adolescentes, pero aun así, seguía sintiendo la misma conexión con ella, la misma confianza, de modo que mientras los demás seguían hablando de la boda, ella le habló de Sam, de lo gran tipo que era y de cómo había muerto. Omitió lo ocurrido treinta minutos antes

del accidente. Nadie lo sabía. Ni siquiera lo había escrito en su cuaderno. Terminó diciéndole que lo que Wynn y ella compartían era más para divertirse que para pasar por la vicaría.

—Yo tengo una relación parecida —admitió su amiga—. Aparentemente estamos juntos, pero en el fondo es más complicado.

—¿Va a venir a la boda?

—No. Ya te he dicho que es complicado —sacó una uva de la brocheta—. Proviene de una familia grande, y sus hermanos están todos casados, con lo que Damon está como loco por seguir sus pasos, lo que incluye un montón de niños.

—¿Un montón? ¿Cuántos?

—Habla de seis.

Grace silbó.

—¡Yo pensaba en tres!

—O en ninguno.

Que una pareja tuviera seis no era habitual, pero ¿ninguno? A lo mejor era demasiado pronto para plantearse tener hijos con ese hombre. O quizás el hecho de que tuviera una familia tan grande podía resultar un poco agobiante.

Teagan estaba a punto de decir algo más cuando Guthrie y Eloise salieron de la casa.

—Voy a ver si necesitan algo —dijo Teagan.

Grace iba a acompañarla cuando un par de brazos fuertes y muy fríos la sujetaron por la cintura para apretarla contra un pecho igualmente helado y duro como la piedra. Gritando intentó volverse, pero Wynn no se lo permitió.

—Resistirse es inútil —dijo, mientras su hermana se reía.

—¡Te lo he dicho antes! —intervino Teagan—. Deberías haberle bombardeado cuando has tenido ocasión.

Dos horas más tarde, Tate estaba ya acostado y Guthrie se había colocado de pie en la cabecera de la mesa del jardín, con la intención de decir unas palabras. Su sonrisa era sincera pero parecía cansado.

—No necesito deciros lo feliz que me hace veros a todos juntos y felices, en particular a Cole y a su futura esposa, nuestra querida Taryn.

Cole se llevó la mano de Taryn a los labios para besarla mientras los demás aplaudían.

—El domingo que viene va a ser un día muy especial —continuó—. He tomado medidas para asegurarme de que nada nos lo estropee —anunció, sentándose—. Brandon sigue trabajando para acumular toda la información posible para localizar a esos desconocidos que tanto daño nos han causado estos últimos meses. Quiero que todos sepáis que la seguridad va a ser la prioridad de ese día.

—No hemos dicho nada a la prensa —explicó Cole—. Y la lista de invitados se ha reducido al máximo.

—Entonces, ¿quién ha pasado el corte? —preguntó Teagan.

—Vosotros, por supuesto, la tía de Taryn y unos cuantos amigos íntimos. Talbot y Sarah —continuó. Sus hijos se sorprendieron. Hacía años que su hermano y él habían dejado de hablarse—. Y el hijo de Talbot.

—¡Espera un momento! —intervino Dex—. Si Talbot no tiene hijos.

—Bueno… así lo conocemos —dijo Cole.

Su padre lo miró agradecido.

—Hay algunas personas de Hunter Broadcasting. Y un par de amigos —miró a Wynn—. Los Riggs entre ellos.

—Entonces, ¿no hay pistas nuevas en el caso? —preguntó Dex.

—El responsable, sea quien sea, parece haberse evaporado de la faz de la tierra.

—Y esperemos que ese sea el final —añadió Eloise.

—Yo no pienso dejar que ese hijo de perra se salga con la suya —masculló Cole—. No pararé hasta que se le detenga, y Brandon tampoco.

—Si estas cosas no se atajan como es debido, luego pueden

volver a aparecer cuando menos te lo esperas —añadió Shelby, y Dex y ella se miraron.

—A veces, simplemente, se van a molestar a otra parte — aventuró Taryn.

Grace escuchaba el intercambio con el estómago encogido. Wynn lo notó y le tomó la mano.

—¿Estás bien? —le pregunto en voz baja—. No tienes de qué preocuparte, de verdad. No sé si seremos capaces de llegar al fondo de todo esto, pero los tres incidentes ocurrieron muy seguidos, y ha pasado mucho tiempo. No creo que volvamos a saber nada de ese tío.

—Entonces, ¿piensas que Tate debería quedarse aquí?

Wynn parpadeó varias veces.

—No es hijo mío. No puedo decidir.

—Pero si lo fuera, ¿qué harías?

—Esa es una pregunta que dudo que alguna vez tenga que contestar.

* * *

Grace estaba esperando a Wynn junto a su coche de alquiler. Llevaban allí dos días con su familia. La habían acogido con cariño, y había disfrutado mucho de su compañía, especialmente de la de Teagan, aunque su idea de la relajación fuese una carrera de quince kilómetros seguida de un batido de proteínas.

Aquella mañana, Wynn le había dicho que había llegado el momento de desvelar la sorpresa que le aguardaba en aquellas vacaciones. Iban a tener que pasar un buen rato en el coche, pero que eso formaba parte de la experiencia.

Guthrie y Cole estaban en uno de los rincones del jardín, enseñando a Tate a lanzar la bola de béisbol.

Taryn la vio y se acercó.

—Los chicos están disfrutando de lo lindo todos juntos — se sonrió. Wynn había recogido la bola y estaba enseñándole un lanzamiento controlado a Tate—. Vas a tener que

arrastrarlo por los pelos si queréis salir antes de las doce.

—No me importa —respondió, enderezándose el sombrero. El sol de Australia quemaba—. Es su momento. Creo que ha echado de menos a Tate. Mucho más de lo que se imaginaba.

—Estamos todos enamorados de ese niño, sobre todo después de haber estado tan cerca de perderlo aquel día.

Grace se estremeció. No podía imaginarse cómo habría interiorizado la tentativa de secuestro un niño tan pequeño.

—Ha hablado con psicólogos —le explicó, como si le hubiera leído el pensamiento—. Tampoco parece que tenga pesadillas, gracias a Dios. Cole se quedó destrozado. Poco después del incidente, se lo llevó a un parque a jugar un rato con él, como están haciendo ahora. En un segundo de distracción, lo perdió de vista.

Grace se echó mano al estómago.

—Pero lo encontró, ¿no?

—Sano y salvo, pero me contó que aquellos minutos pusieron su mundo patas arriba. Por primera vez fue consciente de lo que de verdad quería de la vida.

—Tener su propia familia —adivinó.

—Proteger. Amar.

Veía a su novio preparado para batear con Tate a hombros, y la felicidad brilló en sus ojos.

—Poco después, cuando Brandon Powell ya se había hecho cargo de la investigación, nos fuimos con el barco unas semanas. Fue donde nos unimos aún más. No ha vuelto a haber problemas desde entonces.

—Entonces, puede que Eloise tenga razón. A lo mejor el acosador se ha marchado. Lo ha dejado.

—Pero no creo que los Hunter renuncien a buscarlo. El responsable tiene que ser detenido.

Eloise apareció en el jardín y Guthrie se apresuró a ofrecerle una silla. Grace no pudo dejar de notar la reacción de Cole a la llegada de su madrastra: la tensión resultaba evidente, y bajó a Tate de sus hombros. El chiquillo corrió

junto a sus padres, y los dos hermanos se alejaron también.

—Ya te habrás dado cuenta de que Eloise no es precisamente el ojito derecho de Cole —comentó su novia en voz baja.

—Wynn me dijo que sus hermanos están convencidos de que se casó con su padre por dinero.

—Ojalá eso fuera lo peor.

Antes de que Taryn pudiera decir algo más, Cole y Wynn llegaron junto a ellas. Cole le dirigió una sonrisa antes de besar a Taryn.

—¿Qué te parece si echamos un vistazo a cómo van las cosas en el jardín de atrás?

—Estupendo.

Wynn abrió la puerta del coche para que subiera Grace.

—Os veremos en un par de días.

Un momento después, recibían el saludo de despedida de los guardias de la puerta. ¿Irían armados? ¿Necesitarían usar las armas durante el servicio? Todo el mundo parecía muy tranquilo. Sería solo por precaución.

—¿Preparada para la aventura? —le preguntó Wynn, tomándola de la mano.

—Me pongo en vuestras manos, maestro.

Capítulo Nueve

Cuando llegaron a las Blue Mountains, al oeste de Sídney, Grace había olvidado por completo sus preocupaciones respecto a la boda.

El lugar en el que Wynn había reservado habitación era magnífico. Con aquellas ventanas de guillotina y arcos ojivales, el hotel le recordaba a las Elephant Tea Room de Londres. Y había que añadir el aire puro, impregnado de olor a eucalipto, las impresionantes vistas…

Y Wynn tenía algo aún más increíble planeado.

En la recepción del hotel, un hombre más o menos de la misma edad que él dejó la revista que estaba leyendo al verlos entrar.

—Buenos días. ¿Tiene reserva, señor?

Wynn le dio su nombre.

—Pues parece que no hay reserva a su nombre, señor Hunter.

—Vuelva a mirar, por favor.

Un instante después, el recepcionista volvió a negar con la cabeza.

—Tenemos una habitación disponible en la planta baja, pero no tiene vistas.

La expresión de Wynn se endureció y sacó el móvil. Unos cuantos huéspedes estaban en el vestíbulo consultando folletos, y algunos más salían del hotel.

—Mi asistente me asegura que se hizo la reserva, y que recibió confirmación de ustedes para una suite de lujo con vistas. Habló personalmente con usted, Mick.

Secándose la mano en la camisa, Mick volvió a leer la pantalla.

—Lo siento, señor. No puedo hacer nada.

—¿Puedo hablar con el director?

Una niñita, más o menos de la edad de April, había salido de una sala adjunta a la recepción, y tiró al recepcionista de la manga.

—Papi, ¿me ayudas a colorear?

Mick llamó al director antes de pasarle la mano a su hija por el pelo rubio y rizado.

—Espera un momento, tesoro.

Después de tres horas de coche, Grace se sentía satisfecha simplemente con estar allí. Le daba igual qué clase de habitación les dieran.

—Puedo ofrecerle esa habitación a un precio especial, pero todas las suites están ocupadas.

Otro hombre apareció, que se presentó como el director.

—¿Hay algún problema?

Mick explicó lo que ocurría y Grace dio un paso atrás. El director se disculpó, más aún cuando se dio cuenta de quién era Wynn, la familia Hunter era toda una institución en Australia. El pobre Mick no era capaz de comprender cómo se había podido traspapelar la reserva, y la niña, notando la tensión de su padre, fue a esconderse detrás de la puerta, sus ojazos del color del chocolate muy abiertos.

Wynn la vio también, y alzó una mano.

—Está bien. Nos quedamos con esa habitación.

—Lo siento muchísimo, señor Hunter —dijo de nuevo el director.

Wynn aceptó la tarjeta y cuando llegaron a la habitación doble que les habían asignado, Grace sintió curiosidad.

—No es lo que tenía pensado —se lamentó Wynn, dejando el móvil sobre la mesilla.

—No estás contento.

—No me gusta la incompetencia.

—Y querías decírselo a los dos.

—Creo que estaba en mi derecho.

—Pero no lo has hecho —se acercó a él—. ¿Por qué?

—No iba a servir de nada.

—Ha sido por la niña, ¿a que sí? Has visto que nos estaba mirando y no has querido seguir.

—Tampoco era para tanto, Grace.

—Has dado marcha atrás —sonrió, pasándole un dedo por la mandíbula.

—¿Te gustan los hombres que dan marcha atrás?

—Por una razón como esa, desde luego —respondió, acariciándole el cuello—. Eres un hombre muy caballeroso, ¿lo sabías?

—Pues cuando era un niño, pensabas todo lo contrario —le dijo, acariciándole los costados.

—Menos cuando te pinchaba. Aunque pareciera que ibas a comerme, al final siempre me dejabas en paz.

Sonrió.

—Recuerdo al menos una ocasión en la que Cole tuvo que contenerme.

Grace se puso de puntillas para rozar con su nariz la de Wynn.

—Asúmelo, Wynn Hunter. Eres de los buenos.

Dos horas más tarde, Grace contemplaba el lugar más increíble que podía haber imaginado. Wynn había comprado entradas para recorrer Lucas Cave, la más famosa de las grutas prehistóricas conocidas como las Jenolan Caves. Tras subir más de cien peldaños entraron a una antecámara que daba acceso a una estancia que alcanzaba cincuenta y cuatro metros en su punto más alto.

La cámara podía acomodar hasta a cien personas, y al parecer poseía una acústica perfecta. Varias orquestas y una banda aborigen daban conciertos con regularidad en aquel escenario. En las siguientes cavernas, la temperatura empezaba a caer y pasaron por todo tipo de formaciones de caliza, estalactitas y estalagmitas que adoptaban todas las formas posibles e imaginables.

De vuelta al calor del sol, dieron un paseo tomados de la mano alrededor de Blue Lake, cuyas aguas parecían propias del paraíso. Incluso tuvieron la suerte de ver un ornitorrinco.

De vuelta al hotel, se cambiaron y se vistieron para cenar en un magnífico restaurante.

Estaban ya a mitad de la cena cuando la conversación pasó a tratar del trabajo. Wynn le preguntó sobre sus estudios.

—Antes de empezar a estudiar el master, soñaba con tener mi propia consulta.

—¿Y qué hay que haber estudiado para abrir una consulta de ese tipo?

—Patología del lenguaje. Se estudia anatomía, fisiología, el desarrollo de las áreas del cuerpo que están relacionadas con el lenguaje, la pronunciación y la deglución.

—¿Deglución?

—La gente no se da cuenta de lo importante que es.

Sonrió.

—Yo siempre he sido un gran fan de la deglución.

—Estudiamos la naturaleza de los desórdenes, la parte acústica y la psicológica. Y una vez hecho esto, se evalúa cómo tratar los problemas.

—Yo conocía a un chico que era tartamudo. Aaron Fenway. Era casi incapaz de decir su nombre de corrido. Debía ser duro, pero no te creas que le afectaba demasiado. Siempre iba de los primeros en matemáticas.

—Se parece a mi hermana. Una cabeza para las cifras.

—Ahora tiene una empresa en internet. Un fenómeno, el tío.

—Bruce Willis y Nicole Kidman tartamudeaban. Winston Churchill y Shaquille O’Neal también.

—Estoy intentando imaginarme a alguien con las narices suficientes para meterse con Shaquille por eso —se rio—. Debes sentirte bien ayudando a la gente —Wynn tomó un sorbo de vino—. Mi negocio no es tan noble.

—Alguien tiene que contar las noticias. Es una profesión

noble.

—Puede ser, pero cada vez son más los lectores que leen las noticias en la Red.

—¿Y cuál es el futuro entonces?

—Pues habrá que mantener los ojos bien abiertos a todas las opciones. Cambiar debe ser nuestro lema. Tenemos que reducir costes en la parte impresa, tanto en la impresión como en la distribución. En este momento estoy en negociaciones con alguien.

—¿Para compartir esos costes?

—Más que eso. Estamos pensando fusionar parte de la empresa.

—Uf. Política empresarial de altos vuelos.

—Y altamente confidencial. Ni siquiera mi padre lo sabe.

Ella estudió su expresión y dejó el tenedor.

—Me da la sensación de que no te entusiasma la idea de decírselo.

—Mi padre piensa que la forma de alcanzar el éxito en los negocios es comprando a la competencia, o echándola del negocio, pero nunca fusionándose.

—Pero el que decide eres tú, ¿no? Tú diriges Hunter Publishing.

—Sí, pero para que todo vaya bien, necesito su aprobación —desplazó el plato a un lado—. Y la necesito pronto, así que voy a aprovechar para contárselo cara a cara.

—¿En esta semana?

Él asintió.

—Quizás lo mejor sería esperar hasta después de la boda.

—Lo mismo opino yo.

—Si necesitas mi ayuda…

—Voy a necesitar mucho más que eso —respondió él, acariciándole la mano de un modo que a ella casi se le cerraron los ojos de placer.

Demonio de hombre.

Capítulo Diez

Cuando volvieron de su mágica estancia en las Blue Mountains con más de cien fotos y mil recuerdos, los preparativos finales para el gran día de Cole y Taryn estaban a pleno rendimiento. La magnífica extensión de césped y el resto del jardín había sido acicalado hasta alcanzar la perfección. Una carpa de cuento de hadas se había erigido sobre la hierba, y se habían dispuesto mesas bajo su toldo y fuera.

En aquel momento Grace contemplaba el techo de la carpa, adornado con caídas de seda blanca y las fuentes de flores mientras los sesenta invitados, más o menos, tomaban asiento a ambos lados de un pasillo alfombrado en rojo.

A su lado, Wynn llevaba su esmoquin con una elegancia tal que dejaría en mal lugar al mismísimo James Bond.

—Por cierto, quería decirte una cosa —se le ocurrió de pronto—. No te olvides de quiénes son hoy los protagonistas, ¿vale? No se te vaya a ocurrir hacer lo mismo que en la otra boda.

—A sus órdenes —sonrió.

—Ya es hora de que vayas con tus hermanos al altar.

—¿Tú crees?

Grace sonrió. Se estaba comportando de un modo extraño aquel día.

—Estás increíble con ese vestido.

—Ya me lo has dicho —respondió sin dejar de sonreír—. Creo que diez veces.

Wynn se acercó y le dio un beso breve pero intenso en los labios que a ella le humedeció los ojos.

—¿Estarás aquí cuando vuelva? —preguntó, poniéndole

una mano en la mejilla.

Quiso volver a reír, pero su mirada se había vuelto seria de repente.

—Sí. Aquí estaré. Te lo prometo.

De camino al altar, Guthrie lo apartó para presentarle a una pareja que le resultaba familiar.

—Hijo, supongo que te acuerdas de Vincent y Kristy Riggs —dijo su padre, con la sonrisa de padrino puesta en la cara.

—Por supuesto —Wynn estrechó la mano del marido y se inclinó levemente ante la mujer—. Me alegro de volver a verles.

La expresión del señor Riggs era de humildad.

—Christopher está encantado con que le hayas ofrecido una oportunidad en Nueva York.

—Estoy seguro de que será un valor añadido para nuestra empresa.

—Me gustaría que charlásemos un rato después de la ceremonia, y saber qué tienes pensado para él.

—Pero en este momento —intervino la señora Riggs—, tienes un trabajo muy importante que hacer.

—Guthrie nos ha contado que Dex no tardará en seguir los pasos de su hermano.

Vincent en dirección a Grace, pero Wynn no quiso dar explicaciones.

—Sí. Dex no tardará en casarse. Si me disculpan…

Tenía que centrarse en lo que se esperaba de él en aquel momento, pero es que había un pensamiento que no dejaba de rondarle la cabeza.

En el pasado, antes de su ruptura con Heather, cada vez que miraba hacia delante, era a ella a quien veía a su lado. Pero aquella noche, viendo a Grace…

No quería iniciar una relación, y sin embargo los dos estaban imitándolo a la perfección. Un momento antes, cuando había sugerido que podía llegar a querer algo más, durante unos segundos lo había deseado de verdad. Pero no

quería volver a recorrer ese camino. ¿Por qué empeñarse en que zozobrara un barco que mantenía por el momento un equilibrio perfecto?

Estaba ya a unos pasos del altar cuando otro invitado lo detuvo. Era un hombre de veintitantos, alto y fuerte.

—Eres Wynn, ¿verdad? Soy Sebastian Styles.

—Lo siento, pero no caigo.

—El hijo de Talbot.

Sabía que el primo perdido iba a aparecer aquel día, pero no le habían dicho cómo se llamaba, y nadie conocía la historia que se ocultaba tras aquella repentina ampliación de la familia.

—Encantado de conocerte —le dijo, estrechándole la mano.

—No estaba seguro de si Guthrie os habría hablado de mí.

—Solo nos ha contado que has recuperado el contacto con tu padre.

El resto, no era asunto suyo, y tenía que ocupar ya su puesto en el altar.

—He oído hablar mucho de ti —estaba diciendo Sebastian—, y de tus hermanos. ¿Podremos tomar una copa después de la ceremonia?

—Por supuesto. Será un placer.

Wynn pasó de largo las últimas tres filas de sillas y se colocó junto a Dex. Los tres hermanos Hunter quedaron en fila.

Dex sacó un pañuelo del bolsillo y se lo ofreció a Cole.

—Para cuando empieces a sudar —bromeó.

—No estoy nervioso —respondió, enderezándose la pajarita—. Es el mejor día de mi vida. Y no hagas tonterías, que el maestro de ceremonias acaba de dar la señal —volvió a tocarse la pajarita—. Taryn va a salir.

Grace intentaba averiguar dónde le correspondía sentarse.

La única persona a la que reconoció de los que se sentaban

en la primera fila, reservada para la familia, era Eloise. Envuelta en chifón amarillo, se acariciaba la tripa que parecía un globo a punto de estallar.

Teagan era dama de honor y Tate, paje. A Shelby no la había visto. Dado que no podía sentarse a lado de Wynn, no quería cometer un error. Quizás lo mejor fuera ocupar una silla del centro, en un territorio más neutral.

Estaba decidiendo cuál cuando Shelby, impresionante con un vestido verde esmeralda de un solo hombro, llegó apresurada.

—Tú te sientas a mi lado —dijo, indicando la segunda fila —. Vuelvo en un segundo. Solo quiero darle un beso a uno de los padrinos para desearle buena suerte.

Grace ocupó la silla exterior de la fila que Shelby le había indicado. Un instante después se presentó un hombre. Le había visto antes hablando con Wynn.

—¿Hay sitio para uno más? —preguntó.

Era un joven de fuerte presencia, se dijo Grace, acompañada por una deliciosa voz de barítono y unos ojos azules de mirada dulce.

—Por supuesto —contestó, avanzando un puesto.

El hombre se pasó las manos por las perneras del pantalón antes de mirarla.

—Es que me siento un poco fuera de sitio.

Ella le sonrió.

—Yo también.

—Soy Sebastian Styles, el primo perdido.

—Grace Munroe. Amiga del tercer hermano.

—La verdad es que no me parecía bien entrometerme en algo como lo de hoy. Sobre todo teniendo en cuenta lo íntimo de la ceremonia.

No tenía por qué saber lo del acosador, así que no dijo nada.

—En un primer momento, decliné la invitación —continuó él—, pero Talbot, y al parecer Guthrie también, insistieron en

que viniera.

La suave música que estaban escuchando pasó a ser algo bastante más movido. Cuando la novia apareció del brazo de la mujer que debía ser su tía Vi, las lágrimas asomaron a sus ojos.

Llegó Shelby, y los dos se desplazaron un asiento.

—Qué maravilla de vestido —les dijo en voz baja—. Es la novia más guapa que he visto en mi vida.

Tate, vestido con un diminuto esmoquin, Teagan y otra dama de honor, iniciaron la marcha hacia el altar.

Horas después de la ceremonia, con la recepción ya bien adelantada, Grace vio a Teagan. Estaba tras una gruesa columna decorativa, hablando por teléfono y parecía casi a punto de llorar.

Iba a reunirse con Wynn, que parecía estar disfrutando de la conversación con su recién descubierto primo, pero se dirigió a ver a su amiga.

—¿Estás mal? —le preguntó cuando la vio colgar.

—Ese hombre del que te he hablado… me echa de menos.

Grace suspiró aliviada.

—Creo que tú también le echas de menos —sugirió.

Teagan apretó los dientes.

—Supongo que me he acostumbrado a estar con él, pero… no creo que las cosas vayan a funcionar entre nosotros. A largo plazo, no.

—¿Porque él quiere tener muchos hijos?

Teagan asintió.

—¿Y te ha pedido que te cases con él?

—Aún no, y no quiero que lo haga. Ya te dije que es… complicado. Iba a contártelo, pero…

—No tienes por qué darme explicaciones.

—Quiero hacerlo.

Le quitó de la mano la copa de champán que llevaba y se bebió la mitad.

—El accidente aquel que tuve hace tanto tiempo.

También habían hablado de ello los últimos días.

—Estuviste entrando y saliendo del hospital.

—Me perdí muchos días de colegio. Mis padres intentaban compensarme, y tenía todo lo material que una chica puede desear. Creo que ellos lo supieron desde un principio. Yo me enteré más tarde —miró a la gente que bailaba y los ojos se le humedecieron—. No puedo tener hijos.

Las palabras se quedaron suspendidas en el aire entre ellas; y Grace, cuando reaccionó, le dio la mano a su amiga.

—Tea…

—No pasa nada. Yo ya estoy acostumbrada a la idea. Hay muchas otras cosas en la vida.

—A lo mejor, si hablaras con él… hay otras opciones.

—Claro. Y muy buenas. Pero tendrías que conocerlo, Grace. Le miro y sé que está destinado a tener hijos con su misma barbilla cuadrada y sus brillantes ojos azules —su expresión se endureció—. Se merece conseguir todo lo que quiera de la vida.

—Habla con él, por favor.

Teagan sonrió.

—Estoy conforme conmigo misma, y no quiero la compasión de nadie. Ya he tenido bastante. No estoy dispuesta a ponerle a él en una encrucijada.

¿Entre casarse con la mujer a la que amaba o con otra que pudiera darle hijos?

En aquel momento bajó el volumen de la música y la atención de las dos se vio dirigida hacia una pequeña conmoción que tenía lugar cerca del escenario. Taryn iba a lanzar el ramo.

Teagan ladeó la cabeza y sonrió a su amiga.

—¿Vas a probar?

—La última vez que tuve algo que ver con un ramo de novia, me metí en un buen lío.

Teagan sonrió de nuevo.

—Apuesto por Shelby, pero voy a hacer bulto.

Cuando Teagan y otras jóvenes solteras se hubieron colocado en la pista de baile, Taryn se dio la vuelta y lo lanzó. Las flores salieron volando unos cuantos metras antes de que Shelby, aprovechándose de su estatura, cazó el ramo en el aire. Mientras la gente coreaba la hazaña, Dex se acercó a ella y con el orgullo brillándole en los ojos, inclinó a su novia en una pose dramática antes de besarla. Todo el mundo suspiró, incluida Grace.

Dos personas que parecían hechas la una para la otra. Como si todas sus emociones y dificultades fuesen las dos mitades de la misma unidad.

Desde el escenario, el pinchadiscos pidió a las damas que se apartaran porque Cole iba a lanzar la liga de la novia.

Wynn estaba al fondo, pero cuando la vio, la saludó con la mano, justo antes de que Dex lo agarrara por ambos brazos para impedirle avanzar. Grace se echó a reír. La tradición decía que, al igual que con el ramo, quien atrapase la liga de la novia, se casaría a continuación. Dex quería hacerse con ella para ponérsela a su novia en la pierna, pero Wynn parecía igualmente decidido a conseguirlo. Puro espíritu de competición.

¿O algo más?

Teagan se le acercó. Nadie diría que había estado a punto de llorar un minuto antes.

—Mira a mis hermanos —Dex intentaba hacerle un bloqueo a Wynn, pero este se zafó y se colocó delante—. Nunca había visto a Wynn divertirse tanto. Estos últimos meses, cuando hablaba con él por teléfono, parecía tan distante… y luego apareciste tú —concluyó, pasándole un brazo por la cintura.

Grace la miró. Su comentario era precisamente de la clase de cosas a las que no había querido tener que enfrentarse en aquel viaje. Wynn había perdido a la mujer con la que quería casarse, y ella no quería reemplazar a nadie. Aún tenía que lidiar con su propio pasado.

Y sin embargo, algo en su interior había cambiado.

En el escenario, el marido se arrodilló delante de su mujer y le quitó la liga. A continuación la alzó por encima de su cabeza, triunfal, y los hombres estallaron en vítores.

—¿Chicos, estáis preparados? —los animó más el pinchadiscos.

Un rugido se elevó como un clamor y la liga salió volando al mismo tiempo que a los zapatos de Wynn les crecieron alas. Cazó la liga con un solo dedo y al instante recibió en la espalda las palmadas de los derrotados. Mientras, por el rabillo del ojo, vio que Tate había subido al escenario. Llevaba toda la noche bailando como un loco.

Wynn se le acercó y clavó una rodilla en el suelo. Las conversaciones cesaron, y todo el mundo los miró. Grace se encogió.

—Sube aquí un pie —le dijo, dándose una palmada en el muslo de la pierna flexionada.

Ella negó con la cabeza, pero él contraatacó con una de sus endiabladas sonrisas.

—Supongo que siempre podría ponérmela de diadema —dijo, y cuando amenazó con hacerlo, la gente se echó a reír—. No puedes desilusionar a todo el mundo —bajó la voz y se hizo más íntima para decir—: no me desilusiones a mí.

El pinchadiscos intervino para animarla, y la gente se sumó a la algarabía. La expresión de Wynn había dejado de ser divertida para volverse… solemne.

El corazón le latía desaforado en el pecho y en los oídos. Todo aquello estaba enviando un mensaje equivocado.

¿O sería solo una diversión?

Puso un pie en su muslo y él le colocó la liga justo por encima de la rodilla para levantarse a continuación mirándola a los ojos.

—¿Sabes lo que se merece esto?

Ella se sentía flotar.

—¿Una modesta reverencia?

Cuando sus labios rozaron los de ella, el deseo que hubiera podido sentir de apartarlo, de pedirle que se comportara, se desvaneció. No quería ser el centro de atención. No quería que la gente la colocara en otro callejón sin salida. Y, sin embargo…

Durante una décima de segundo, creyó que los fuegos artificiales que explotaban en su cabeza y que le corrían por la sangre eran tan poderosos que estaban haciendo temblar físicamente la estancia hasta que, de pronto, una realidad bien distinta se materializó, y la gente comenzó a gritar.

Capítulo Once

La fuerza de la explosión estuvo a punto de derribar a Wynn.

Un resto arrancado le golpeó la mejilla al mismo tiempo que una columna de humo oscuro salía de cerca del escenario. Recordaba quién había estado allí un segundo antes y el estómago se le retorció.

—Sal de aquí. ¡Corre! —le gritó a Grace.

Grace empezó a toser, pero se agarró de su brazo para decirle:

—¡Tate estaba allí!

Él ya lo sabía, y la obligó a darse la vuelta.

—¡Vete!

Wynn avanzó hacia el escenario, mirando a su alrededor. Algunos invitados, con las caras sucias de polvo, corrían hacia la salida. No veía ni a Cole ni a Dex, pero mirando hacia un lado, vio a Taryn y Shelby que salían con Grace.

Seguro que sus hermanos andaban también buscando entre aquel humo.

Las chispas le saltaban a la cara, la nariz le ardía por dentro y se sentía rodeado del olor de su propio pelo chamuscado, pero saltó al escenario. Una silueta pequeña, quizás Tate, estaba paralizado allí arriba, en un lado. Si la explosión lo había derribado, ya se había levantado. Estaría desorientado. Herido, quizás.

Cruzaba la tarima cuando hubo otra explosión, diferente de la primera. Era del equipo eléctrico, que se estaba prendiendo. Las llamas comenzaron a brotar de la zona donde había estado el pinchadiscos. El calor era muy intenso. Le quemaba la espalda. La carita sucia y asustada de Tate

apareció entre el humo. Se tapaba los oídos con las manos y tenía los ojos cerrados. Le tomó en brazos y le apretó contra su pecho.

Estaba saltando del escenario que comenzaba a hundirse cuando Brandon se materializó en aquel caos con un extintor en la mano.

Un instante después conseguía salir a la luz del sol, corriendo en dirección a la casa, donde se habían reunido ya muchos invitados. Los vigilantes de seguridad los conducían a todos hacia allí. Teagan estaba hablando por teléfono, probablemente con los servicios de urgencia, aunque estaba seguro de que los hombres de Brandon ya lo habrían hecho. Al mismo tiempo consolaba a Eloise, que temblaba ostensiblemente. Cuando Teagan vio a Tate, dejó caer el teléfono y le tendió los brazos. El niño tenía la camisa gris del humo, pero no se veía sangre por ninguna parte. Seguía teniendo los ojos cerrados y estaba tremendamente pálido. El pobrecillo debía haberse desmayado.

Eloise salió entonces de su estupor y abrazó a Tate y a Teagan. Wynn se volvió en busca de Grace. Unos brazos familiares lo abrazaron.

—¡Gracias a Dios que ya estás fuera! Y que no te ha pasado nada.

La miró a los ojos.

Los aullidos de las sirenas llegaron por encima del rugido del fuego, que ya había devorado la carpa.

—Voy a volver.

Ella intentó retenerlo, con los ojos abiertos como platos, y Wynn recordó en aquel instante que su ex era bombero y que había muerto en un accidente.

No sabía dónde estaba su padre, y sus hermanos debían estar dentro de aquella trampa. Los bomberos estaban de camino, pero había extintores. Lo había comprobado con Brandon antes de que llegasen los invitados.

—Ayer, a estas horas, se descorchaba el champán ahí —Grace se volvió de la ventana cuando Wynn entró en la habitación—. Es difícil de creer que ahora esté todo acordonado por la policía.

Brandon y su equipo, además de Wynn y sus hermanos, habían extinguido la mayoría de las llamas antes de que llegasen los servicios de emergencia, pero el aire seguía impregnado de un punzante olor a quemado.

Se acercó a la ventana y vio a Brandon hablando con un inspector de policía. A un par de metros, había un ramo de flores, sucio y aplastado.

—Teagan está con Tate —Wynn la abrazó por detrás—. Aun no me puedo creer que haya salido de esta con un par de arañazos nada más. Cole ha estado hablando con sus invitados, y aparte del susto, todos están bien.

—Supongo que la policía hablará con todos ellos.

—Y Brandon. Si alguien vio algo extraño, acabará saliendo. No vamos a parar hasta localizar al responsable, y mientras, le han ofrecido a mi padre protección policial. Se lo está pensando.

La familia había pasado la noche en un hotel de los alrededores, mientras los artificieros inspeccionaban la casa y el jardín. Habían vuelto aquella mañana, y la pregunta seguía siendo la misma: ¿volvería a atacar aquel loco? ¿Dónde? ¿De qué manera?

La explosión había despertado la curiosidad del público.

—¿Siguen estando los periodistas ahí fuera?

—Es noticia —suspiró él, antes de animarla a tumbarse en la cama junto a él—. ¿Has hablado con tu familia?

—Mi madre dice que me vuelva cuanto antes.

—Hablaré personalmente con tu padre para pedirle disculpas.

—Esto no ha sido culpa tuya.

—Pero el responsable soy yo. Cole no quiere que Taryn vuelva a acercarse a esta casa. Y ha contratado seguridad para

el edificio de Hunter Broadcasting.

—¿Y Dex?

—Quiere que Tate se vuelva a Los Ángeles con Shelby y con él. Es lo más lógico, pero Tate no quiere separarse de su madre. Dios… menudo lío.

—¿Y tú?

Le puso la mano en la mejilla antes de contestar.

—Estoy de acuerdo con tu madre. Te quiero fuera de aquí cuanto antes.

La besó en los labios, y dio igual lo que hubiera ocurrido. Grace se sintió segura.

—¿Brandon tiene algo nuevo?

—Insiste en que todo el personal había sido registrado. Han encontrado algunas pruebas, en un principio se cree que fue algo pequeño y burdo.

La besó tiernamente en la frente.

—Tenemos pasajes para un vuelo nocturno a Nueva York —dijo—. Y a Florida unos días después.

No era una proposición, sino una declaración. Y además, necesitaba volver a Florida. Pero esperaba haberse quedado un par de días más allí. Todo había terminado de un modo tan súbito.

—Le he dicho a Teagan que tenemos que mantenernos en contacto —dijo—. O vendrá ella a la Costa Este, o yo iré a Seattle.

Wynn volvió junto a la ventana.

Grace se levantó de la cama. Si iba a preguntárselo, mejor hacerlo ya.

—¿Cómo era?

—¿Cómo era quién?

—La mujer que vimos en el vestíbulo del hotel aquella noche.

«La mujer a la que amabas. O a la que quizás sigues amando aún».

—¿Cómo se llama? —preguntó.

Se volvió a mirarla con los dientes apretados.

—Se llama Heather Matthews.

Creía que no iba a contestar, pero lo había hecho despacio y con calma.

Grace se puso a su lado junto a la ventana.

—Yo conocí a Sam en un partido de béisbol. Se me cayó el perrito caliente, y él se ofreció a ir a buscarme otro.

Wynn la miró en silencio antes de contestar.

—Yo conocí a Heather en la inauguración de una galería. Es fotógrafa. Una mujer imaginativa y con talento artístico. Mi pareja perfecta —frunció el ceño—. O eso creía yo.

—Sam me pidió el teléfono, y a la semana siguiente me pidió que saliéramos. Nos fuimos a tomar una hamburguesa y al cine después. Al poco, ya conocía a sus padres y él a los míos.

—Cole y Dex eran solteros convencidos. Demasiado ocupados con otras cosas para preocuparse por esa clase de compromiso, pero yo…

—Tú le pediste que se casara contigo.

—Después de dos años juntos.

—Sam y yo lo estuvimos cinco antes de que…

—De que aceptaras ser su esposa.

Estaban hablando libremente, y para seguir siendo sincera con él fue a decirle que no, que no había sido así, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Le había rechazado. Si se lo contaba, ¿la vería como otra Heather, una mujer capaz de darle esperanza a un hombre enamorado de ella para después arrancársela de cuajo? ¿Qué pensaría de ella si supiera el resto de la historia?

Él dejó la copa en el alféizar de la ventana.

—Yo no he perdido lo que has perdido tú, ni como lo has perdido tú.

El estómago se le encogió. Si supiera la verdad…

—Para ti también ha sido difícil, aunque… Heather fue sincera contigo, simplemente.

Wynn ladeó la cabeza para mirarla.

—¿La estás defendiendo?

No. Se estaba defendiendo a sí misma.

—Lo cierto es que, cuando nos conocimos, yo tenía contactos en la industria a la que los dos nos dedicábamos. Dos años más tarde, ya no me necesitaba.

Tenía que ser sincera. Guardárselo le estaba quemando por dentro. Pero cabía la posibilidad de que no lo entendiera.

—Wynn, tengo que decirte una cosa.

—No tienes que decirme nada —contestó él, sonriéndole con dulzura.

—Te equivocas.

—Si es algo sobre Sam, no tienes por qué explicarme nada. Esa explosión, las llamas… ayer tuvieron que impresionarte más que a ninguno de nosotros. Me quedé hecho polvo cuando Heather y yo rompimos, pero no la perdí en un incendio.

—Wynn, Sam no murió en un incendio.

La miró sorprendido.

—Era bombero, ¿no? Cuando tu padre dijo lo del accidente, yo di por sentado que…

—Murió en un accidente de tráfico.

Quiso contarle más. Contárselo todo. Lo que había sentido por él, que los años que habían pasado juntos habían volado. Quería revelarle el secreto que aún no le había contado a su cuaderno. Pero en aquel momento no quería que la mirada pensativa de Wynn se transformara en una mueca de desprecio.

La condujo al sofá y se sentaron juntos, él abrazándola, ella con la cabeza apoyada en su pecho. Transcurrieron unos minutos en silencio.

—¿Te importa quedarte sola un rato? Tengo que hablar con mi padre. Necesito decirle algo antes de que nos vayamos, y me va a resultar muy difícil hacerlo.

—¿Lo de la fusión?

—Sí. No me apetece decírselo, y menos después de lo de ayer.

Le acarició las manos.

—Seguirás siendo su hijo.

—Cruza los dedos.

Wynn encontró a Eloise recostada en un diván, lamentándose mientras contemplaba un catálogo de trajes de baño. Al verlo, pareció deprimirse aún más.

—Cariño, ¿podrías traerme un té frío del bar? Estoy muerta de sed. Debe ser por la ceniza que hay flotando en el aire.

Wynn puso unos cubitos de hielo en un vaso alto y sacó la jarra de té de la nevera.

—¿Dónde está papá? —preguntó al ofrecérselo.

—En el estudio, preocupado con lo del seguro.

Pronto iba a tener un motivo más de preocupación.

Iba a marcharse, pero Eloise lo llamó.

—Wynn, necesito darte las gracias.

¿Sería por haber sacado a Tate de la carpa?

—Ya lo has hecho —contesto, quitándole importancia con un gesto de la mano.

—Quiero darte las gracias por habernos apoyado —dijo, incorporándose—. A mi familia. Y a mí. Tengo que reconocer que no siempre lo he merecido —añadió, bajando la cabeza.

—No tienes por qué…

—Sí que tengo por qué —contestó, pasándose la mano por el abultado vientre—. No soy una madre de cuento, pero quiero a Tate. Teniéndolo tan lejos este año, y habiendo estado a punto de perderlo ayer… —los ojos se le humedecieron pero sonrió—. No sé qué habría hecho sin todos vosotros.

Wynn sonrió también y salió. Pocas veces le ocurría, pero en aquel asunto sabía la verdad: antes que con su padre, Eloise había querido casarse con Cole. Viviendo en Sídney, su

hermano podía disfrutar de ver a Tate y a su padre con regularidad, pero también tenía que enfrentarse a los problemas que generaba su madrastra, que no eran pocos, ni agradables.

Llegó al estudio y llamó a la puerta. Hubo de llamar una segunda vez antes de entrar al no obtener respuesta. Su padre estaba sentado en un rincón, con la mirada perdida en el vacío. Parecía tener el pelo más gris y escaso. La frustración y la desesperación se pintaban en todas las líneas de su rostro. Al verlo entrar, intentó sonreír.

—Siéntate, hijo.

—Quería decirte que Grace y yo nos vamos esta tarde.

—Entiendo. Es lo más razonable.

—Si hay algo que pueda hacer… si necesitas que vuelva para lo que sea…

—Tú tienes que estar en Nueva York. Haces falta allí.

Wynn se tocó la cicatriz de la sien.

—Hay muchas cosas en marcha. Muchos cambios en la industria.

—La muerte de la letra impresa, ¿no? Solo necesitamos encontrar el modo de esquivarla. Hay que diversificar. Asegurarnos de que somos los últimos que permanecemos en pie.

—Tengo algo pensado, pero me temo que no va a gustarte.

—Habla.

—He estado negociando con Paul Lumos, de Episode Features. Mis abogados han redactado un preacuerdo de fusión.

El rostro de su padre se endureció, pero no mostraba sorpresa.

—Lo has hecho a mis espaldas.

—Me encargaste la dirección de nuestras operaciones editoriales en Nueva York, y estoy haciendo lo que creo que es mejor. La verdad es que no veo ninguna otra opción. Juntos, Hunter Enterprises y EF podremos esquivar las amenazas que

nos cercan. Y quiero actuar ahora. Dentro de año y medio, podría ser ya demasiado tarde.

—Ya sabes que yo no trabajo así.

—Entonces, papá, lo siento, pero tienes que cambiar.

—Soy demasiado viejo para cambiar.

—Por eso me has puesto a mí al mando.

Guthrie se levantó del sillón y fue a mirar por el ventanal que daba a la parte sur de la propiedad. De niños, sus hermanos y él se lanzaban bolas allí, y jugaban con Foxy, el terrier que había muerto hacía ya años. Su madre solía sacarles limonada. Nunca se metía en los negocios. Su labor era la de fomentar los valores familiares, manteniendo el núcleo seguro y fuerte. Cuando falleció, todo lo que la rodeaba comenzó a fallar, a perder equilibrio.

Su padre volvió a casarse, y tuvo que pasar por una operación de corazón. La empresa se repartió entre «los chicos» y los hermanos comenzaron a vivir a miles de kilómetros de distancia los unos de los otros.

—Ahora soy yo el que tiene que decirte algo —dijo inesperadamente su padre, dándose la vuelta.

—Adelante.

—Christopher Riggs…

Wynn esperó.

—¿Qué pasa con él?

Su padre respiró hondo.

—Vincent Riggs y yo estábamos comiendo hace un par de meses, y su hijo se nos unió. Yo ya lo conocía, y sabía que se había convertido en un hombre muy interesante. Vincent me dijo después que su hijo era extremadamente terco —se quedó callado—. Lo contraté —continuó después—. Le di un trabajo.

—Querrás decir que hiciste que yo se lo diera.

—Hijo, le di el trabajo de ser mis ojos y mis oídos en Nueva York.

Wynn se inclinó hacia delante. No le gustaba la sensación que le corría por la espalda.

—¿Por qué necesitabas que alguien te hiciera ese trabajo?

Casi antes de haber terminado de formular la pregunta, supo la respuesta. La expresión de indignación de su padre lo decía todo.

—Sabías que iba a negociar.

Guthrie asintió y Wynn se inclinó más aún para llevarse las manos a la cabeza. Tuvo que tragar saliva varias veces para poder hablar.

—¿Contrataste a ese tío para que me espiara?

—Me habías hablado de una fusión hacía meses, y necesitaba saber qué estaba pasando —se acercó—. Christopher te admira, y me costó un triunfo que aceptase.

—Seguro que una transferencia de muchos ceros te ayudó un poco.

—Sabía que tú, entre mis tres hijos, tendrías dificultades para admitir que hiciera algo así.

¿Dificultades? Había sentido el golpe brutal de un hacha en el cuello.

—¿A quién más tienes en Nueva York, afilando el cuchillo para clavármelo por la espalda al menor descuido?

—Esta era una circunstancia excepcional. Necesitaba poder intervenir y desbaratar cualquier promesa que se hubiera hecho y que no pudiera mantener.

—¿Lo saben Cole o Dex?

—No lo sabe nadie.

La bilis se le había subido a la garganta.

—Supongo que eso nos deja en igualdad de condiciones.

—Podemos partir de aquí.

—Hasta la próxima ocasión en que te parezca necesario hacer algo a mis espaldas.

—O tú a las mías.

—Podría haber seguido adelante sin tu autorización.

—No creo que quieras intentar tal cosa —le advirtió, despacio.

Wynn se levantó de golpe y se dirigió a la puerta.

—Te pareces más a mí de lo que crees.

—Sí. Los dos somos unos cabrones.

Y dio un portazo.

Atravesaba el vestíbulo cuando se encontró con Dex.

—¿Se puede saber qué te pasa? —protestó su hermano cuando Wynn casi lo arrolla.

—Nada. Cosas del viejo y mías.

—No creo que pueda haber nada peor que lo que pasamos ayer.

—Más o menos.

Y se lo contó todo: los planes de fusión, el espía…

—Dios —suspiró cuando lo hubo escuchado todo—, no sé si yo también tendré espías.

Guthrie había necesitado que sus hijos tomasen las riendas. No eran perfectos, pero al menos eran leales a la familia.

—Haría mejor colocándole un espía a su mujer —murmuró —. Si se siente traicionado porque yo haya organizado una fusión sin contar con él, ¿qué demonios pensaría de que Eloise se echara en brazos de Cole, y quién sabe de cuántos más.

Dex le agarró con fuerza por un brazo.

—¡Cállate!

—¿Por qué? —se soltó de un tirón—. Tú conoces la historia mejor que yo.

Dex miraba por encima de su hombro y de pronto Wynn experimentó una especie de frío en la espalda. Cerró los ojos al tiempo que se oía la voz de su padre a su espalda:

—Parece que todo el mundo lo sabía menos yo.

Con el estómago revuelto, Wnn se volvió. Su padre estaba a un par de metros. Apoyado contra la pared, tenía una palidez cadavérica en la piel.

Se oyeron pisadas que avanzaban por el pasillo.

—Eloise ha roto aguas, padre —anunció Cole.

Capítulo Doce

Grace bajaba la escalera cuando oyó jaleo. Una mujer lloraba como si estuviera pasándole algo. Inconscientemente se agarró con más fuerza a la barandilla. ¿Habrían vuelto a ser víctimas del maníaco?

Teagan apareció en el vestíbulo. Iba ayudando a Eloise, que se sujetaba el vientre con las dos manos, a llegar a la puerta principal.

Bajó a todo correr.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó al llegar junto a Teagan.

Cole apareció también.

—Acabo de decírselo a papá. Ya viene.

Eloise gimió.

—Ay, Dios, tenemos que darnos prisa —dijo con una mueca, y empezó a jadear.

—Tranquila —dijo Teagan—. Y respira hondo.

—Voy a por el coche —dijo Cole, abriendo la puerta—. ¿Dónde demonios se ha metido Dex?

Guthrie apareció de pronto. Su expresión era de preocupación, pero no de alegría. Incluso parecía pálido, y caminaba como arrastrando los pies. Daba la impresión de no encontrarse bien. Wynn, que llegaba detrás, tampoco tenía muy buen aspecto.

Padre e hija acompañaron a la pobre Eloise hacia el coche, y Grace se acercó a Wynn.

—Pareces cansado.

Él esperó a que todos hubieran salido antes de contestar con voz grave.

—He hablado con mi padre.

—Y se lo ha tomado mal, ¿no?

—Ya lo sabía.

Grace abrió mucho los ojos.

—¿Cómo?

—Y ahora sabe algo más —murmuró Wynn, echándose mano al puente de la nariz, como si tuviera un espantoso dolor de cabeza—. Soy un imbécil de marca mayor. ¿Por qué habré tenido que abrir la bocaza?

Grace no conseguía entender nada.

—Wynn, Eloise está de parto. Vas a tener un hermano.

Movía la cabeza como si intentase bloquear una idea. No sabía qué querría hacer, pero si se volvían a Nueva York, tenían que ir pensando en salir para el aeropuerto.

—Y ahora voy a tener que vivir con ello —añadió en voz baja.

—Wynn, por favor, dime de qué estás hablando.

Al mirarla, sus ojos parecían vacíos, resignados.

—No tiene sentido arrastrarte a esto. No puedes hacer nada. Nadie puede.

Le dio la mano y subieron las escaleras, ella controlando el deseo de seguir haciéndole preguntas. Pero tenía razón. Pasara lo que pasase entre su padre y él, su relación tenía fecha de caducidad, y ella no iba a poder hacer nada por mucho que quisiera.

* * *

Aquella tarde, cuando entraba con Wynn en la habitación privada de Eloise, deseó poder estar en cualquier otro sitio.

Wynn había decidido cancelar los vuelos y quedarse, pero cuando sonó el teléfono hacía ya un par de horas para anunciarles que el parto había ido bien y que la madre y el bebé estaban perfectamente, pareció perder parte del entusiasmo.

Sentada en la cama, vestida con camisón y bata a juego en azul marino, Eloise estaba radiante y miraba a su bebé con adoración.

Mientras Shelby y Taryn admiraban la perfección de aquellos deditos en miniatura y de la carita del bebé, Wynn tenía la espalda pegada a la pared y Dex parecía incómodo también. Guthrie estaba al otro lado de la cama, cerca de la ventana, contemplando la escena desde lejos. No sonreía. Desde luego había pasado mucho en las últimas horas, pero no podía quitarse el comentario que había hecho Wynn unas horas antes: «Y ahora sabe una cosa más».

—¿No es un amor? —decía la madre, pasándole un dedo por la mejilla—. Creo que Amor sería un buen nombre —miró a su marido—. Guthrie, cariño, no la has tenido aún en brazos. Es clavadita a ti.

Wynn hizo una mueca y tras excusarse, salió de la habitación.

Grace lo encontró al final del pasillo. Parecía no darse cuenta de que la actividad bullía en torno a él, se agarraba a la pared que tenía detrás, casi como si hubiera tenido su peor pesadilla.

Al verla llegar, se pasó una mano por la cara y la hizo entrar en una pequeña sala de espera vacía.

—No quería que lo oyera —dijo, una vez se hubieron sentado uno al lado del otro—. Yo estaba muy cabreado, y él debió seguirme cuando me marché del estudio, pero no sabía que le tenía detrás.

—¿Qué es lo que dijiste, Wynn?

—Dije que si mi padre necesitaba espiar a alguien, era a su esposa —y volviéndose hacia ella, añadió—: ¿no te imaginas por qué Cole prefiere evitar a su hermosa madrastra?

Grace sintió un escalofrío.

—¿Estás seguro?

—Durante unas vacaciones aquí, en Australia, Eloise arrinconó a Cole. Dex entró en la habitación y presenció el final del encuentro. Eloise intentaba besar a Cole. Había bebido —Wynn se estremeció—. Yo no quería creérmelo, y ahora es mi padre el que ni siquiera puede mirarme a mí, ni a

su mujer, ni a su hija. Después de haberlo mantenido en secreto todo este tiempo, Cole se va a poner como una fiera cuando sepa que mi padre se ha enterado. Y Tate…

Wynn se sostuvo la cabeza entre las manos. Poco después, se recostó en el respaldo.

—Si yo fuera mi padre, habría querido enterarme. Seguramente estés pensando que he hecho lo mismo que me han hecho a mí.

¿Que había pretendido herir a su padre a través de Eloise, del mismo modo que Heather le había hecho a él? No, de ninguna manera.

—Creo que hay veces que las líneas que separan las cosas se vuelven borrosas.

—¿Entre la verdad y el engaño? No soy tan inocente —e intentando sonreír, añadió—: Y tú tampoco.

—Lo que quiero decir es que a veces las líneas se desdibujan. A veces una persona puede malinterpretar a otra, o a sí misma.

Se quedó pensando un momento.

—Es cierto. A veces me he convencido de algo que ha resultado ser una mentira.

—Yo también —respiró hondo—. La noche que Sam murió, me había pedido que me casara con él.

Wynn quiso apretarle la mano con una ternura tal que Grace casi no lo pudo soportar.

—Wynn… le había dicho que no.

—Pero… pero tú le querías.

—Sí —respondió a duras penas, porque la garganta se le había cerrado—. Pero más como un amigo.

Perdió la fuerza en la mano.

—No entiendo.

—Sam y yo llevábamos años saliendo, y todo el mundo esperaba que acabásemos casándonos. No sé si los dos empezamos estando en el mismo punto y luego yo tomé otra dirección, o si simplemente era demasiado joven para

comprender dónde me estaba metiendo —las mejillas le ardían y respiró hondo—. En un momento éramos un par de críos que se divertían juntos, y al siguiente, todo el mundo nos preguntaba que para cuándo el gran día.

—Así que lo rechazaste —asimiló Wynn—. Él se marchó, dolido imagino, y nunca volviste a verlo —la miró a los ojos un instante antes de añadir—: ¿Sam te dijo algo antes de marcharse?

—¿Algo como qué?

—No sé. Algo como que lo habías matado.

—No digas eso… —se encogió.

—Y eso es lo que hay detrás de esta confesión, ¿verdad? Lo que has estado pensando todos estos meses después del accidente. Que pudiste ser tú quien lo provocó.

—No pude impedir que se marchara hecho una furia —explicó—. Subió a su coche y cuando me llamaron para decirme que había tenido un accidente…

«Si se lo hubiera dicho antes. Si no se lo hubiera tomado tan mal. Si yo hubiera sido capaz de quererlo como él me quería…».

—Yo nunca quise hacerle daño. Y tampoco estoy segura de que Heather quisiera hacértelo a ti —añadió, dubitativa.

Wynn sonrió con desprecio.

—Así que eso explica parte de la atracción, ¿no? Es parte de por qué nos sentimos tan unidos, aunque no lo hayamos sabido hasta ahora. El alma torturada de Sam puede haber desaparecido ya, pero yo sigo aquí. No puedes preguntarle a Sam cuánto sufrió, pero a mí sí.

Antes de que pudiera admitir que tenía razón, Wynn continuó.

—Pues yo puedo decirte que las horas que siguieron al abandono de Heather fueron las peores de mi vida. Ni siquiera quería seguir viviendo. Mi mundo había quedado reducido a un pozo negro y sin sentido, y era incapaz de ver más allá, así que si lo que estás buscando conmigo es una especie de

absolución, lo siento, Grace, pero no puedo dártela.

Una lágrima le rodó por la mejilla. Wynn no tenía que perdonarla. Tenía que perdonarse a sí misma.

—Ojalá pudiera dar marcha atrás y hacerlo de otro modo —se lamentó.

—No hay modo de volver atrás. Lo único que podemos hacer es seguir adelante. Llamar a la verdad por su nombre cuando nos encontremos con ella —le tomó la mano de nuevo—. Evitar volver a cometer los mismos errores.

Aquellas palabras reverberaron en sus oídos.

—La noche de nuestro reencuentro —continuó tras un momento—, los dos sabíamos lo que queríamos con toda claridad. Y lo que no queríamos.

Grace recordó. Ella misma se lo había dicho: no busco una relación de ninguna clase.

—Siempre he querido tener mi propia familia —continuó él—. Cuando Tate apareció, supe que quería tener un hijo como él —respiró hondo—. Pero ya no lo deseo. No quiero tener que preocuparme por la infidelidad, el divorcio o ver a mis hijos un fin de semana sí y otro no. No quiero nada permanente, ni romperle el corazón a alguien, o que me lo partan a mí. Esa es la verdad.

Un ruido al lado de la puerta llamó su atención. Tenía la cabeza baja, y había un dinosaurio de plástico en el suelo, junto a su deportiva. Wynn se levantó inmediatamente y tomó a su hermano en brazos.

—¿Qué haces aquí tú solito?

—Me he escapado —confesó, apoyando la cabeza en el hombro de su hermano—. Teagan viene.

Unos segundos después, apareció su hermana.

—Oye, ¿sabes que eres rápido como un tigre?

Wynn intentó sonreír.

—Tu hermanita nueva es una monada, ¿verdad?

Tate se pasó un dedo por debajo de la nariz.

—Supongo.

Teagan lo besó en la mejilla.

—Eso no quiere decir que vayamos a quererte menos ninguno, ¿eh?

Ver cómo Wynn besaba a su hermano en la frente llenó a Grace de emoción. Hubo un tiempo en el que quería tener un niño como Tate, pero ya no. Durante la boda a la que habían asistido en Nueva York, le había dicho que no quería iniciar una relación, y lo había dicho convencida de ello, pero ahora…

Ella tampoco quería tener que preocuparse por la infidelidad o el divorcio, pero algún día querría casarse. O tener un hijo, un marido y una familia propias. Lo mismo que quería estar más unida a la familia que ya tenía. Quería poder darles la mano a Rochelle y April en los momentos difíciles que llegarían. Y por encima de todo, quería superar el pasado de una vez por todas.

Pero, por mucho que pudiera dolerle en aquel instante, alcanzarlo pasaba por un futuro sin Wynn.

Capítulo Trece

Dos días después de que Eloise diera a luz, Grace y Wynn volvieron a Nueva York.

Wynn le ofreció su casa para que se quedara en ella antes de volver a Florida, y ella no le dijo nada sobre su decisión de no volver allí.

Al final, ante su insistencia, quedaron en cinco noches. Tendría que pasar por la oficina, eso sí, pero teniendo cinco noches para disfrutar, bastaría para despedirse en condiciones.

Cuando llegaron al apartamento de Wynn, Grace fue a cambiarse de ropa en el baño. Se quitó lo que llevaba y se puso una bata de felpa. Unos minutos después se encontró a Wynn de pie en mitad de su dormitorio, sin camisa y contemplando su móvil como si contuviera la respuesta a las preguntas del universo.

—Era Cole. Al parecer, desde que nos hemos venido, mi padre no ha salido del estudio.

Grace se acercó. Wynn le había contado a su hermano lo ocurrido.

—¿Sabe Eloise que tu padre lo sabe?

—Si no se ha dado cuenta aún, no tardará en hacerlo —respondió, pasándose la mano por el mentón—. Mi padre no tiene por costumbre dejar los conflictos sin resolver.

Su esposa, una mujer joven y guapa, se había insinuado a su hijo mayor. Humillante. Guthrie podía haber perdido por completo la fe en su matrimonio y en su esposa.

—¿Crees que podrán solucionarlo?

—Dios, eso espero. Por el bien de los niños.

Cuando Wynn y ella se marchaban, Tate los despidió aferrado a la mano de Teagan, con un dinosaurio apretado

bajo el otro brazo. La barbilla le temblaba por los esfuerzos para no llorar.

—¿Cómo está Tate?

—Cole dice que nos echa de menos.

Le echaba de menos a él, a Wynn. Los Hunter no se veían con frecuencia, y estaba demostrado que los niños se beneficiaban en muchos sentidos del contacto regular con la familia. Por eso estaba ella decidida a acercarse más a la suya. Había hecho amigos en Florida, pero cuando se marchó de Nueva York un año antes, Florida había sido solo una vía de escape.

Ya se había lamido lo suficiente las heridas. Era hora de volver a casa y, quizás, de abrir su propia consulta. Pero no quería que Wynn pudiera pensar que su decisión de volver a casa tenía algo que ver con él, porque no era así. Él no estaba por la permanencia, y ella tampoco.

Así que cuando se llevó sus manos a los labios para besarla, una cadena de sensaciones se sucedieron en su cuerpo.

Estaba decidida a pasar los días que les quedasen juntos disfrutando de su mutuo deseo para, después, olvidarse de todo. No tenía sentido colgarse de esas emociones y enamorarse de una persona que nunca la correspondería.

Wynn la besó en la boca hasta que se le doblaron las rodillas. Aquello no iba a ser para siempre, pero era real, reconfortante y, por el momento, totalmente adecuado.

La tomó en brazos para llevarla a la cama, y cuando ambos quedaron desnudos, volvió a besarla sin prisa, a conciencia. Había puesto ya una pierna rodeándole la cadera, preparándose para la guinda de aquel pastel, cuando él la colocó de costado.

El vello suave de su abdomen le rozó la espalda al mismo tiempo que su lengua iba trazando un camino entre sus omóplatos y ascendiendo por su cuello. Cuando su palma coronó su cadera y descendió hacia el ombligo primero y

hacia su sexo después, la necesidad que le creó le hizo hervir la sangre. Wynn exploró los pliegues de su carne, hundiéndose en ella, acariciando, hasta que un deseo enfebrecido se retorció en su interior.

Entonces volvió a desplazarla, colocándola sobre él para penetrarla con una lanzada certera, con fuerza suficiente para que ella tuviera que apretar los dientes.

Grace se inclinó hacia delante y apoyó las dos manos en sus pectorales, antes de que él la agarrase por las caderas y que ella se entregase al calor y la magia que obraba con su cuerpo.

Sus movimientos se hicieron más hondos, más fuertes, hasta que cada vez la llenaba más, de tal modo que Grace, echándose hacia atrás, pensó que nunca volvería a sentirse tan bien. Nunca se había sentido tan conectada con otro ser humano, tan cerca.

El clímax le llegó justo en el momento en que él la apartaba de su cuerpo con un gruñido para abrazarla a continuación, hundiendo la cara en su pelo.

—Se me ha olvidado.

¿Olvidado? ¿El qué?

Los ojos se le abrieron de pronto. Ella también lo había olvidado. No habían usado protección. Pero no se había derramado dentro de ella.

—Te has apartado a tiempo.

No es que eso significase demasiado. Nunca podía confiarse en algo así.

—Los dos nos hemos dejado llevar —dijo él, abrazándola más.

Era cierto. Pero por intenso que hubiera sido el deseo, no era excusa.

—Esto no puede volver a pasarnos.

Él la besó en la frente.

—Me has leído el pensamiento.

Y esa debería haber sido la respuesta correcta. Nadie

medianamente racional quería encontrarse con un embarazo no deseado, en particular entre dos personas que no tenían la más mínima intención de llevar una vida juntos. Sin embargo, estaba experimentando algo parecido a la… ¿desilusión? O, simplemente, tristeza.

Un día encontraría al hombre adecuado y tendría una familia, pero con Wynn… era un hombre divertido, considerado y delicado en muchos sentidos. Un buen hermano. Un amante excelente.

Pero en el fondo, también podía ser muy cínico. Incluso amargo. No creía en el amor. Y a ella no le correspondía convencerle de lo contrario.

* * *

—En la mitología griega, Prometeo devolvió el don del fuego a la humanidad, pero en opinión de Zeus, se había pasado de la raya, y por ello fue condenado a una eternidad de tormento. A una eternidad en el infierno.

Un poco encogida, a pensar del abrigo, escuchaba la explicación que ofrecía el guía de la famosa estatua del Rockefeller Center.

A su lado, Wynn atendía una llamada. Con cada palabra, una pequeña nube blanca salía de su boca. El abrigo negro que llevaba le hacía parecer todavía más alto. La miró, le dedicó una sonrisa de medio lado, y ella sintió que se derretía por dentro, a pesar del frío.

Aquella tarde habían estado paseando por la Quinta Avenida, viendo escaparates y oyendo villancicos.

Wynn colgó y la abrazó por el costado.

—Voy a llevarte a casa. Hace demasiado frío —dijo—. Podemos empaquetar algunos regalos —sugirió besándola en la mejilla—. Y también podemos desenvolver —sonrió—. Llamo a Daphne y le digo que no voy a volver a la oficina.

—Pero si tienes una reunión sobre la fusión esta tarde.

—Era Lumos quien llamaba. Se ha pospuesto —depositó

otro beso liviano en sus labios—. Soy todo tuyo.

De la mano se dirigieron a Channel Gardens, una calle peatonal que partía de la Quinta Avenida.

—¿Has vuelto a saber algo de Christopher Riggs? —le preguntó. El olor a castañas asadas los envolvía.

—Ni una palabra. Supongo que, como no se ha presentado en la oficina desde que volvimos, mi padre debió decirle que ya no requería de sus servicios como espía.

—Pero sigues adelante con la fusión. ¿Y si tu padre no está de acuerdo?

—Tendré que reconsiderar mi trabajo aquí —se guardó las manos en los bolsillos del abrigo—. Los tiempos cambian, cada vez más rápido, y las empresas tienen que adelantarse a esos cambios. Estoy convencido de que la fusión es el modo adecuado de seguir adelante, y no puedo esperar. Tengo que actuar ya. Si Hunter Publishing se viene abajo, que no sea porque yo haya sido un cobarde.

¿Se estaba planteando dejar su trabajo en Hunter Publishing? Ojalá la discrepancia entre padre e hijo no llegase tan lejos. Sin embargo, Wynn no parecía dispuesto a ceder, y no por cabezonería, sino porque estaba convencido de estar haciendo lo correcto. Típico de él.

—Entonces —continuó, inclinándose hacia ella—, ¿qué te parece lo de desenvolver?

El estómago se le encogió. Él sabía perfectamente en qué día estaban. Habían acordado que se quedaría en su casa cinco noches. Había hecho planes, y aunque le costara la vida misma llevarlos a cabo, tenía que hacerlo.

—Esta noche voy a casa de Rochelle y April. Vamos a poner una estrella nueva en el árbol —la situación de su hermana y su sobrina era muy triste—. Trey no va a pasar la Navidad con ellas.

—Pobre April. Otro matrimonio que muerde el polvo.

Grace entendía su actitud, pero el tono en que dijo la frase la hizo angustiarse. A él le habían partido el corazón, sí, y ella

se lo había partido a otra persona, pero un hombre y una mujer podían construir juntos una vida feliz. Si se conocían en el momento oportuno, si compartían valores y si estaban dispuestos a comprometerse… si creían en su amor, en su futuro, el matrimonio podía funcionar, sin duda.

—Entonces, te quedarás a dormir allí.

Ella asintió.

—Mañana salgo para Florida.

Para despedirse oficialmente y alquilar el apartamento que tenía allí. Para Año Nuevo volvería a estar en Nueva York y buscaría un local en el que colgar su título de terapeuta.

—Pero vas a pasar la Navidad con tu familia, ¿no? —le preguntó cuando tomaban ya la Quinta Avenida.

—Creo que volveré un par de días antes.

—Esta mañana me ha llegado una invitación. Es para un baile de disfraces en Nochebuena. Todo el dinero que se recaude irá a parar a la Fundación Robin Hood.

Conocía esa organización. De hecho, colaboraba con ellos prestando ayuda a personas necesitadas. Pero no podía aceptar la invitación.

—Ve tú. Yo ya he quedado con mi familia para Nochebuena.

—Puedes cambiar de idea.

—No, Wynn. No puedo.

Él no dijo nada. Solo le apretó la mano.

Pasaron ante un escaparate en el que había un muñeco de nieve vestido como un caballero y Grace intentó dejar a un lado su incomodidad. No quería estropear el poco tiempo que les quedase juntos.

—Cada vez que veo un muñeco de nieve, recuerdo aquellas vacaciones en Colorado.

Al no obtener respuesta, se volvió a mirarlo.

—Eras el chaval más arrogante que había conocido —continuó—. Siempre tan serio…

—He estado pensando que esto no tiene por qué acabar.

Me refiero a ti y a mí. No del todo, por lo menos. Podría ir yo a Florida. Tú estarías aquí a tiempo de ver a tu familia. Y luego podríamos tomarnos unas vacaciones. A las Bahamas, por ejemplo.

Grace bajó al cabeza.

Se esperaba que llegase aquel momento. Wynn no quería decir adiós, pero ella no podía arriesgarse a prolongar más aquella relación porque cada día que pasaba se sentía más unida a él. Romper iba a ser difícil, una de las cosas más difíciles que iba a tener que hacer en la vida, pero cuánto más no lo sería si continuaban juntos hasta que no le quedase más remedio que admitir, ante sí misma y ante él, que quería más. No había empezado así, pero al final sería pretender un compromiso que él no podía ofrecerle.

—No creo que funcionara —dijo, intentando parecer despreocupada.

Él le dedicó una de esas sonrisas tan suyas.

—Claro que sí. Funcionaría.

—No, Wynn. No puede ser.

Él se detuvo y ella también, y la miró fijamente, como si estuviera intentando encontrar el mejor modo de convencerla. De ganar.

—Vámonos a casa y hablamos…

—Tu piso no es mi casa, Wynn, sino la tuya. Yo solo he sido una invitada.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras.

—¿Cuánto? ¿Un mes? ¿Un año? Siempre que no sea permanente, claro.

El corazón se le aceleró, él arrugó el entrecejo.

—¿De dónde viene todo eso?

—Teníamos un acuerdo, que luego prolongamos, y ahora, ha expirado.

—¿Así, sin más?

—¿Qué otra alternativa hay?

Wynn se encogió de hombros.

—Que nos sigamos viendo.

—Cuando podamos. Hasta que se acabe.

Le escocía la garganta. No quería tener aquella conversación. Wynn se había quemado, y ahora pretendía alejarse de las llamas, y cuanto más, mejor. Esa era su decisión. Pero Grace tenía que hacer lo que fuese mejor para ella. Tenía que proteger su corazón. Tenía que seguir adelante con su vida.

El teléfono sonó. La interrupción era bienvenida, de modo que abrió el bolso y lo sacó.

—Solo quería que lo supieras —era Rochelle—. Al principio me he asustado, pero ahora todo está bien.

Grace se tapó el otro oído con un dedo para bloquear el ruido del tráfico.

—¿De qué te has asustado?

—Esta mañana han ingresado a April en el hospital.

Grace apretó aún más el teléfono.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Había quedado con una amiga para jugar. La madre de Cindy sabe lo de su alergia a las nueces, pero al parecer, la hermana mayor de su amiga estaba con otra niña que tenía galletas…

En cuanto April empezó a respirar con dificultad y a quejarse de dolor de estómago, la madre la había llamado. En la mochila de la niña siempre había una jeringuilla de epinefrina, pero habían tenido que llevarla a urgencias de todos modos y había estado en observación, porque a veces se producía una segunda reacción alérgica pasadas unas horas. Gracias a Dios, no había ocurrido.

—Ahora estamos en casa de mamá.

—Voy ahora mismo.

—No tienes por qué hacerlo. Solo quería que lo supieras —Rochelle hizo una pausa—. Pero si puedes, sé que a April le encantaría verte. Y a mí, también.

Cuando Grace colgó, la expresión de Wynn había pasado a

ser de preocupación.

—¿Ocurre algo? —le preguntó, tomando su cara entre las manos.

Grace le contó lo ocurrido.

—Tengo que ir a darles un beso.

Wynn dio unos pasos y paró un taxi en tiempo récord, pero cuando abrió la puerta de atrás, Grace le puso una mano en el pecho para decir:

—No tienes que venir.

—Por supuesto que voy a ir.

Una avalancha de emociones la empujaron al borde de un precipicio.

—Por favor… no.

El tráfico seguía su ritmo denso, y los peatones se adelantaban los unos a los otros. Wynn la miró a los ojos. Por un momento Grace temió que fuera a insistir, cuando lo que ella más deseaba en el mundo era rendirse y dejarse consolar, pero al final en su mirada brilló la comprensión.

En el fondo, Wynn también sabía que era lo mejor.

Capítulo Catorce

Al día siguiente, Wynn estaba sentado en su despacho, mirando un mensaje que le había enviado su padre y que había leído ya cientos de veces: «Hijo, tienes mis bendiciones».

Los ojos le escocían, y le costó enfocar la mirada en el documento de la fusión que esperaba sobre su mesa. En cuestión de horas, se firmaría el documento y el trato quedaría hecho.

Gracias a Dios…

Tenía el consentimiento de su padre pero ¿y su aprobación? ¿Entendía Guthrie que su hijo solo había actuado teniendo en mente el mejor interés de Hunter Publishing y de su familia? Lo cual le traía a la memoria la otra cuestión: la del matrimonio de su padre. La infidelidad. La confianza. El deseo.

Miró el móvil y marcó. El teléfono sonaba, y se quedó pensativo.

No tenía por qué estar enfadado con ella. Después del susto con su sobrina, Grace le había contado que la niña estaba en casa y totalmente recuperada. Sin embargo, habría deseado subirse al taxi y hacerle compañía.

También le habría gustado que lo acompañase al baile de disfraces de Nochevieja. O por lo menos, que se hubiera quedado unas cuantas noches más. Las vacaciones se habían terminado, pero quería volver a verla. Mucho más de lo que podría haberse imaginado.

¿Tanto como para seguir adelante?

No había cambiado de opinión respecto de las relaciones, particularmente después de darle vueltas al futuro del

segundo matrimonio de su padre. Y al parecer, ella tampoco. Se lo había dejado bien claro.

Descolgó el teléfono por fin y la oyó decir hola.

—Hola —carraspeó—. Solo quería preguntarte si la niña sigue bien.

—Está bien, gracias a Dios.

Cerró los ojos. Bastaba con escuchar su voz. Apenas habían pasado veinticuatro horas y la echaba tremendamente de menos.

—¿Han llegado tus cosas a casa de tus padres?

—Sí, muchas gracias.

Unos segundos de silencio.

—Entonces, ¿te vas hoy a Florida?

—Estoy de camino al aeropuerto.

Wynn se dejó llevar por una visión: la de él subiéndose a un taxi para cortarle el paso en el embarque. Chorradas. Mejor decirle directamente lo que pensaba, hablarle de sus… sentimientos.

—¿Sigues ahí, Wynn?

—Sí, estoy aquí.

—Tengo que pagar al taxista. Ya he llegado.

—Ah. ¿Cuándo sale tu vuelo?

—Dentro de poco.

Oyó una voz ahogada. La del taxista.

—Lo siento. Tengo que irme.

Y la llamada se cortó. Wynn dejó el teléfono y rebobinó la conversación. Luego miró de nuevo el contrato de la fusión. El teléfono volvió a sonar y se apresuró a descolgar.

—¿Grace?

—Hola, chaval.

—Hola, Cole.

—Antes de empezar quiero que sepas que nadie, ni siquiera papá, te culpa de lo que pasó la otra semana.

—¿Cómo lo lleva? ¿Ha pedido el divorcio?

—No. Eloise y él han hablado. Te mantendré informado.

Ojalá pudiera dar marcha atrás en el tiempo y retirar lo que había dicho. Por supuesto, no perdonaba el comportamiento de Eloise, pero no querría haber sido el mensajero, particularmente cuando las cosas en Sídney ya estaban bastante complicadas para su padre.

—¿Cómo va la investigación?

—No ha avanzado. Las grabaciones de seguridad no han arrojado ninguna luz, y la policía sigue intentando encontrar algo en los componentes del aparato. Algún rastro de ADN.

—¿Y Brandon?

—No ha descartado a nadie; ni siquiera a sus propios hombres.

—¿Sigue habiendo vigilancia en la casa?

—Siete días a la semana, veinticuatro horas al día.

—¿Y Tate?

—Como el niño quería quedarse un poco más con sus padres, Dex y Shelby decidieron quedarse también un poco más. Sabe que sus padres se evitan o discuten, y aunque todos tratamos de protegerlo cuanto es posible, a Eloise no se le dan bien los conflictos.

Se aflojó la corbata. Menos mal que él no iba a tener que pasar nunca por una situación parecida. Hasta hablar de ello le hacía sentirse enfermo.

—Tengo algo que pedirte —dijo Cole.

—Tú dirás.

—¿Podrías llevarte a Tate a que pase la Navidad contigo?

Wynn parpadeó varias veces.

—¿Y eso? ¿Cómo se lo va a tomar el niño?

—Es él quien me lo ha pedido.

—¿Quiere quedarse conmigo? ¿Ni con Dex, ni con Teagan?

—Debe querer hacerte llegar el espíritu de la Navidad. O a lo mejor se siente particularmente seguro contigo. Como fuiste tú quien lo rescató aquel día… ¿Le pongo en un avión la semana que viene?

—Por supuesto. Ya me darás los detalles.

Hubo un instante de silencio antes de que su hermano le hiciera la siguiente pregunta:

—¿Cómo está Grace?

Wynn le explicó la conversación del día anterior.

—¿Y cómo te sientes?

—Pues yo… me siento como un auténtico cerdo, la verdad.

—¿Por qué?

—Pues porque lo hemos pasado francamente bien juntos.

—¿Y?

—Y que me gusta. Pero en el fondo ella tiene razón. Teníamos un acuerdo.

—¿Un acuerdo?

Wynn tardó unos segundos en decidirse a contárselo todo: lo del ex de Grace, su proposición de matrimonio, el accidente y cómo Grace no estaba interesada en tener algo serio.

—¿Y tú?

—Yo, tampoco. Estaba completamente de acuerdo con ella.

—Por lo de Heather, ¿no?

Wynn se pasó la mano por el pelo.

—Pues sí, claro; por lo de Heather. Quería casarme con ella.

—Y ahora quieres quedarte soltero.

—Así es.

—Y se lo has dicho a Grace.

—Claro. Pero no es esa la cuestión, Cole. Era ella quien quería poner punto final.

—Es una chica lista.

Wynn frunció el ceño.

—Creo que debería sentirme insultado.

—Hazte esta pregunta, y respóndete con sinceridad: ¿te estás enamorando de Grace Munroe?

—Que tú ahora estés felizmente casado no…

—Wynn, no tiene por qué ser Grace, pero no querría ver cómo pierdes a alguien por ser demasiado terco e incapaz de reconocer lo que tienes delante de las narices.

Cuando colgaron. Wynn estaba que se subía por las paredes. Cole no entendía nada, y él no necesitaba a un aprendiz de psicoanalista que diseccionara sus decisiones, o que le dijera lo que debía o no sentir.

Su relación con su padre había resucitado. La fusión seguía adelante. Y sin embargo, nada de todo ello parecía importar gran cosa si lo compraba con una verdad: había perdido a Grace.

Capítulo Quince

Unos días después de haber vuelto a Florida para dejar su trabajo allí, Grace estaba de vuelta en Nueva York para las fiestas de Navidad. Para las fiestas y para quedarse, aunque aún tenía que buscarse un sitio para vivir.

Le envió un mensaje diciéndole que su hermano había ido a pasar las fiestas con él y que a Tate le encantaba ir al Rockefeller Center, iban todos los días hacia las dos.

Decidió ir.

De inmediato, los localizó. Vestidos para combatir el frío, los hermanos Hunter estaban revisando sus patines, riéndose cada vez que Papá Noel pasaba por delante de ellos con una fila de niños agarrados a su traje rojo.

Como si hubiera presentido su cercanía, Wynn se levantó y miró alrededor. Cuando sus miradas se encontraron, una corriente eléctrica le recorrió la espalda.

No le hizo gesto alguno para que se acercara. Simplemente esperó a que lo hiciera, bebiéndose su imagen, casi como si temiera verla desaparecer si apartaba la vista un solo segundo. Hasta que Tate tiró de su chaquetón y Wynn tuvo que agacharse.

Cuando el niño la vio, dio un salto tan alto como si tuviera muelles en los pies. Su hermano le puso una mano en el hombro para que se calmara, pero el niño seguía loco de contento.

Era un niño encantador que estaba pasando por un momento muy difícil. Su familia tenía millones, pero sin duda lo cambiaría todo por poder tener un hogar en paz y sin discordia.

Echó a correr hacia ella.

—Nueva York es muy muy grande —dijo el niño, abrazándose a ella—. ¡Y nos has encontrado! El Empire State tiene ciento dos pisos, ¿sabes? —añadió a continuación, mirándola con esos ojazos suyos del mismo color que los de sus hermanos—. ¿Has visto el muñeco de nieve que hay allí? —señaló hacia la avenida, y se dio una palmada con las dos manitas en las piernas—. Esta noche viene Papá Noel. ¡Tenemos que terminar el árbol!

Wynn se había acercado.

—Y tenemos que meternos en la cama antes de que los renos hagan sonar los cascabeles al llegar.

Su voz, aquella sonrisa… tuvo que guardarse las manos en los bolsillos para no tocarlo.

—Mi madre me hace una foto cuando le estoy dejando las galletas a Papá Noel, y este año lo va a hacer Wynn —explicó, agarrándose a la mano de su hermano.

Grace tuvo que controlarse para que la emoción no se le viera.

—¿No vas a ir al baile de disfraces?

—Ya les he enviado la donación —dijo, y le guiñó un ojo a su hermano—. Tate y yo tenemos cosas importantes que hacer.

—¿Puede venir Grace? —preguntó el niño.

—Creo que tiene otros planes.

—Voy a cenar a casa de mis padres —le explicó ella—. Mis hermanas también van a estar. Y mi sobrina. April tiene más o menos tu edad.

Tate hizo una mueca.

—¿Es una chica?

—Como tu hermanita, pero un poco mayor —añadió Wynn, y miró hacia arriba. Parecía a punto de romper a nevar —. Íbamos a tomarnos un chocolate caliente.

—Claro, claro. No quiero entreteneros.

—A mí me gusta con nubes por encima —contó el niño—. A Wynn, con escamas de chocolate.

—Yo también tengo que irme, pero te he traído una cosa —sacó un regalo envuelto de debajo del abrigo—. Puedes abrirlo ya si quieres.

—¡Un triceratops de los Yankees! ¡Y el cuerno le sale por la gorra! A Papá Noel no se le ocurrirá nada mejor.

Grace tragó saliva. Sentía el corazón tan lleno y, al mismo tiempo, tan vacío. Ojalá pudiera quedarse más, pero una despedida breve sería mucho mejor.

—Wynn me va a llevar a su oficina después de las vacaciones —le contó y rápidamente pasó a otra cosa—. ¿Puedo ir a ver a los patinadores?

—Claro —contestó su hermano.

Cuando el niño estuvo ya junto al hielo, Wynn la miró de arriba abajo.

—Estás genial —le dijo.

—También yo te veo bien a ti. ¿Ha venido tu padre con el niño?

—Cole se ha ocupado de que viniera a cargo de una azafata. El niño le preguntó si podía venirse conmigo.

Hubo un pequeño silencio.

—Mi padre me ha dicho por fin que le parece bien lo de la fusión —le contó.

—¡Estupendo! Me alegro mucho. Enhorabuena.

—Eloise y él están intentando arreglar las cosas.

—Ojalá lo consigan —suspiró.

Wynn miró a Tate, que estaba a unos pasos de ellos.

—Me encanta tener al niño aquí, aunque las circunstancias no sean las mejores.

—¿Se sabe algo más de quién pudo estar detrás de la explosión?

—Todavía no, pero estoy seguro de que no tardaremos en averiguar algo —se tiró de uno de los guantes y a continuación, del otro—. Dex y Shelby vienen mañana por la tarde. Esta noche cenan con el padre de Shelby en Oklahoma, y luego se lo traen.

—Una auténtica cena en familia.

—Tate y él se hicieron muy amigos cuando Dex se lo llevó a pasar unos días allí.

—¿Y qué hacen Cole y Taryn?

—Estarán en casa de mi padre con la niña. Y con Eloise, supongo.

Qué situación más incómoda…

—¿Y Teagan? ¿Viene?

—Dice que no. Cuando hablé con ella, tuve la impresión de que tenía algo que ver con un hombre.

—¿Estaba bien?

—Parecía preocupada.

—Me preguntaba… si te gustaría venir mañana —sugirió él, cruzándose de brazos—. Sé que vas a comer con tu familia, pero si estás libre para cenar, a Tate le encantaría que estuvieras. Y a Dex y a Shelby, por supuesto.

El dolor que había estado sintiendo en la garganta creció y creció, pero había ido preparada para algo así. Wynn no se rendía con facilidad, pero ella tampoco.

En aquellos últimos días, alejada de él y echándolo tremendamente de menos, había llegado a una conclusión: le quería. Le gustaba todo de él. Pero no iba a hacer la tontería del siglo admitiéndolo y disponiéndose a llevarse un batacazo de marca mayor.

—Gracias por la invitación —respondió, sosteniéndole la mirada—, pero no puedo. Lo siento.

—No pasa nada. Soy yo quien debe pedirte disculpas. No tendría que habértelo pedido pero, ya sabes, por Tate…

El niño estaba contemplando el árbol ensimismado, con el dinosaurio bajo el brazo. Tan lindo e inocente.

Tragó saliva.

Dios, cómo le dolía la garganta. Tenía que irse ya.

—Voy a despedirme.

Wynn intentó sonreír.

—Solo has estado un minuto. Quédate un rato más.

—Tengo que irme.

—Grace —ella echaba a andar cuando él la sujetó por un brazo—. Grace, no quiero perderte.

—Wynn, tú no quieres lo que yo quiero.

—Yo te quiero a ti.

—Y yo quiero amor.

El corazón le golpeaba en los oídos mientras veía cómo él asimilaba sus palabras.

—Wynn, ¿dónde está la tienda esa? Tengo frío.

Tate le tiraba de la manga.

Grace se agachó ante él, rezando por que el niño no viera que los ojos se le habían llenado de lágrimas.

—Vas a pasarlo de maravilla con todos aquí, ¿verdad?

—¿Vas a venir tú también?

—Me temo que no.

Tate se quedó mirando el dinosaurio que le había regalado.

—Bueno… otro día.

—Vamos, pequeñajo —intervino Wynn, dándole la mano —. No se nos vaya a enfriar el chocolate. Que pases un buen día mañana, Grace.

Ella se obligó a sonreír, pero no consiguió articular palabra, y ellos echaron a andar.

Eran más de las ocho de la tarde cuando Grace entró en la habitación que usaba su sobrina cuando se quedaba en casa de la abuela. La luz estaba encendida.

—¿Está dormida?

Rochelle estaba sentada en la cama contemplando a su hija, con un libro cerrado sobre las piernas.

—En la tercera página.

Salieron de la habitación. Abajo, su madre y Jenn estaban terminando los detalles del menú del día siguiente. Grace y Rochelle se fueron a la habitación de Grace.

—Hay algo que tenía que aclarar, y se me ha ocurrido que

escribirlo podía ayudarme —explicó—. Es sobre Sam —bajó la cabeza—. Un año después de su muerte, aún me siento responsable. La noche que Sam murió, me había pedido que me casara con él. Rochelle… le dije que no. Le rechacé.

Su hermana se quedó muy quieta.

—¿Crees que pudo quitarse la vida, o que estaba tan afectado por lo ocurrido que perdió el control del coche?

—Ya no —hizo una mueca y apretó el cuaderno contra el pecho—. Bueno, no lo sé.

—Había tenido una guardia muy larga, y lo más probable es que fuera un accidente.

—Eso dijeron las autoridades, pero yo no he conseguido creérmelo del todo.

—¿Y lo has llevado dentro todo este tiempo? —Rochelle le tomó la mano—. Grace, tú no eres responsable de lo que le ocurrió a Sam, lo mismo que yo no soy responsable de los actos de Trey.

—Ya lo sé, pero es que…

—Sam falleció demasiado pronto, pero tuvimos la suerte de haberlo conocido. El pasado no se puede cambiar, del mismo modo que no se pueden cambiar los sentimientos. Si Sam estuviera aquí ahora, querría que siguieras adelante con tu vida, no lo dudes.

Grace respiró hondo. Guardó el cuaderno en el cajón de la mesilla y miró la caja de terciopelo que contenía el regalo de April.

—¿A qué hora viene Trey a recoger mañana a la niña?

—No viene. Dice que sería demasiado raro para ella, lo cual me ha hecho decidirme a darle a la niña la Navidad más especial que pueda, con mucho amor y toda su familia alrededor.

Grace abrió la tapa de la cajita, y un enorme anillo de cristal brilló en su interior.

—¿Crees que le gustará?

—¡Me encantaría quedármelo yo! —se rio.

Grace fue envolviéndola mientras su hermana le daba trocitos de celo.

—¿Has sabido algo de Wynn? —preguntó Rochelle mientras colocaba un lacito rosa en lo alto del paquete.

—Lo he visto hoy. Su hermano pequeño ha venido a pasar las vacaciones con él.

—Grace, ¿estás segura de que no quieres seguir con él? Lo pasaste tan bien en Australia… Lo que sentís el uno por el otro —continuó, inclinándose hacia delante—, las cosas que me cuentas que dice y que hace…

—Sí, es increíble. Más bien adictivo, diría yo. Pero Wynn no quiere ataduras —se dejó caer de espaldas en la cama y miró el techo—. No quiere líos.

—¿Y si cambia de opinión?

—Yo tengo que seguir adelante con mi vida.

Sintió la garganta tensa y las mejillas ardiendo, pero respiró hondo y se incorporó.

—Y por ahora eso significa ayudarte a sacar los regalos del garaje —con el regalo de April en la mano, anduvo hasta la puerta—. Una Navidad más que especial está de camino.

Wynn hizo sonar uno de los adornos del árbol.

—Esta es la última campana.

Tate señaló una rama baja.

—Ahí.

La colocó, se levantó y accionó un interruptor. Las luces se encendieron, lanzando destellos rojos, verdes y azules.

Tate gritó entusiasmado:

—¡Lo tenemos!

—Podemos conseguir lo que queramos.

Y chocaron las palmas de las manos.

—Y ahora, vamos a preparar las galletas para Papá Noel —dijo Wynn, llevando a Tate a la cocina.

—Y tenemos que hacernos la foto y mandársela a mamá.

Tate colocó un espumillón rojo en el plato especial de Papá

Noel mientras su hermano abría un paquete nuevo de galletas. Cuando la leche estuvo servida, lo llevaron todo a la mesa del comedor, tomaron una foto y la enviaron a Australia. En unos minutos tenían respuesta: «¡Qué buena pinta! Te quiero, tesoro».

Tate leyó el mensaje unas diez veces, y a continuación le pidió que se lo enviara a Grace, pero Wynn dudó.

—¿Qué te parece si se la enviamos mañana?

Con un poco de suerte, y el barullo que habría de visitas, se le olvidaría.

—¿Es que no le gustará?

—No, qué va. Seguro que le encanta. Lo que pasa es que se está haciendo tarde, y seguramente estará ya en la cama.

—¿Y si se nos olvida?

—No te preocupes, que no se nos olvidará.

—Por favor, Wynn…

La expresión del niño estaba cambiando. Parecía incierta y desconfiada.

—Tienes razón —dijo al fin, y marcó su número—. Hala, ya está. Enviada.

Esperaron, pero no hubo respuesta.

—¿Lo ves? Ya te he dicho que estaría dormida. Y nosotros también deberíamos irnos a la cama.

—¿Echas de menos a mamá, Tate?

—Y a papá también, pero estoy acostumbrado.

—¿A estar lejos?

El niño asintió.

—Me lo pasé muy bien con Dex y Shelby. Y con Teagan y Damon también.

—Damon es el amigo de Tea, ¿no?

—Le gusta mucho Tea. Como Grace a ti. Se dan la mano y se ríen.

Wynn carraspeó.

—Eso está bien.

Tate miró a su hermano antes de lanzarle la pregunta.

—¿Por qué no ha querido venir Grace a casa?

—Estamos en Nochebuena, y está con su familia.

—Yo quería venir por eso. Es que pensé que estarías muy solo.

Wynn sonrió, pero enseguida se quedó serio.

—¿Y por qué has pensado que iba a estar solo?

Tate frunció el ceño, pero no contestó.

—Sé que las cosas en casa no van tan bien como debieran —continuó Wynn—, pero no olvides que todos te queremos muchísimo: tus padres y tus hermanos. La familia es muy importante.

—Entonces, ¿por qué tú no quieres tener un niño?

Wynn se quedó sin respiración.

—¿Por qué piensas eso?

—Lo dijiste tú. Que no querías tener hijos, ni familia, ni nada.

—¿Has oído eso en el hospital?

—Tea quería tomar algo caliente y yo salí corriendo. Grace y tú estabais hablando —movió la ropa de la cama—. No pasa nada. Yo tampoco quiero ser papá. Los niños son un rollo, y las mamás duermen o lloran —bajó la voz—. Mamá dice que es culpa tuya, pero no sé por qué.

Sintió como si la mano de un gigante le estuviera apretando el cuello.

—Siento mucho lo que está pasando.

—Venga, Wynn, no llores —Tate le puso la mano en la mejilla—. Eres perfecto.

Un cuchillo se le hundió en el vientre, y pasó la mano por la cabecita de su hermano. Qué criatura tan dulce, tan confiado, tan lleno de ternura. La verdad es que él había tenido una infancia maravillosa. Se sabía muy querido por sus padres, y precisamente por eso había estado siempre tan convencido de que quería tener su propia familia. Pero luego había ocurrido lo de Heather, y todo eso había dejado de importarle.

Sin embargo, si lo analizaba en profundidad, no había cambiado. En realidad, aquel era el único sueño que importaba de verdad. ¿Qué sentido tenía vivir, si no podía estar con la persona…?

—Quiero que sepas que, si alguna vez tengo un hijo, quiero que sea como tú. Estaba triste y confuso. Es que últimamente he estado un poco… raro. Pero sí que quiero tener un hijo. Vamos a tener que arreglar esto. Tú y yo.

—¿Crees que vamos a poder?

—¡Pues claro! —sonrió—. Tú y yo podemos lograr lo que nos propongamos, ¿recuerdas?

Capítulo Dieciséis

A la mañana siguiente, bien temprano y ya con los regalos abiertos, April iba bailando en torno al árbol de Navidad con el disfraz de princesa que Papá Noel le había traído. A Grace le gustaba pensar que el regalo que más ilusión le había hecho había sido su enorme anillo de cristal. De hecho, no se lo había quitado del dedo desde que lo sacó de la caja con los ojos abiertos de par en par.

Su padre estaba de pie junto al ventanal que miraba el amplio jardín trasero. Esa imagen le ponía un nudo en la garganta a Grace.

Wynn y aquellas vacaciones invernales estaban constantemente presentes en su cabeza. Después de haberlo visto con Tate, apenas había sido capaz de dormir. Cerraba los ojos y veía su sonrisa. Oía su risa alegre.

—Va a seguir nevando —dijo su padre, contemplando el cielo cargado de nubes bajas y grises.

—Pues Papá Noel pudo llegar anoche. Mamá, ¿puedo salir a montar en bici?

—El suelo debe estar muy resbaladizo —contestó Rochelle, levantándose y acercándose también a la ventana—. ¡Que muñeco de nieve tan bonito!

—¿Puedo ir a verlo, mamá? —exclamó April, entusiasmada.

Grace se volvió.

—Yo te llevo, que también quiero verlo —le dijo, agachándose delante de ella—. Pero me parece que le falta el sombrero y la pipa.

—Eso es cosa mía —intervino el abuelo—. Todos los años los guardo en el mismo sitio.

Grace y la niña se pusieron el abrigo, las botas y los guantes, y llevando April el sombrero y su tía la pipa, salieron y tomaron el camino que se había despejado a golpe de pala. Nada más cruzar la puerta, April echó a correr.

—¡Ten cuidado! —le advirtió—. No corras, que te puedes resbalar y se te echaría a perder el vestido de princesa.

Cuando Grace la alcanzó, la niña daba saltitos alrededor del muñeco.

—¡Qué alto es! Yo quiero ponerle el sombrero.

Grace la levantó y la niña colocó con cuidado el viejo sombrero de fieltro en la cabeza del muñeco de nieve.

—Está torcido —objetó, cuando su tía la dejó en el suelo.

—Así le da personalidad.

—¿Qué es eso?

—Pues que los muñecos de nieve quedan más divertidos si no llevan el sombrero recto.

Si Wynn estuviera allí, también querría enderezárselo.

—Te toca ponerle la pipa —dijo April, ladeando la cabeza —. Pónsela torcida.

Grace la introdujo en la boca del muñeco y la subió un poco hacia arriba.

April volvió a bailar alrededor del muñeco y su vestidito de princesa flotaba por encima de las botas de nieve. De pronto se detuvo y se acercó más.

—Ahí hay algo —señaló—. En la escoba. ¡Regalos!

Grace rodeó el muñeco y miró. Pues sí: dos regalos envueltos colgaban de la escoba.

—No los toques, que no son nuestros.

—Sí que lo son. Los ha dejado papá Noel —April miró a su alrededor—. A lo mejor hay más.

—Son de adorno.

Pero la niña no quería escuchar. Si estaban vacíos, se iba a llevar una buena desilusión. A lo mejor podía dejarle algo más tarde para compensar.

—Este es para ti —dijo la niña, ofreciéndole una de las

cajas.

Grace le quitó el envoltorio sin dejar de mirar a la niña. Las dos descubrieron al mismo tiempo sus cajas y abrieron la tapa.

—¡Es un reloj de Navidad!

Su tía la ayudó a sacarlo y se lo colocó en el guante.

—Tiene un árbol de Navidad —se maravilló la niña.

—Y bolas de adorno al final de las manillas.

—¿Y el tuyo?

No las deberían haber abierto. Estaba claro que eran para alguien del vecindario.

—El mío tiene un muñeco de nieve.. —miró más detenidamente—. Y el sombrero está ladeado.

—¿Por qué las habrá dejado Papá Noel aquí fuera?

Estaba a punto de admitir que no tenía ni idea cuando alguien contestó por ella.

—Quería que supiéramos que ha llegado el momento de pensar en lo afortunados que somos. Que somos y que lo hemos sido en el pasado. Y con un poco de suerte, que lo seremos en el futuro.

A Grace le temblaron las piernas.

—Tía, hay alguien detrás del muñeco de nieve.

Wynn se dejó ver. Llevaba un jersey negro, una parka y vaqueros. La brisa le alborotaba el pelo oscuro. Nunca lo había encontrado tan guapo.

—¿Quién es? —murmuró April.

—Creo que se ha perdido —se le ocurrió decir.

Wynn se les acercó, y su increíble energía la rodeó. El viento era frío, pero ella se sentía como si caminara sobre un plato caliente.

—Ya no me siento perdido —replicó, y miró al cielo—. En cualquier momento va a empezar a nevar.

Así que quería que lo invitase a entrar…

—Te invitaría a pasar a casa, pero…

—He venido acompañado —dijo, y señaló un vehículo en

el que ella no había reparado. Junto al capó estaba Tate. Bien abrigado con ropa de invierno, levantó una mano en alto para saludar.

April tiró de la chaqueta de su tía.

—¿Lo conoces, tía? ¿Puedo decirle hola?

—Seguro que le gustaría —contestó Wynn.

Pero April esperó a que contestara su tía.

—Anda, ve.

Sus botitas hacían crujir la nieve al avanzar y se detuvo delante de Tate. Parecía dudar, pero al final extendió el brazo para mostrarle su reloj.

—¿Has hecho tú el muñeco? —le preguntó Grace cuando logró hablar.

—Tate y yo.

—¿Cómo sabías que iba a salir a verlo?

—Me gusta pensar que te conozco bien.

Le vio acercarse y se preparó para rechazarlo. Por mucho que le costara, no iba a cambiar de opinión. Pero Wynn se limitó a preguntarle por el reloj:

—¿Te gusta? Son para él y para ella.

—Pues no creo que April te devuelva el suyo.

Él sonrió.

—Tate ha traído un regalo especialmente para tu sobrina.

Tate tenía en la mano el reloj de April, y la niña contemplaba ensimismada un collar decorado con enormes y brillantes piedras. Los dos niños se dijeron algo y empezaron a reír.

No quería parecer brusca, pero no quería dar marcha atrás. El viaje que habían compartido había sido intenso pero breve, y él quería que la diversión continuase, pero ella se había hecho una promesa: necesitaba seguir adelante con su vida, y él no quería formar parte de eso. No a largo plazo.

Wynn estaba contemplando el muñeco de nieve.

—Tate y yo estuvimos hablando anoche, y lo que me dijo me hizo abrir los ojos a muchas cosas. La sinceridad puede

ser, a veces, como un mazazo que te derriba, pero podemos volver a levantarnos. Hace un par de meses, mi verdad era que necesitaba relajarme, divertirme, establecer una conexión. Encontré todo eso contigo. Pero también encontré mucho más.

La nieve crujió de pronto como si alguien se hubiera caído. Tate estaba boca abajo. April le ofreció la mano sin pensárselo dos veces. El niño la aceptó, se levantó y siguieron corriendo.

—Me pregunto si recordarán este día cuando se hagan mayores —musitó, viéndoles preparar sendas bolas de nieve.

—Yo diría que sí; tan claro como recuerdo yo el día aquel en Colorado cuando me tropecé con los cordones.

Ella se volvió a mirarlo.

—¿Ahora lo reconoces?

—Lo que reconozco es que había estado preguntándome angustiado si debía o no hacerte un regalo. Un ramo de flores de plástico que había encontrado en una habitación de la casa en la que estábamos. Pero me temía que fueras a abrazarme o algo por el estilo, y me pareció más fácil fingir que no me gustabas.

Su sonrisa palideció.

—Ya no somos niños.

—No. Ya no.

Se inclinaba hacia delante cuando una bola se estrelló en su hombro. Tate estaba cerca, y a juzgar por su cara, no sabía si reír, correr, o volver a lanzar. A su lado, los pompones que remataban el gorro que llevaba April bailaban con su risa, y salió corriendo con su bola en la mano. Tate hizo lo mismo.

Wynn se limpió la chaqueta sonriendo.

—¿Echa de menos a sus padres? —preguntó Grace.

—Cree que es culpa suya. Bueno, suya y mía.

—Qué triste —respondió, con el corazón encogido.

—Saldremos de esta, no te preocupes. Tate, yo y el resto de la familia.

Grace se volvió a mirar hacia su casa. Su padre volvía a estar en la ventana, lo que le hizo pensar en la comida, el

calor y la compañía que se disfrutaba en su interior. No estaba bien no invitarlos.

—Wynn, ¿queréis desayunar con nosotros?

Su expresión sombría se iluminó con una sonrisa.

—Nos encantaría. Pero hay algo que me gustaría aún más —añadió, mirándola a los ojos—: Tú.

Ella se estremeció de deseo, de necesidad, pero quería algo más, algo que no caducara en unos días. Y no iba a sentirse culpable por ese deseo.

—Wynn, no tenemos por qué volver a pasar por esto.

—Yo creo que sí.

Se lo estaba poniendo muy difícil…

—Quiero tener mi propia familia. ¿No lo entiendes?

—Perfectamente, porque es precisamente lo que quiero yo. Así que tenemos que casarnos. Cuanto antes, mejor.

Había conseguido asimilar que se presentase sin avisar, lo del muñeco de nieve, lo de los regalos, ¿pero aquello? Un hombre no cambiaba de opinión sobre algo así de la noche a la mañana.

—No creía que pudiera ocurrir así, tan rápido. Lo de enamorarse, quiero decir.

—Yo no puedo controlar mis sentimientos —respondió herida.

—No me refiero a ti, sino a mí. Te quiero —dijo con una gran sonrisa—. ¡Demonios, qué bien sienta decirlo!

El tiempo se detuvo, y tuvo que apoyarse en su pecho para que la cabeza dejara de darle vueltas.

—Esto no está ocurriendo.

—Cierra los ojos y verás como te lo demuestro.

En cuanto sus labios rozaron su boca, se sintió llena de su calor, de su fuerza, y un millón de estrellas aparecieron en su corazón. Él la abrazó, y ella se puso de puntillas para rodearle el cuello, de modo que quedaron pegados el uno al otro como dos páginas de un libro.

Cuando se separaron, Grace se sentía incapaz de salir de

una especie de bucle en el que se había metido. Wynn la miraba con expresión satisfecha, y en sus ojos brillaban todos los matices de la seguridad.

—Te quiero, Grace. Lo que siento es esa clase de amor que no admite un no por respuesta. Es ese tipo de amor que tiene que triunfar.

La emoción hacía que sintiera escozor en los ojos. Había empezado a nevar, y un copo le aterrizó en la punta de la nariz a Wynn al mismo tiempo que una primera lágrima le rodó por la mejilla.

—Cásate conmigo —le pidió con tono firme—. Quiero que seas mi esposa. Mi amante para siempre. Quiero que lleves mi nombre: Grace Hunter. Quiero tener hijos contigo, y enfrentarme a los altibajos por los que pasan todas las familias, la clase de desafío que nos hará más fuerte.

Dos vocecillas llegaron hasta ellos.

—Va a volver a besarla.

—Gracie va a parecer una princesa vestida de novia.

Cuando se volvieron a mirarlos, los niños echaron a correr.

Y volvió a besarla hasta dejarla sin aliento, sin fuerza en los huesos, completamente suya. Cuando por fin sus labios se separaron, tuvo que agarrarse a su chaqueta mientras volvía a la realidad.

—¿Te lo imaginas? Yo, de esmoquin, con Dex y Cole al lado. Tu padre, caminando junto a ti hacia el altar, los invitados suspirando, y tú, preciosa. Y feliz.

El aliento se le congeló en la garganta. Tenía razón: también ella podía ver la imagen.

—Tate llevará los anillos —continuó ella, y otra lágrima se le escapó mejilla abajo—, y April, las flores.

Grace le pasó la mano por la mejilla y por aquella pequeña cicatriz de la sien. Estaba esperando su respuesta.

—Te quiero —dijo—, y me muero de ganas de casarme contigo.

La nieve caía más abundante en aquel momento, y se

quedaba atrapada en sus pestañas, en la barba incipiente de él, y cuando volvió a besarla, todo en su mundo, todo en su corazón, se volvió incomparable. Increíble. Como debía ser.

—No te lo vas a creer —dijo él, un momento después—, pero no tengo anillo.

Una manita tiró del abrigo de Grace. April se había quitado el guante y le ofrecía a su tía el anillo que le había traído Papá Noel.

Grace se sintió tremendamente conmovida.

—¡April! —exclamó Wynn—. ¿Estás segura? ¡Menudo anillo!

Alguien llamaba desde la casa. Era el padre de Grace, que les pedía que entrasen.

Los pequeños echaron a correr hacia la casa.

—Nosotros también deberíamos entrar —dijo Grace, abrazándose a Wynn—. Empieza a nevar fuerte.

—Deja que nieve —sonrió—. Adoro la nieve. Y te adoro a ti —tomó su cara entre las manos y la miró a los ojos—. Hoy es Navidad para mí.

Epílogo

Mientras, en Seattle…

Sentada en el suelo del cuarto de baño, abrazada a sus piernas dobladas, Teagan se sentía rota de dolor. Tenía el estómago lleno de alambre de espino, pero aquel dolor iba más allá de lo meramente físico. Estaba hecho de recuerdos. De lamentos. Acechaba sus pensamientos como una bandada de cuervos esperando abalanzarse sobre su presa.

Llevaba semanas sin aparecer por el High Tea Gym, y eso no podía ser. Tenía que seguir adelante con su negocio, tenía facturas que pagar, personal que supervisar y clientes a los que inspirar. Pero los buitres volvieron a acercarse y solo le quedó fuerza para apoyar la frente en las rodillas.

Iba a soportarlo. Iba a salir a flote. No, todavía más: iba a florecer. Dios sabía bien lo mucho a lo que había tenido que enfrentarse en su vida, aunque lo que había perdido aquella vez era inconmensurable, imposible de tener, imposible de proteger.

Consiguió levantarse y arrastrarse hasta la cocina. Tenía el móvil en la encimera, y empezó a sonar. Miró la pantalla y deseó aceptar la llamada. Se lo pedía el cuerpo. Pero, ¿y si no era capaz de mantener el tipo y se venía abajo?

Al final ignoró el teléfono y entró en la despensa. Se obligó a tomar un batido de proteínas, el de vainilla y arándanos, que siempre había sido su favorito, aunque aquella mañana le supiera a barro. Se ató las zapatillas e hizo algunos estiramientos intentando proyectar pensamientos positivos para el día que comenzaba. El pensamiento dictaba el comportamiento, que al final acababa decidiendo el estado de ánimo. Levantarse y echar a andar era el mejor modo de

empezar.

Sin embargo, lo único que deseaba hacer en aquel momento era encogerse sobre sí misma y llorar.

Pero el teléfono volvió a sonar, y tuvo que taparse los oídos con las manos. No tenía respuestas para Damon, y él tendría que aceptarlo. Ni quería ni podría soportar volver a verlo.

Tres días antes, sentada tras su mesa, le había comunicado su decisión con toda calma. Él la había mirado con los ojos desorbitados antes de sonreír con ese gesto que a ella tanto le gustaba. Pero cuando se había dado cuenta de que hablaba en serio, la había interpelado con el ceño fruncido:

—Dime qué está pasando, Tea. No pienso dejarte hasta que no me hables.

Se dirigió a la máquina de remos, colocó los pies y comenzó a remar. Hacia delante, hacia atrás, empujando con las piernas, reteniendo con el vientre, un vientre firme ya y vacío…

Soltó los remos y se cubrió la cara con las manos. Había llorado tanto que no debían quedarle lágrimas, y sin embargo unas gruesas gotas saladas resbalaron por sus mejillas y no querían cesar.

Tanto rezar, tanto rogar por volver a tener una oportunidad… su sueño más querido transformado en una pesadilla. Todo parecía carecer de sentido, ser simplemente un guiño cruel del destino. Le habían dicho que no podría tener hijos, y había aprendido a vivir con ellos. Incluso había llegado a aceptarlo.

Pero ¿cómo aceptar que había perdido un hijo, el hijo de Damon?

Nada en el mundo parecía tener sentido ya.